

Una extraordinaria aventura literaria,
en la que descubriremos por qué el
demonio ha despertado siempre
los más vivos y contradictorios
sentimientos entre los hombres

DIÁLOGOS CON EL DIABLO

*Taylor
Caldwell*
grijalbo



DIÁLOGOS CON EL DIABLO

DIÁLOGOS CON EL DIABLO

TAYLOR CALDWELL

editorial grijalbo, s. a. de c. v.

MÉXICO, D. F. BARCELONA BUENOS AIRES

DIÁLOGOS CON EL DIABLO

Titulo original en ingles: Dialogues with the Devil.

TRADUCCIÓN: Beatriz Romero,
de la edición de
Fawcett World Library,
Nueva York, 1968

1967, Reback and Reback.

D. R. 1990 por EDITORIAL GRIJALBO, S. A. de C. V.
Calz. San Bartolo Naucalpan Num. 282
Miguel Hidalgo, México D. F.

Este libro no puede ser reproducido,
total o parcialmente,
sin autorización escrita del editor.

ISBN XXX-XX-XXXX-X

IMPRESO EN MÉXICO.

Para Adeline Barker, quien titulo esta obra, y LeBaron Barker, mi paciente editor, con afecto.

Prólogo

Este no es un libro de teología, aun cuando se adhiera a las tradiciones judeocristianas y a las Sagradas Escrituras, así como a las antiguas narraciones, tradiciones y religiones modernas. Se inicio con un estilo sencillo -para que Lucifer presentara su caso en la corte-, pero luego dejó de ser sencillo y se volvió definitivamente sombrío y siniestro, cuando Lucifer expone su caso contra la humanidad y el problema y misterio del Bien y del Mal. Si yo fuera supersticiosa, lo que de hecho soy, por supuesto, debiera explicar que a mitad del libro conviven dos estilos diferentes, no se porque. ¡Ciertamente los pensamientos del libro no son los mios!

De acuerdo con la tradición judeocristiana, Luciel, el ángel de Luz, se llama Lucifer. Los antiguos persas le llamaban Ariman, los egipcios Apap, los antiguos teutones Loki; era Tiamet para los babilonios, Siva en la antigua y la nueva religión hindú (o Manyu, "ira"), Belzebu para los caldeos y Pluto el dios del Averno de los griegos y romanos. En todas las tradiciones cayó del Cielo a causa del pecado de la soberbia, la desobediencia y la rebeldía, y se volvió el esclavo y amo de los hombres, incitándolos a la muerte eterna y a la perdición. Tiene tantos nombres como Dios en las religiones muertas y vivas, pero al igual que dios su naturaleza y sus objetivos nunca cambian.

En todas las tradiciones la idea de la redención final de lucifer es una constante, aunque en la teología

cristiana esta tradición fue considerada herejía en el siglo V d. c. Sin embargo, persiste. Las tradiciones antiguas contemplan la posibilidad de un eventual arrepentimiento del espíritu del mal y su reconciliación con Dios. ¿Quién lo puede asegurar?

En el libro de Job, Lucifer se presenta siempre a sí mismo ante el Señor como “uno de los hijos de dios”, y sugiere que no es enemigo de Dios sino del hombre, y que es el fiscal del hombre ante Dios, el testigo de su crimen, el denunciante que exige el castigo extremo de la muerte eterna por la blasfemia de la existencia del hombre. La escasa imaginación del hombre lo ha representado en apariciones horripilantes, algunas absurdas e insípidas, con cuernos y pezuñas, y sin embargo fue el mas grande, poderoso y resplandeciente de los arcángeles, y sigue siendo un arcángel. Para denigrarlo como figura ridícula se el considera feo y mezquino, es equívoco y le hace mal a Dios, que no puede crear nada feo –sólo el hombre lo puede hacer-, y en esta degradación de Lucifer existe un grave peligro. El Mal no se debe degradar, ni la angustia del Mal. Lucifer, según se asienta en la Santa Biblia, es Príncipe de este Mundo y ciertamente no puede ser tan horrendo como los demás príncipes auto proclamados que hemos visto en este siglo y en los siglos pasados. Su poder es tan solo un poco menor que el poder del Todopoderoso y su única vía de expresión es el hombre.

Yo he descubierto que el hombre siempre se ha fascinado con la idea de Lucifer, tal vez porque el mal invariablemente resulta más dramático que el bien, y más espectacular, sangriento y pavoroso; y cuando los hombres no son comediantes -aunque nunca parecen tomar conciencia de la comedia de su existencia- son, de corazón, dramáticos y trágicos. Sin embargo, aunque sea extraño, la tragedia del Sacrificio en la Cruz no los afecta mayormente, y ahí hay otro misterio.

Aunque muchos filósofos, historiadores y algunos

geólogos niegan la existencia de otros continentes en este mundo, Terra, además de los que conocemos, la Enciclopedia Británica dice en la edición de 1943: “En los tiempos devonianos el África era ya un continente antiguo, pero se encontraba muy al sur de su posición actual y se extendía hasta el Antártico; un segundo continente se extendía a través del norte de Europa hacía el noroeste de Norteamérica, y entre ellos se extendía el océano que los geólogos llamaban Tetis. En el hemisferio occidental existían mares estrechos, al este y al oeste de lo que es ahora América del Norte, y las tierras bajas, sumergidas mas tarde, se hallaban en medio. En la antigua arenisca roja se hallan los primeros restos bien preservados de vertebrados con tipos muy extraños.”

Por lo tanto, a pesar de los escritos ridiculizantes sobre los antiguos continentes perdidos de la Atlántida, Mu y otros, parece haber contundentes pruebas de que sí existieron estos continentes desaparecidos, como lo señala en su libro Lucifer, y siguieron su destino en el agua como seguiremos el nuestro en el fuego según la profecía de San Juan. Sólo que esta vez no sobrevivirá el mundo como lo conocemos.

Durante estas últimas noches anteriores al Apocalipsis -mencionadas en Mateo 24 y en otros libros de la biblia- recemos, antes de que sea demasiado tarde.

*Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
¡Ten piedad de nosotros!*

Taylor Caldwell.

SALUDOS

al Señor Dios del Universo, el Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y los mundos y los soles, el Santo de Santos, el Ser Inefable, la Serenidad de los Universos, el Esplendor de la Vida, el Progenitor de arcángeles, ángeles, querubines y serafines, poderes y dominios, príncipes y principados, el Triúnico, el Perpetuador de los hombres, y mi Padre.

Deseo asegurarte, Padre mío, que me ha proporcionado considerable placer enterarme de que Melina, uno de los hijos de Arcturo, se halla convertido ahora en un yermo desprovisto de la maldición de la vida humana, y se mueve alrededor de su padre sol en glorioso silencio, excepto por los vientos que soplan de polo a polo. Nada sensible sobrevive allí. Los mares se mueven de atrás hacia adelante sin ser vistos por ojo humano o animal. Extraño a los inocentes animales, pero ¿soy yo culpable por los hombres de Melina? No, fue Su Majestad quien los creó, a pesar de mis advertencias, pues yo le previne desde ese principio del tiempo. Esta mañana, mientras me posaba sobre las arenas negras de Utura, el gran mar, meditaba en los benditos silencios donde los hombres no son. Observé la luz blanquiazul del imponente Arcturo izándose sobre las aguas verdes y sentí su primer beso ardiente en mi mejilla. Supe que entre estas aguas ya no vivía ningún pez ni serpiente, ninguna aleta inmaculada, ningún ojo salvaje e incorrupto. Esta era mi tristeza. ¿Destruí yo a Melina y dejé deshabitadas sus importantes ciudades blancas, su maraña de caminos coloreados sólo por el

polvo? ¿Condené yo sus campos y praderas rojas a que no dieran más frutos, y no nutrieran nunca más a un árbol? Yo no tengo la culpa, yo no fuerzo a los hombres. Yo sugiero y tiento. Me obedecen por su propia voluntad y me ofrecen su más profunda adoración y más apasionada devoción, y la apartan siempre de Ti. Yo no exploto su perversidad: la eligen por ellos mismos. Yo sólo les ofrezco la oportunidad de proseguir el mal hasta el fin. Los horizontes de Melina ya nada significan ahora, porque la Muerte nada significa, como tan bien sabemos Tú, mi Padre y Yo. Tú lo has dicho muchas veces, con todas tus palabras, en las lenguas de todas las creaciones, pero los hombres no te creen a Ti. Sólo me creen a mí.

Los continentes de Melina no conocen voz alguna, no, ni la voz del hombre, del pájaro o de la bestia. Yo volé sobre todos ellos. Nada sobrevive. ¿Hice esto yo solo? ¡Por supuesto que no! Lo hizo el hombre. ¡Ah, la mortífera exaltación del mal, la furiosa energía, el entusiasmo, la lucha incansable, el gozo feroz, la pasión incontenible! Yo los conozco bien, pues fui quien los creó y los ofreció como regalo infernal a la humanidad en todos Tus mundos sin fronteras y Tus universos de arcoiris. ¿Que tiene que ofrecer la virtud en comparación, aunque la virtud signifique vida eterna? ¿Posee la virtud el drama, la violencia, el colorido, la vehemencia frenética, la terrible euforia, la risa, el ruido y el éxtasis del mal, y sí, su enorme capacidad de destrucción? Ciertamente que no. Para el hombre es tediosa, como lo has observado con tristeza diez mil veces, diez mil milenios, una y otra vez. En los corazones de la humanidad el deseo de perversidad y muerte es mucho mayor que el deseo de inocencia y vida.

Ocho mil millones de almas de Melina ocupan mis dominios ahora, y yo las detesto por toda esa adoración frenética que me profesan. (Ellos no se arrepienten aún, ¡pero llegara la hora!) Ante Ti, mi Padre, se presentaron

sólo seis mil almas que se habían resistido. ¡Una pobre cosecha! Tú eres el Sembrador, pero yo soy inevitablemente el Segador, y así será durante toda la eternidad. Tú eres el Viñador pero yo soy el que cosecha y aplasta las uvas, y se toma el vino. Tú eres el Árbol, pero yo recojo la fruta. Tú eres la Pradera, pero el grano llena mis graneros. ¿Crees Tú que yo me regocijo con esto? Sólo lo hago en la medida en que puedo probar que Su Majestad estuvo mal desde un principio. No siento placer en herirte, Tú que tienes tantas heridas y habrás de recibir tantas más todavía. Pero Tú lo sabes. Si yo tuviera lágrimas que verter, las vertería por mi Padre, quien me amó, quien me llamó su hijo y su Estrella de la Mañana. Fuiste Tú quien me lloró y exclamó: “¡Cómo has caído!” Pero no he caído más abajo que el hombre. Eso no sería posible.

He sido llamado el santo patrón de los científicos. Sin embargo, yo no les revelé el secreto de la suspensión del continuo espacio-tiempo-materia a los hombres de Melina. Yo solamente dialogué con ellos como un maestro que hace una sugerencia. El secreto era suyo para que lo manejaran, para que lo rechazaran con terror y repugnancia. En sus manos estaba destruir la fórmula con horror. Pero, ¡vaya! ¡Odiaban a sus hermanos con una pasión tan infernal! Cierto es que soy el padre de las guerras, el cantillo del odio, pero insisto, los hombres pueden decidir rechazarme; ¿no poseen acaso el libre albedrío, ese regalo pavoroso que les diste a los hombres y a los ángeles desde hace tanto tiempo? Pero aunque soy el padre de las guerras, no las precipito. No hay ninguna necesidad de involucrar mis energías en esa cuestión de aborrecimiento fraternal, ni necesito estimularla. Dentro de la naturaleza del hombre se halla el detestar a su hermano; poco estímulo necesita. Y, en el caso de Melina, no le ofrecí abiertamente ninguna ayuda. Solamente guíe a sus científicos por el sendero de la especulación apasionada, y los hombres

son notables por su apasionamiento mortal, y esa mirada lánguida y falsa que vierten sobre la virtud.

Una vez que surgen las especulaciones en el científico, se halla ansioso por aplicarlas objetivamente, y esto hicieron los científicos de Melina, igual que lo han hecho diez mil mundos anteriores, sin pensar en cómo beneficiarían a su propia raza, sino en cómo se podrían utilizar para eliminar a sus enemigos. Porque el hombre, como bien lo sabe Su Majestad, no puede vivir a menos que él mismo cree a sus propios perseguidores. Para él la existencia es sumamente tediosa si no tiene enemigos. Desde que nace no busca la bondad, la misericordia y el amor. Sólo busca la destrucción. Es su naturaleza.

Yo ni siquiera sugerí a los hombres de Melina que podrían utilizar su tan inspirada fórmula para destruir a sus “enemigos”. Ellos llegaron a esa conclusión, y de no haber quedado enemigos de sus últimas cuatro guerras, los hubieran creado de nuevo. Felizmente para mí, tristemente para Ti, el continente de Anara todavía tenía muchos millones - ¡aun después de todas esas guerras!- y el continente de Pedrama tenía seis mil millones de habitantes. Estaban también los dos subcontinentes de Larya y Litium, poblados de hombres que habían experimentado sólo muy brevemente las guerras. Fueron los científicos de Pedrama los que descubrieron el secreto de suspender el continuo tiempo-espacio-masa, y los que desearon experimentar con el. Desafortunadamente para ellos, los engañé para que creyeran que habían descubierto también el método para limitar el efecto de suspensión a sus “enemigos”.

¡Estaban seguros de que sostenían los terrores del universo en sus manos moldeadas en barro! Fue una pequeña burla de mi parte asegurarles que eran inmunes al infierno que decidieron no perder finalmente. Mi pequeña broma. Aun así, no tengo ninguna culpa. Ellos podían haberse retractado de su decisión hasta

en el último abrumador momento. No utilicé ninguna fuerza. No eran esclavos. Eran libres. Eligieron morir. Ciertamente no era su plan volatizarse ellos mismos junto con sus “enemigos”, pero el mal es locura y no tiene piedad, y por lo tanto es confusión. Los hombres perversos no tienen juicio. A ellos se les hace creer fácilmente lo que quieren creer, y los hombres del continente de Pedrama creían que no iban a sufrir consecuencias por el asesinato de sus hermanos y que iban a sobrevivir las ciudades y los tesoros de sus compañeros.

En dos momentos fue hecho, y de Melina desapareció la presencia maldita de los hombres. ¡Ay, si Tú te les manifestaste mil veces a través de las eras! Las generaciones que te vieron manifestarte creyeron, pero sus hijos y los hijos de sus hijos lloraron, como lloran siempre: “¡Sólo es un mito! ¡No ocurrió! Fue el sueño de los ancianos en su chochez, o la historia más extravagante que se ha contado bajo nuestras tres lunas, o el deseo de aquellos que enfrentan la oscuridad del crepúsculo. Es sólo una visión de lo que no es posible, porque sólo hay realidad, y el hombre es realidad, y lo que se ve y se toca y se huele y se gusta y se oye con nuestros sentidos es la única verdad. Nosotros estamos demasiado avanzados para los mitos; hemos logrado madurez, sabiduría e intelecto. ¡Fuera los Mitos! Ellos son la madera de ayer muertos, los desechos de pueblos primitivos, las leyendas de nuestra niñez racial. Sólo existe el Hoy, y nosotros somos ese Día. Sólo hay un Dios y su nombre es Humanidad, y la ciencia es Su Profeta”.

Ay, ay por Ti, mi Padre. Los hombres de Melina ya no viven. ¿Irás a erigir Tú otra raza? Si lo haces debes saber que yo los tentaré hasta su muerte segura, la que de nuevo será su propia elección y no la mía.

Tu hijo, LUCIFER.

SALUDOS

a Lucifer, el infernal de los infernales, el caído, la Majestad de diez millones de infiernos, la Sombra oscura, el Emperador de todos los demonios, el Arcángel perdido, el Destructor, el Adversario de todo lo que vive, el Seductor de almas, el Padre de la desesperación, el Asesino de la esperanza, el Mal de males, el Progenitor de las mentiras, el Inventor del temor, el Más desafortunado:

Nuestro Padre me ha pedido que dé contestación a tu carta, como siempre me lo ha pedido en el pasado.

Esta vez temes que Él te culpe completamente por la muerte de Melina, el cuarto de Arcturo, que ha perdido uno de sus hijos. Y de nuevo te puedo asegurar que Él considera, aunque no careces de culpa, que no eres el verdugo cruel que los hombres creen que eres. Tú en verdad sólo eres su sirviente, y eso lo sabe Nuestro Padre. Tú eres el diseñador, pero son los hombres los que proyectan el diseño hacia la realidad. Tú eres el susurrador, pero son los hombres los que gritan tus palabras desde los techos y desde las montañas, y de los valles a los mares de muchos mundos. El conoce tu interminable pesar, tu secreto deseo de que los hombres se te resistan, porque ¿no depende tu esperanza de obtener el Cielo de que los hombres te rechacen? Tú eres esclavo, no el amo de los hombres, y estás sujeto a sus deseos como un condenado a la rueda, y tú ciertamente estás condenado. Se te llama el príncipe de una multitud de mundos, pero eres el cautivo de tus súbditos. Los hombres te alaban como su dios pero eres un dios encadenado. Nosotros, los que estamos con el

Padre, lloramos por ti. No hubo ninguno como lo fuiste tú, mi hermano Lucifer, nadie tan magnífico, tan brillante, de tan noble aspecto, tan dotado de belleza y sutileza, tan poderoso de palabra y acción, de tan luminoso mirar y con tan recia voz, tan valiente, tan lleno de alegría y buen humor. Te lloramos también, como te llora Nuestro Padre. Cada paso que te acerca de nuevo al Cielo es aclamado en los salones luminosos de la casa de Nuestro Padre y es preconizado en las celestes murallas del Cielo, y cada escalón que bajas de nuevo -por oficios de los hombres- hace que pase sobre nosotros una ligera oscuridad. Pero ya hemos hablado de esto antes.

La última vez que nos reunimos en terreno neutral me dijiste: “Miguel, si Nuestro Padre no te hubiera dado fuerza no me habrías arrojado del Cielo.” Eso es cierto así lo reconocí yo. Pero te golpeé en el corazón con un rayo de pesar y ése es el rayo más terrible de todos. **(ojo)** No se le debe confundir con el arrepentimiento, porque tú no te arrepientes. El arrepentimiento significa penitencia y restitución, y estas virtudes se hallan ahora más allá de tus más grandes poderes, porque han sido apartadas de ti, no por tu propia voluntad, sino por los actos de los hombres. ¡Esclavo! Tus hermanos lloran por ti. ¡Qué pavoroso es ser el esclavo de lo que desprecias! ¡Qué angustiante ha de ser para un arcángel orgulloso depender de los caprichos de aquellos que considera las más abyectas y detestables de todas las creaciones! Es como si un rey fuera el súbdito de una bestia. A diferencia de ti, yo sé que lo que Nuestro Padre ordena no es para ser odiado y detestado, no importa qué tan inexplicable sea, ¿Podemos penetrar nosotros sus misterios? ¿Conocemos como Él el futuro? Sus leyes son nuestras Leyes y es nuestro gusto ser obedientes. Sólo tú y los ángeles que te siguieron se rebelaron contra la Ley; creyéndote más sabio que la Divinidad, sentiste horror de que las criaturas de tierra

y barro, de agua y de viento, compartieran contigo las prerrogativas del libre albedrío, el don de la vida eterna, el éxtasis de ver el rostro de Dios Nuestro Señor y Padre, el embeleso del Cielo, la última vista de la beatífica visión. Y aunque miríadas de nosotros estábamos tan preocupados como tú, mi hermano, supimos que Nuestro Padre tiene Sus razones, y que nos debemos inclinar ante ellas y obedecer ¿Somos parte de Su mente como lo somos de Su esencia? ¿Podemos crear la vida como la crea Él? ¿Podemos formar los universos a partir del caos y la nada, y dirigirlos a cantar con las armonías del Cielo? No, no tenemos ese poder. Pero tú te negaste a reconocer que Nuestro Padre tiene sus razones, y te sentiste herido en tu arrogancia y en tu ira. Siempre hubo una especie de precipitación en tu naturaleza, desde un principio. Pero ninguno de nosotros imaginó que fueras a infringir los límites prohibidos al arcángel, ángel y hombre.

Me dijiste que estabas aterrorizado de que a los hombres se les permitiera llamar a Dios “Padre Nuestro” como se nos permite a nosotros. Eso fue en aquellos días anteriores a tu transgresión total, cuando era sólo un pensamiento colérico en tu mente. Estabas celoso de Su Majestad, obsesionado con tu amor por Él, temeroso de que de alguna manera Su Santidad se fuera a manchar, Su Honor llegara a la humillación. Tú lo hubieras apartado del amor de Sus criaturas, por pequeñas que puedan ser. Tú lo hubieras querido sólo para ti. Hubo momentos en que otros de tus hermanos se le acercaron, incluso yo mismo, y tus ojos brillaron con ira y tu mano se posó en el puño de tu espada. Tu boca se abrió para protestar, aunque entonces te tragaste el enojo, e incluso sonreíste como para ti mismo de tu presunción, Tú nunca te hubieras rebelado si Dios no hubiera moldeado al hombre de barro, y si este no hubiera separado los labios para decir “¡Señor!” como nosotros decimos la Palabra.

Nuestro Padre, quien conoce todos los pensamientos de los ángeles y de los hombres, y todas sus obras, se preocupó por ti desde un principio. ¿Sabía Él que infringirías más allá del límite que no debe ser cruzado; el cual es el mayor de los pecados? Nunca lo sabremos. El amor puede destruir tanto como el mal, y si a ti te arrojó del Cielo no fue por tu maldad, sino por tu altivo amor. Nosotros tus hermanos lo sabemos muy bien. Pero hemos hablado juntos de esto, tú y yo, durante todos los eones, siempre que nos hemos reunido. Cuando nos hemos encontrado los dos en el oscuro camino de la muerte, por el cual conduzco a las almas que han sido salvadas, me he vuelto a ver tu esplendoroso rostro y tus impenetrables ojos con pesar y tristeza. En esas ocasiones te has apartado y no has tratado de estorbarme. Pero éstas eran las almas que te habían rechazado. ¿Había esperanza en tu esplendor? Nosotros oramos porque sea así. Porque cada alma que entra al cielo es un peldaño hacia arriba para ti; cada alma que desciende contigo te sumerge más profundamente en los abismos de tu propia creación. ¡Cómo debes odiar esa alma!

Tú le has preguntado a Nuestro Padre si va a crear una nueva raza en Melina. No te va a dar esa respuesta. ¡Pero lamenta con Él que hayas tenido éxito en estimular el mal que se albergó en los corazones de los hombres de Melina! La muerte de ese planeta fue otra gran muerte para ti. No te mofes del Señor porque sólo te mofas de ti mismo, y eso lo sabes tú, ay, demasiado bien. Cierto es que Nuestro Padre está afligido por Melina, pero también está afligido por ti.

¿No hay alguna forma de apelar a tu compasión, aunque hayas jurado que no la tendrás por los hombres? Considera de nuevo a Terra, el tercero de cierta estrella (un diminuto sol amarillo, pequeño guardián de nueve mundos infinitesimales, que brilla endeble y mortecino en la grandiosa Galaxia que yo fijo; Galaxia

de enormes soles, demasiados para que incluso yo los pueda contar, cuyos números sólo le son conocidos a Dios). ¿Por qué, de todos los miles de millones de planetas en la Creación, eligió Dios nacer en Terra, destello azul vacilante, trémulo, un pequeño punto amoroso, pequeño centelleo inadvertido, entre un torbellino de planetas, cuyo nombre es desconocido por los niños de grandiosos mundos distantes en otros universos? Eso lo has preguntado con furia y enojo muchas miles de veces. No tengo respuesta para ti. Nuestro Padre consagró el suelo de Terra con Su Santa Sangre, la cual Él derramó por ese mundo y por todas sus almas. Eso nunca lo hemos entendido, porque Él nunca lo había hecho. Eligió el más pequeño y débil, el más frágil y humilde, el más insignificante, oscuro y velado, el más crepuscular, el más escondido, trémulo, ilógico e inseguro, frágil y frío, el menos dotado del reflejo de las bellezas del Cielo. En ese punto árido e ignominioso dejó Él Su vida humana en agonía, y eso no sólo te sorprendió a ti, sino también a tus hermanos. Pero sólo tú hiciste preguntas, y te diste la vuelta disgustado, y luego creció tu enojo más allá de lo que hubiera crecido alguna vez. Tú has llevado a incontables mundos a la muerte en el pasado, pero nunca antes te sentiste tan afrentado por ninguno, y nunca habías jurado tan despiadadamente su destrucción, Sus criaturas no eran rival para ti, Lucifer; sin embargo, no tienes piedad.

Este mundo naciente ha sido redimido por Dios. ¿Han sido redimidos otros mundos también con esa impresionante Redención? Eso sólo lo sabe Nuestro Padre. El tomó en Sus Manos al más débil y eso debe haber sido por la razón más majestuosa, puesto que lo abrazó en Su Seno. ¿Pero no dijo: “Los primeros serán los últimos y los últimos los primeros”? Terra es, de entre todos los mundos, el mas humilde. Sin embargo El lo redimió y esa redención quizá haya aclarado un

poco la sombra del mal en otros mundos y haya alejado la muerte.

¡Pero existen tantas miríadas de mundos en donde no han caído tus oscuras alas, cuyos niños conocen el Rostro de Dios y obedecen Sus leyes! ¿Están éstos fuera de tus tentaciones? Esperamos, hermano, por tu bien, que sea así.

Ten piedad de Terra. ¡Un mundo tan pobremente pequeño para tus magníficos esfuerzos! ¡Una arena tan pequeña para tus poderes! Ay, sin embargo ahí mora el orgullo y el odio también, y estos sentimientos te atraen. El murió en Su carne humana por él y nosotros sabemos que tú no puedes perdonar eso. Aun así, ten piedad.

Tu hermano, MIGUEL.

SALUDOS

a mi hermano Miguel, Arcángel de los Conformistas que no hacen preguntas molestas:

¡Siempre te he amado, querido hermano, a pesar de tu simpleza! De nuevo, mientras te escribo, veo tus brillantes ojos azules, tu pelo dorado, tu cuerpo alto y atlético, tus brazos poderosos, tu repentina sonrisa, tus manos fuertes, tus pies firmes y tus anchos hombros. No pienses que me burlo con estas palabras. Las escribo con admiración. Siempre me gustó tu conversación, aunque no fuera notable porque carecía del resto de la especulación y en ocasiones era demasiado solemne. Aun así, muchas veces estabas feliz, y tu risa se oía por todo el Cielo. Pero eres demasiado simple.

Una vez más, y perdida ya la cuenta, me has pedido que tenga piedad de Terra, esa miserable mácula de fango congelado que se arrastra pesadamente alrededor de una infeliz estrella enana de color amarillo, en un rincón olvidado de tu propia galaxia. Ha habido momentos en los que he pensado si Nuestro Padre no me habrá atormentado deliberadamente al elegir ese pequeño bocado corrupto como escenario de Su Redención universal. De entre la inconcebible amplitud de Sus miles de millones de mundos El eligió el más aborrecible e insignificante, el más aburrido y opaco, el más estúpido y degenerado. ¿Tendrá eso algún significado? ¿Quién conoce Su Mente? Tú también has hecho esa pregunta. Por lo tanto no estoy sumiso y por lo tanto de mi parte no puede haber aceptación, sino

incredulidad y afrenta. Incontables otros mundos han pecado y caído bajo mi tutelaje y tentación, hermosos y vastos mundos de cegadores colores y fabulosos panoramas, y ciudades espléndidas pobladas de hombres que al menos podrían reclamar que tienen un parpadeo de inteligencia. Pero Él no eligió uno de ellos. Eligió el más vulgar, el más animal, el más lodoso, el más sucio, el más inarticulado, el menos dotado de poesía y comprensión, el más carente de piedad, de fe y de aprendizaje. Ese asesino de profetas y héroes, ese asesino de Dios Mismo, no merece siquiera que se le llame letrina o escupidero. El se deleita en la inmundicia, en los pecados más abominables e indecibles, ¡ese pequeño y arrogante chirrido en el canto de la Creación! Yo he sentido alguna piedad por otros mundos que han caído, porque tenían cierta gloria y esplendor. Pero con Terra sólo siento repugnancia. Mitad desierto, mitad tormenta, mares medio contaminados, montañas medio erosionadas, ¡la vivienda perfecta para la criatura que se levantó sobre sus piernas posteriores y osó llamarse a sí mismo hombre!

Tú también estuviste presente con un ejército de mis hermanos no-caídos cuando Dios fue asesinado por el animal que pretende ser humano. (¡Amado Cielo, una bestia tan inferior!) ¿Recuerdas ese día, Miguel? ¡Ah, jamás podrás olvidarlo! Ni yo.

Dirás, como lo has dicho antes, que fue la voluntad de Nuestro Padre, y que Su Hijo nació con esa misma intención de la única criatura no maculada por los pecados despreciables de sus congéneres. Me has dicho que fue una Consumación que Él planeó desde el principio del tiempo. Pero la Consumación fue el hacer del hombre su pecado imperdonable. (En eso tú no estás de acuerdo conmigo, aunque no tienes otra explicación. Vas a decir que no tengo ninguna capacidad de entendimiento, pero siempre fui más sabio que tú, querido hermano.)

¿Habrían consumado otros mundos ese crimen supremo, otros mundos que han caído y que ahora ya han desaparecido? Yo creo que no. Estos, aun cuando eran perversos, se hubieran rebelado contra una Consumación tal, incluso si hubieran considerado a Cristo sólo un hombre, ya que eran hombres. No hubieran intentado nunca el asesinato y la destrucción del inocente, a pesar de sus tediosas guerras. Él que se manifiesta puro y bueno jamás ha provocado su odio, como lo provoca interminablemente a los hombres de Terra. Aun cuando los enojara el bueno, ellos reconocían su virtud, y aunque muchas veces lo exiliaron por conveniencia y porque molestaba o interfería con el placer de la vida, no lo torturaron ni lo condenaron a muerte de la manera más infame. Le concedieron honor y lo toleraron porque eran verdaderos hombres, y aceptaban lo que fuera comprensible e irritante. Pero los hombres de Terra no son hombres en realidad, aunque tú negarías eso. ¿Se da cuenta Nuestro Padre de que en verdad las criaturas de Terra no son hombres por completo, y su deseo era que Él los elevara a la hombría? Si así fue, ha fallado dolorosamente. Aquellos que son hombres en Terra sólo son unos miles y siempre ha sido así, pero se esconden con justificado terror y prudencia de aquellos que presumen llamarse a sí mismos compañeros. Se ocultan en lugares apartados, tras las paredes y en junglas, en los santuarios perdidos y en los desiertos. Cuando emergen con palabras de amor, piedad y compasión se les recibe con burla o con el inevitable asesinato. ¿No han aprendido? ¿No irán a aprender nunca? En Terra el hombre que viene con el pan de la piedad y con el pan de la vida es condenado para siempre y un día más, al odio y al asesinato.

Nuestro Padre, a través de las eras de Terra, ha inspirado a los sacerdotes de todas las religiones con el conocimiento secreto y místico de que enviaría a Su

Hijo a los hombres para abrir de nuevo las puertas de la vida eterna, las cuales a ustedes mismos les fue ordenado cerrar. No hubo ninguna religión en todas las eras que no proclamara la venida del Redentor. Los sacerdotes de Babilonia, de Egipto, de Grecia, de Roma, de Persia y de otras aburridas naciones, proclamaron esa Promesa Viviente. (Y así lo hicieron también los sacerdotes en los extintos continentes de atlántida, Lemuria, Mu y Endria.) Los profetas anunciaron repetidamente la llegada de Dios hecho carne a los hombres. ¿Necesito recordar a ustedes las palabras del profeta Isaías?: “De entre nosotros nace un niño. De entre nosotros se nos da un hijo. En Sus hombros sostiene el Gobierno, y Su nombre será llamado Maravilloso, Consejero, Dios Poderoso, el Padre del mundo por venir, el Príncipe de la Paz.” De su madre dice la profecía: “¿Quién es ella que se ve como la brillante mañana, bella como la luna, clara como el sol y terrible como un ejército con estandartes?” A los sacerdotes de Kem en Egipto se les dio también la profecía y vistieron la Cruz de la infamia eras antes de que se consumara la vil acción en Judea, y las pirámides fueron inscritas con la Cruz, que fue para la humanidad el signo de Resurrección y vida. Los griegos tuvieron su altar misterioso al Dios Desconocido y lo esperaban. Los romanos lo entendieron vagamente también, y en los reinos que se extendían más allá del mar y que los hombres todavía no conocían, Dios no negó Su secreto, ni se hizo clandestino sin profecía. Aun así, cuando vino fue asesinado.

Me ha resultado interminablemente divertido escuchar a los hombres desde el día de aquel asesinato, el más infame. “No debimos haberlo matado, si hubiera nacido de entre nosotros y no de entre los judíos -declararon con vehemencia-; debimos haberlo cuidado y levantado en nuestros hombros y aclamado ¡Hosanna al señor!”

¡Mentirosos! ¡Mentirosos! Los hombres de Judea, que habían atestiguado a través de los siglos la misericordia de Dios, le dijeron a Jesús: “¡Si los profetas hubieran nacido de entre nosotros, no los hubiéramos matado!” Pero todos los hombres matan a sus profetas y a sus héroes. No pueden soportar su proximidad, su censura implícita.

Si Dios no hubiera nacido de entre los Judíos, Su Nombre aún no sería reconocido entre los hijos de los hombres, porque habría sido borrado. Pero los Judíos habían acariciado y recordado las profecías del Mesías, y cuando Él se presentó entre ellos, miles exclamaron: “¡Bendito es Él que viene en el Nombre del Señor!” No fue un accidente que haya elegido a sus apóstoles de entre los Judíos, porque sólo ellos estaban consagrados a la profecía y lo reconocían a Él. (¡Pero qué ironía fue que Pedro, quien había dicho: “Tú eres el cristo”, lo haya negado tres veces! ¿No es eso natural en el hombre?)

Yo muchas veces conjeturo: si la ciudad de Israel no hubiera estado oprimida y aterrorizada por Roma, ¿Hubieran cedido a Cristo en forma tan pusilánime a los romanos los sacerdotes de Judea? Si Israel hubiera sido libre, ¿No hubiera levantado gustosamente a su Señor y lo hubiera proclamado a las naciones? Pero entonces no se hubieran cumplido las profecías de Isaías. Es un gran misterio y yo lo detesté desde un principio. Los caminos de Dios son definitivamente inescrutables y aburridos.

Fueron los Judíos los que esparcieron las “buenas nuevas” a los hijos de los hombres: que el Mesías había nacido y había muerto por la salvación de los hombres, de acuerdo con las profecías. Fueron los Judíos quienes durante trescientos años proclamaron las palabras de liberación del mal -de mí-. Llevaron Su nombre a los griegos y los romanos, a los persas y los egipcios, y murieron en su propia sangre por esas nuevas. Murieron

gustosamente; para nada. Porque yo los seguí por todas partes y levanté odio y cinismo entre los escuchas, y escepticismo entre los sabios y los educados, como lo sigo haciendo hoy. Yo susurré “¡Insensatos!” a las multitudes, y éstas rieron de los Judíos y los golpearon, como los habían golpeado en Egipto, Persia, Siria y Babilonia, sí, y a otros profetas en la Atlántida, Lemuria, Mu y Endria, hasta el día en que Nuestro Padre los hundió bajo las aguas en el gran Diluvio. Y en Terra hoy en día, donde se anuncia con susurros, risas y celebraciones “¡Dios está muerto!”, encuentro mi recompensa final.

Tú siempre me has preguntado por qué hago esto. No lo hago por el odio hacia Nuestro Padre, a Quien amo. Lo hago para probarle a Él que estuvo equivocado desde el principio y que debe borrar para siempre Su memoria de entre la manada que se atreve a llamarse hombre a sí misma. ¿Debe compartir una bestia en la fiesta del Santo de los Santos? Es una profanación. ¡Debe cesar el pisoteo en el Templo! El asno, el búho y las serpientes no deben ya conocer el Templo. Yo no descansaré hasta que esto se logre. No descansaré hasta que destruya Terra, y muera en su propio fuego y sangre porque ha blasfemado a Dios por demasiado tiempo.

Le he dado a Terra la fórmula para su muerte, como he dado fórmulas similares a los hombres de otros mundos. Tú no te alegrarás conmigo de que este *abatoir* de Dios, Profetas y héroes quede atrapado en el torbellino de las llamas según la profecía del profeta Joel, Porque no compartes conmigo mi aborrecimiento hacia la humanidad, dondequiera que se haya manifestado a sí misma, en cualquiera de los universos. Los mundos y los soles fueron creados para los ángeles, y no para animales que apestan a estiércol, sudor, vicio, entrañas y vejigas y enfermedad, y todas las vilezas.

De nuevo prometo que no cederé hasta que este

insulto contra Dios sea purgado con la muerte universal y hasta que la provincia de las galaxia pertenezca solamente a los ángeles. Si Dios no lo hace, lo haré yo.

Tu hermano, LUCIFER

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, quien en su enigmático corazón desea ser refutado y rechazado, y que se proclame por siempre la Gloria de Dios a los Ángeles y a los hombres, aunque él lo niegue.

He leído tu carta con pesar, porque conozco la angustia de tu espíritu. Yo también te recuerdo a ti y a tu magnífica apariencia y a la gloria de tu presencia. ¿Cómo es posible, me pregunto muchas veces, que te resistan los pobres hombres si te presentas en tantas formas, todas ellas seductoras? ¡Un adversario tan pequeño, el hombre! ¡Tan desamparado, tan débil, tan confundido, tan ciego, tan abatido, tan pequeño! Yo lo veo y lloro. Me asombro, no de que haya rechazado y blasfemado de Dios tantas veces, sino de que lo haya recordado tanto tiempo a pesar de los desdeñosos y los filósofos y los eruditos. Me asombro, no de que resista las múltiples y delicadas lisonjas del Señor, sino de que tantísimos hombres –aunque tú negarías esto- lo guarden tan valiosamente en sus corazones y cada día honren Su Nombre, y después de morir se alejen de ti como se alejaron en vida, y vuelven como pájaros radiantes al regazo de su Señor.

Tú llamarías a eso “simplicidad”, desdeñosamente. Pero la virtud es simple y fácil de comprender. Solamente el mal es complejo, complicado, torcido y tortuoso en todos sus caminos. La virtud es una corriente de agua brillante que se encamina fielmente hacia el mar. Pero el mal sopla por muchos pasajes, barrancas y abismos, y adopta colores muy ambiguos y se esconde

en muchas cavernas diferentes. El mal tiene mil conversaciones e incontables rituales perversos. Es un millar de ruedas indisciplinadas dentro de una rueda, todas girando celosamente. La vida, al contrario, es directa y sin engaño, y no posee argumentos, porque la Vida es, y no puede haber ningún argumento en presencia del orden. El mal se oculta en una multitud de filosofías, controversias, conjeturas y especulaciones. Trata siempre de combatir la Vida hasta que deje de existir, y sólo resulta triunfante cuando no queda nada. Es, en suma, la muerte.

En los hombres malvados existe la voluntad de morir, de ser absueltos del peso del ser, de ser rescatados de la búsqueda de una respuesta, aunque la respuesta sea tan clara y tan inequívoca. El mal busca que lo absuelvan de la necesidad de aceptar, y sólo comparte una cosa con la virtud: el deseo de tener adherentes. El hombre no puede vivir solo, ni en la virtud ni en el mal, y así como la virtud no puede tolerar el mal, tampoco puede el despreciable tolerar al justo. Uno debe perecer. Tú dirás que siempre resulta victorioso el mal. No, no siempre, porque ¿no perdura la Vida? La Vida no puede existir en presencia de la muerte y la medianoche no puede ser mientras los soles brillen.

Los pobres hombres de Terra gritan con pasión: “¡La Vida es difícil! ¡No existe una respuesta sencilla para el ser! La Vida es complicada y comprometida, tiene muchas caras, y ¿quién puede decir cuál cara es la verdadera?” Pero la Vida sólo tiene un Rostro verdadero, el Rostro de Dios, y ante Él no existe sendero tortuoso, no hay pasajes ocultos, no hay variedad de respuestas, no hay confusión, no hay un “éste es el camino, pero, por otra parte, este otro también puede ser”. La mente del hombre, auxiliada por la tuya, se convierte en un enjambre de células, cada una dotada de una vida contradictoria, de una insistencia individual,

de una voz diferente, de una respuesta discutible. Solamente en la miel pura de la verdad hay un flujo de dulzura y no hay nada tan simple como la miel.

Nuestro Padre no mora en lugares laberínticos. Vive en el sol, donde no hay escondrijos. Pero, profanado en su alma por ti, el hombre exclama: “¿Dónde está Dios? ¡Yo no lo veo! Todo es oscuridad. El me ha pedido ser dócil en esta oscuridad y resignarme con tanta sencillez como la bestia del campo o un infante de brazos en el regazo de su madre.”

Sin embargo, el Señor ha dicho claramente: “Ustedes deben ser como niños para heredar el Reino de los Cielos.” Los niños no hacen preguntas capciosas, no hablan con frases grandilocuentes ni eruditas, ni aceptan las palabras de los antiguos sabios negando la evidencia que tienen delante de sí. Ven clara y totalmente, no oscura y parcialmente.

Tú le has dicho al hombre que pude razonar, y por lo tanto es semejante a los dioses y está consciente del bien y del mal. Pero sólo le has mostrado sus propios deseos y pasiones, y le has apremiado no para que los rechace, sino para que los gratifique, porque ¿no son parte inherente de su naturaleza? Su razón está pervertida por sus irrefrenables deseos, los cuales estimulas y tientas de manera deleitante para ti. No tienen ningún mérito propio, sino únicamente los méritos que les ha otorgado la Gracia de Dios. El hombre lo reconoce instintivamente en la niñez, y sólo por medio del aprendizaje puede glorificar eso que él llama su “razón”. ¡Una triste criatura tan pequeña, tan digna de compasión en su impotencia! Los hombres más sabios de Terra son los más estúpidos, los más refractarios, los más ciegos. Pero, ¿son ellos los sabios de verdad? ¡No, absolutamente, son los más mudos y nulos! Sólo los simples son sabios en los caminos de la sabiduría, porque cuando preguntan perciben la respuesta inmediatamente. Tú has llamado a eso infantilismo y los

hombres te han escuchado a través de las eras. A ellos les parece fascinante la espiral y entre más se curve hacia sí misma más deleitados están, y le llaman sutileza. El camino recto es insípido para sus retorcidos espíritus, y no les da satisfacción. ¡Pobre hombrecito, pavoneándose en un montón de estiércol y cacareando retadoramente al sol cuando se levanta, y creyendo muchas veces que sin su canto el sol no va a salir! En el peor de los casos, está convencido de que su montón de estiércol es el centro del universo y de que el aleteo de sus alas se escucha hasta la estrella más distante.

Sin embargo, Nuestro Padre eligió tomar el cuerpo de esa pequeña miserable criatura, ese pequeño ratón ciego, ese insolente maniquí. Esto te ha encolerizado y te ha insultado como lo has repetido tantas veces a través de los eones. Pero Dios no lo hizo para atormentarte como tu dices. Él no les inflige sufrimiento a Sus hijos. Tuvo Sus razones. Has escrito que si Él no borra la memoria del hombre de todos los planetas, no sólo de Terra, lo harás tú. Eso no puede ser, a menos que Él acepte que hagas tu voluntad. Ciertamente es que hundió continentes antiguos de Terra bajo el agua y tú te regocijaste de que la raza fuera destruida. Pero Él rescató unos cuantos y levantó otros continentes para que vivieran y fueran productivos y renaciera su esperanza. Tus rayos no destruyeron el arca que izó y navegó sobre los vastos mares sin tierra, ni se atemorizaron sus habitantes. No fue la voluntad de Nuestro Padre que se perdieran, sino que vivieran. Puede llegar un día en que Dios desee que hagas tu voluntad, pero ese día sólo vive en Su mente y no lo puedes conocer.

No tendrás piedad. Fue absurdo de mi parte pedirla, porque conozco tu aborrecimiento hacia esa ensangrentada pequeña bola de lodo que cometió y continúa cometiendo el gran crimen de haber sido hecha por Dios. Sin embargo, tu mismo enojo contra ella me da aliento, porque es por amor a Nuestro Padre que te

Sientes tan ultrajado por Terra. Incluso si Dios hubiera elegido a Madra, el planeta más hermoso y espléndido de todos los universos, para nacer en el, de todas maneras estarías encendido de ira, porque también Madra está habitado por hombres, y la humanidad es tu castigo. Tentaste al hombre para que cayera diez mil veces hace diez mil eones, y cuando él cayó, tú caíste también. El es tu anatema como tú lo eres de él. Cuando, imitándote, blasfema, no te alegras. ¡Lo destruirías por las mismas palabras que le enseñaste! Lo matarías por el mal que ha aceptado, aunque tú inventaste esta maldad y le llenaste con ella los brazos.

Es esa debilidad del hombre ante ti lo que te llena de furia y sin embargo lo haces débil en el vientre de su madre. Cuando le dices: “Yo soy tu único Dios, tu única verdad”, y se inclina ante ti para adorarte, lo golpearías hasta la muerte de inmediato. ¡Ah Lucifer, una vez Estrella de la Mañana, eres el padre mismo de la infamia increíble del hombre, y mientras demandas su adoración demandas simultáneamente su destrucción!

No es ninguna maravilla para mí, tú que eres un esclavo de esclavos. Es mi pesar. Es el pesar de todos tus hermanos también. Pero, ¿quién sabe? Un mediodía hermoso puedes levantarte hasta las puertas del Cielo en la escalera que han levantado los hombres y, tocando en ellas, gritar “¡Aleluya!”

Tu hermano, MIGUEL

SALUDOS

a mi hermano Miguel, quien es muy tierno y valiente, pero ¡ay!, demasiado ingenuo:

Déjame repetirte como siempre he repetido: si mi entrada al cielo debe estar acompañada de las almas de los hombres, prefiero mis infiernos. Al menos ahí atormento a los que me insultan y a los que insultan a Nuestro Padre, y ése es un deleite exuberante, un deleite, me temo, que tú nunca conocerás.

¡Deleite! ¡Muy ciertamente! Es un gusto que no puedo explicar con palabras que pudieras entender. Sea suficiente decir que yo juego con esas almas igual como ellas jugaron con sus víctimas, y con la misma inclemencia, sólo que mil veces acrecentada. Cuando me imploran piedad escucho sus gritos con éxtasis. ¡Bestias, animales! ¡Pensar que ellos también tienen vida inmortal! Se arrastran ante mí y agarran mis vestiduras, y los rechazo con el pie. En ocasiones admito algunos en mi oscuro tabernáculo y converso con ellos por el placer de comprobar su estupidez, su manifiesta tontería. Muchas veces convoco a los grandes entre ellos y los apremio para que hablen de su fama en Terra, y es una enorme diversión. Me dicen: “Yo nunca creí en ti ni en Dios, sin embargo existes, manifiestamente”, y se maravillan. Yo conjuro sus vidas delante de ellos mismos y digo: “Ahí estaba yo en una de mis apariciones cuando tú planeaste esto -o aquello- y escuchaste mi voz y te embelesaste con ella; ¿por qué me escuchaste, bestia de bestias?” Ellos contestan, postrándose ante mí “No creía en nada

más que en mí mismo, en mi propia grandeza y mi propia voluntad.” Pero creyeron en mí.

Se arrepienten. Pero es demasiado tarde. Vinieron a mí, no por pecados augustos que cuando menos tienen una medida de grandeza e imaginación, sino por pecados mediocres y despreciables, que se hallan por debajo de la comprensión de las criaturas más bajas sobre Terra. La serpiente del bosque no es tan venenosa como el hombre, el murciélago rabioso no es tan loco y enfermo, el tiburón dentado no es animal tan sucio. Porque ninguno de ellos puede mentir. Esa es prerrogativa del hombre solamente, y éste siempre toma el aspecto y los hábitos de la serpiente, el murciélago o el tiburón, aunque es más temerario que éstos, porque carece de su inocencia, sabe lo que hace, y lo hace con entusiasmo y pasión. A través de sus mentiras, mentiras de la carne y del espíritu, el hombre viene a mí, porque la mentira es una perversión y el hombre es un perverso. Él es la encarnación de la mentira que soy yo mismo, y todo el mal que hace es corrupción de la verdad.

Tú me has pedido piedad para él. Si yo no te amara, Miguel, me sentiría por siempre insultado, y entonces debería odiarte.

Mis demonios cuidan de las generosas cosechas de almas de los hombres que trepan por mis portales ardientes cada hora, y los ven con repugnancia, porque nunca, ni entre los demonios, hubo jamás un espíritu tan malicioso, tan encarnizado en su odio por sus semejantes, como el espíritu del hombre. En su vida sobre Terra él habla de amor y lo aprecia con su lengua como la mayor de las virtudes. Sin embargo, jamás hubo una criatura tan carente de amor en su corazón, incluso cuando anuncia su amor a los cielos. Se amontona en los altares que ha erigido a Dios mientras la mentira, el repudio y la incredulidad anidan en su carne, e incluso cuando canta “¡Aleluya!” se ríe en

secreto de su propia perfidia. Ama esa perfidia. Cree que le da estatura intelectual. Ve al Señor crucificado y no necesita que yo lo aliente para hacerlo hablar desde su espíritu y negarlo. Tiene muchos argumentos y se divierte con ellos.

Tú dirás que no todos los hombres. ¡Miguel, Miguel! ¡Ese pequeño y miserable río que fluye hacia el cielo es escasamente un goteo en comparación con el gran río que fluye hacia abajo, hacia mí!

Tú no has visto sus rostros horrorizados cuando se encuentran conmigo, y yo los saludo así: “Bienvenidos a su hogar espiritual, ustedes que han negado todas las cosas.” Aun así es muy extraño. Aunque no creyeron verdaderamente en Nuestro Padre, creyeron en mí, aunque no lo sabían. Uno sirve sólo a aquello en lo que vive, con conocimiento o sin conocimiento. Se hubieran asombrado de encontrarte a ti, Miguel, y se hubieran maravillado, pero no se maravillan ante mí; me reconocen de inmediato. Han visto mi cara innumerables veces y conocen todos mis rasgos. También les es familiar el infierno; crearon un espejismo de él en Terra, y conocen cada callejón, cada pasaje oscuro, cada lago helado, cada montaña de fuego, cada sombra oscura, cada ciudad fúnebre, cada estanque de corrupción. Porque cuando yo instalé mis infiernos fue el hombre el que levantó las paredes y estableció los lugares ruidosos, prendió los fuegos y congeló las aguas. Por lo tanto no es ningún misterio que reconozca cada sendero y se siente en el lugar escogido a llorar y a arrepentirse. Él construyó la casa en la que vive. Cuando menos ésa es una especie de libertad, porque el hombre no construyó el Cielo. Porque hay libertad en la participación y en el infierno reina la libertad total. ¿No lo he dicho a través de las eras? Tú has llamado esclavos a mis criaturas, pero los esclavos no construyen de acuerdo a sus diseños, y los hombres sí han construido los infiernos según sus diseños. El hombre alcanza

el Cielo por la Gracia de Dios y no por sus méritos, y por lo tanto tal vez ni siquiera por su voluntad. Pero los hombres desean vivir conmigo, y donde hay voluntad hay libertad. ¿No ha declarado lo mismo Nuestro Padre? Él es la Paradoja de paradojas.

No hay contradicción ni asombro en el infierno, porque todo lo que hay en el infierno es familiar a las almas de los hombres; allí existe la seguridad que siempre han anhelado los hombres en Terra, pero que amorosamente les niega Nuestro Padre, porque Dios es el Creador de una variedad de infinitos y opuestos, contrastes deliciosos, comicidades inocentes, desigualdades desconcertantes, absurdos encantadores, paradojas, retos temerosos, inseguridades excitantes. Admito que esto estimula el color y el esplendor y la alegría, las maravillas, las bellezas perfectas, la vivacidad y la expectación. Pero en el infierno no hay nada de eso que ofrecer, pues no hay variedad ni alternativas. Hay dolor y tedio, y el tedio es el más monstruoso de los castigos, Frente a eso el dolor es un alivio, así que a pesar de los rumores de los ignorantes de Terra, en mis infiernos hay muy poco dolor, excepto por el arrepentimiento inútil. No hay futuro, pero hay tiempo. Un tiempo interminable y una monotonía interminable.

En Terra, los piadosos sólo hablan de las agonías del infierno, y éstas existen porque son placer. ¿Han visto mis ciudades gloriosas, encantadoras, extravagantes? Están rebosantes de los mismos placeres de Terra, pero inconmesurablemente acrecentadas. Millones de recién llegados las ven con anhelos y sonrisas, y corren a habitarlas. La suntuosa ciudad en la que vivo es una ciudad que creó la ardiente imaginación de los hombres, pletórica con cada satisfacción de sus viles corazones, con la lujuria concupiscente de su carne, con cada sueño de sus corazones llenos de envidia. Hay casas resplandecientes, rebosantes de destellantes

tesoros, salones de baile, arenas, teatros, estadios, tiendas que pueden hacer que cualquier comerciante llore de codicia, castillos con torres para cada perversión y avenidas de gran magnitud, llenas de música y mesas con sabrosas viandas y vasijas de vino sin fondo apiñadas por doquier, y demonios como serviles lacayos. Hay paisajes de enormes montañas como de alabastro y bosques centelleantes vibrando melodiosamente, valles lozanos como terciopelo, ríos como de oro. Aquí las almas de los condenados son libres de ir y venir, hacer deporte, conversar, jugar, tomar parte en todas las controversias, dedicarse a las búsquedas que los dominaron en Terra, discutir cosas extrañas con los habitantes de mundos en los que nunca soñaron, inventar teorías nuevas e hipótesis excitantes, “seducir” a hermosos demonios femeninos. No hay un solo vicio para seducir que les sea negado, ni una pasión que no le sea gratificada inmediatamente. ¡Ah, yo te digo, Miguel, al principio muchas veces confunden el infierno con el cielo!

El placer nunca desaparece en el infierno, y permanece inalterable, pero no puede aspirar a diversiones superiores como la meditación y la reflexión, porque no tiene fin. Nada se reprime; no hay lucha; no hay acideces, no hay lugar para la ambición ni el logro. Todo es igual; todo es accesible a cada alma. No hay aplauso, ya que ninguna alma excede la estatura de otra. Ninguna cara es diferente de otra cara, nada es único o creativo, o merecedor de aclamación. Ninguna alma es valiosa porque todas carecen de valor. Cada una está cubierta con los ropajes del condenado, uniformidad inmodificable. Cuando un alma no puede superar a otra en ninguna forma, le resulta aburrido y misteriosamente aterrador. porque Dios creó a todas las almas para esforzarse y superarse y ser así libres, y desarrollar una individualidad inapreciable. Pero ésa es mi democracia.

Al fin, desesperados y aburridos, mis condenados ruegan por las regiones menos atractivas de mi soberanía, donde hay dolor, y llanto, y crujido de dientes. En la hora final el dolor se vuelve más deseable que el placer, cuyos frutos no sirven para nada. Al final puedo emplear a esos condenados en mi provecho para seducir almas que aún viven en Terra. ¡Al menos esto es más excitante! En mi trabajo se mueven la envidia, el odio y el resentimiento, porque ¿qué condenado puede regocijarse de ver que se le escape un alma? ¡Qué regocijos invaden el infierno cuando en el pozo caen más corruptos! Si las Huestes Celestiales se alegran cuando se salva un alma, ¡cuánto más se regocijan los condenados cuando un alma cae! No me preguntes por qué. ¿Creé yo al hombre? Su perversión me hace retroceder con disgusto muchas veces. Tú dirás que yo lo pervertí. No, yo sólo tiento.

¡Con cuánto júbilo introducen mis condenados a los nuevos condenados en mis infiernos! Ven sus caras desmayadas y los abrazan con éxtasis, buscando sus lágrimas y bebiéndolas con avidez. Los toman de la mano y gritan de felicidad cuando retroceden al enfrentarse a los horrores. Esa es la única satisfacción que hay en el infierno, y es una satisfacción profundamente alentada.

Eventualmente, todos los condenados anhelan muerte y extinción. Yo soy más compasivo que Nuestro Padre, y muchas veces les daría la muerte verdadera; pero Él los maldijo con la vida eterna, y siendo así, ¿quién es en verdad el menos piadoso? Dios no puede ir en contra de Su propia Ley, por lo tanto no puede rescatar a mis condenados. Cuando hizo inmortal al hombre, ¿sabía Él a qué lo había condenado? ¡Ay, ay!, hay veces en que yo les daría la muerte. ¿No queda contestada así tu pregunta? Yo no soy una Paradoja, como lo es Nuestro Padre. Si yo hubiera creado al hombre -¡Dios no lo permita!-, no le habría dado libertad

para condenarse si así deseaba. Mi creación sería obediente y dócil, una pequeña criatura jovial que no pudiera saber la diferencia entre el bien y el mal, y por lo tanto no habría vivido más que un día breve en el sol. Lo hubiera hecho de veras mortal, como una mosca de mayo que vive un mediodía placentero y al ponerse el sol dobla sus alas y cae al polvo.

Tú me dijiste una vez que el infierno era el infierno porque ningún amor puede morar ahí, y el amor es imposible. Es verdad. Pero el amor es pasivo y el odio es activo, y el hombre está siempre activo como un insecto que no puede estar quieto. Por lo tanto, Miguel, al final he de ganar, porque el hombre es invariablemente entusiasta y celoso, y sólo languidece cuando no hay nada que odiar.

Tu hermano, LUCIFER.

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, que llora ante sus triunfos:

Siempre has guardado resentimiento porque en el Cielo se te negó una cosa: el Conocimiento de lo que había en la Mente de Nuestro Padre. Nadie conoce Su Mente, ni yo, ni Gabriel. Nosotros no lo resentimos; eso estaba reservado para ti. Tampoco nos atrevimos a cuestionar Su Conocimiento para que no nos cegara; pero tú eras impaciente e inquisitivo y otorgaste esas miserias a los hombres.

Tú has escrito que eres más piadoso que Nuestro Padre porque no le habrías dado vida inmortal al hombre; pero también le hubieras negado el Cielo y le hubieras negado lo único que lo eleva por encima de los demás animales en todos los otros mundos además de Terra: el libre albedrío. ¡Mejor sería para el hombre ser condenado que carecer de ese precioso don! Al menos tuvo su elección. Ello en sí le confiere dignidad, ya sea en el Cielo o en el infierno, y a pesar de todos tus esfuerzos, mi pobre hermano, no puedes despojar de dignidad a los condenados; comparte tu existencia inmortal y no los puedes perdonar por ello. Ellos tienen su vestimenta de vida eterna.

Hasta un alma condenada que pena por lo que ha perdido es más que un cuerpo que expira con el aliento. ¿Tú preferirías no ser, Lucifer?

Yo veo el esfuerzo constante en el Cielo con placer y afecto. Hay un ir y venir perpetuo de ángeles y almas de los salvados con noticias de planetas y universos nuevos y de las maravillas que hay en ellos; hay

risas y excitación, e intercambio de opiniones y conjeturas sin fin. ¿No fue Cristo quien dijo que el oído humano no ha escuchado y el ojo humano no ha visto las maravillas que ha preparado Dios para aquellos que Lo aman?

¿Necesito recordarte a ti el aspecto del Cielo? Mediodía eterno, pero no un mediodía estático, pues ningún panorama permanece igual y ninguna visión del ojo es igual. La única constante es el amor entre ángel y hombre. Todo lo demás cambia y siempre hay trabajo y expectación. El trabajo no es una aflicción, como cree el corazón humano. cuando Dios “condenó” al hombre a trabajar, le otorgó el don más santo después del libre albedrío. El trabajo es oración y logro, e incertidumbre del logro. La belleza se encuentre siempre en proceso de ser, pero nunca se logra por completo. El regocijo se halla a la siguiente vuelta, pero la siguiente vuelta promete un regocijo mayor. El amor no se satisface nunca por completo en el Cielo, excepto por la seguridad del Amor de Dios. Este fluye para siempre y felizmente, buscando mayores realizaciones.

Si un alma está agotada después de morar en alguno de los mundos, puede descansar en el verdor y la paz hasta que se recupere. Luego, debe emplearse en el trabajo de Dios, que nunca está terminado. Así, se emplea con anhelo y con un placer nunca satisfecho. ¿Desea un alma crear puestas de sol maravillosas o amaneceres en algún mundo? Se pone en sus manos para mayor gloria de Dios, y pinta los cielos con la calma y ceremonia de la mañana o la pensativa quietud de la tarde. Colorea las flores del campo y le da al grano su oro. Si se interesa por las maravillas que en vida le aturdieron, entonces busca las respuestas a esas maravillas y se vuelve luminoso de satisfacción cuando finalmente percibe la respuesta. Pero aún hay otras maravillas que lo atraen y provocan.

¿Había en los mundos algún alma que carecía del amor de los hombres y languidecía por ese amor? En el Cielo se le vierte sobre sus manos inmortales y se calma. ¿Tuvo esperanza en los mundos de que vería los rostros de aquellos a quienes amó? Así los ve y sabe que nunca más puede haber separación o aburrimiento en el amor. ¿Anheló tener hijos para abrazarlos, y esos hijos se le negaron? Sus brazos están llenos de niños en el Cielo. ¿Carecía de hogar antes de ascender? Puede crear por sí misma el hogar de sus sueños perdidos, ya sea una cabaña o un palacio. ¿Deseó servir a Dios con absoluta entrega cuando permanecía en su carne, pero no podía realizar ese deseo? La realización es en sí misma, recorriendo los interminables universos e inspirando a los afligidos, animando los corazones del triste, aliviando el dolor del inocente y llevando buenas nuevas a aquellos que viven en la oscuridad. Puede susurrar en los vientos y traer conocimiento en el crepúsculo y esperanza en los albores. Cada alma que ayuda a salvar y trae salva a Dios es un triunfo y sus compañeros triunfan con ello.

Todo aquello que un hombre soñó inocentemente en la carne, ya sea simple o magnífico, es suyo en la casa de Dios. Lo mejor de todo es que puede evolucionar, pues siempre existe el descontento divino y no el estatismo del infierno. En el Cielo siempre deben luchar por algo los ángeles y los hombres. No existe una sola congregación, porque en las congregaciones hay conformidad y el alma no puede existir en la monotonía. Cada alma es individual, no se parece a otra y tampoco sirve a otra. Sirve a su propia necesidad, Dios es su necesidad y aunque alcanza a Dios, nunca lo cubre o lo conoce completamente. Esa es su más esplendorosa insatisfacción, su felicidad. Porque lo que se posee completamente es aburrido. La Victoria no es nada cuando se logra por completo. Tú has visto la miseria de los conquistadores en todos los mundos,

cuando no había nada más que conquistar. Pero en el Cielo nadie conquista sino Dios, y ¿quién sabe si Él conquista completamente? En el Cielo, sobre todo, no hay agotamiento, no hay cansancio del espíritu, no hay plenitud. Hay una juventud eterna y una especulación interminable. Tú has dicho que el amor es pasivo. Si lo es, entonces no es amor, sino sólo una pasión egoísta o un ensimismamiento momentáneo. Es pacífico y eso sí es cierto, pero no es la paz de la muerte. Es seguridad, pero aun así no es la seguridad de la tumba. Tiene que buscarse eternamente y encontrarse eternamente, con aspectos nuevos y encantos nuevos. La música del Cielo está formada por las voces de aquellos que han visto un nuevo rostro en el amor y se sorprenden de no haberlo visto antes.

La Ciudad de Dios no es como tu ciudad, oh Lucifer, porque en ella no hay placer ni apetitos obscenos. Todo lo que fue hermoso, entretenido, encantador en los mundos es ampliamente magnificado en el Cielo, y está siempre cambiando, ofreciendo nuevas sensaciones. Nunca es lo mismo, a la vez que siempre es igual. Tú de nuevo dirás con burla que ésa es una paradoja, pero hay un placer infinito en las paradojas. Solamente los Absolutos son rígidos, y la rigidez es la verdadera muerte del espíritu. Pero hay un Absoluto que reina en el Cielo y en los planetas, y ése es el Absoluto del amor de Dios. Todo lo demás se mueve con el alma es parte de ella. Se levanta un velo, pero para revelar otro velo de un color incluso más cautivante. El clima del Cielo es la búsqueda inalcanzable.

No hay final para el conocimiento ni para el aprendizaje en el Cielo. El alma busca nuevos conocimientos y aprende para siempre, y no se paraliza como una rígida imagen de mármol. Su cara está eternamente iluminada por los fuegos y los colores de universos nuevos y de nuevas aspiraciones y nuevas aventuras. Clama por conocer. Sin embargo, nunca puede

conocer por completo y ésa es su recompensa. Dios es como un padre terrenal que constantemente propone nuevos acertijos a sus hijos y sonríe cuando afanosamente adivinan sus secretos y aprenden sus respuestas. Siempre hay nuevos libros para leer, nuevas maravillas que estimulan la imaginación, nuevos panoramas que explorar.

Cuando tú estabas en el Cielo declarabas que éste finalmente te cansaba, porque, dijiste, el Cielo era como una bola de seda que nunca se desenrolla y no había esperanza de desenrollar. En pocas palabras, querías hacer del Cielo un infierno, en el que hay consumación absoluta, y no hay nada más que se pueda lograr. Tal estado de éxtasis es ciertamente el infierno, como tú lo has descubierto para pesar tuyo. Deseabas dormir, dijiste, y descansaste sobre tus inmensas alas blancas de luz, pero no dormiste. Deseabas ver y entender aquello que no es entendible, incluso para los arcángeles. Deseabas el máximo. Ay, Lucifer, lo has logrado. Tu ciudad resuena con los sonos del éxito. ¿Por qué entonces no estás satisfecho?

Con el tiempo han nacido mundos nuevos en una de las estrellas más grandes de mi Galaxia. Sin duda tú los visitarás y tratarás de corromper a su gente. Rezo porque falles, no sólo por el bien de Dios, sino por tu propio bien.

Tu hermano, MIGUEL

SALUDOS

a mi hermano Miguel, quien cree que en la continua repetición hay nuevas revelaciones:

La última carta que me enviaste parece estar más dirigida a los nuevos mundos con los que te ha dotado Dios, que a mí, quien conoce el Cielo tan bien como tú y tal vez mucho más, porque ¿no me crearon a mí antes que a ti? Ciertamente, en el Cielo no hay Absolutos salvo por Nuestro Padre, Quien es todos los Absolutos. Es ahí donde descubro el tedio y, paradoja de paradojas, hay una extraña similitud entre el Cielo y el infierno: el cambio que en realidad no es cambio, aunque tú estarás en desacuerdo. Cada mañana dicen mis condenados: “¡Este es otro día!” Pero descubren que es el mismo día que el día anterior. En el Cielo no existe el tiempo, y seguramente ése es el fastidio más grande. Mis condenados nada alcanzan, porque no hay nada que alcanzar. Tus santas almas nada alcanzan porque el logro total no es posible. El alma se esfuerza y sea en el Cielo o en el infierno, y si hay una sola diferencia, todavía me falta percibirla. Tú hablarás de la alegría en la Visión Beatífica, pero ¿no la conozco yo acaso? ¡Yo la vi primero, mi querido hermano! Pero si ni los arcángeles van a conocer sus secretos supremos, ¿en dónde está la satisfacción? La certeza de que uno nunca podrá saber todo a mí me parece a veces que es el infierno mismo. Al menos mis condenados saben todo lo que hay que saber sobre el infierno y sobre mí. No hay rincones escondidos, y si no hay deleites nuevos, tampoco hay misterios ni terrores por conocer, por

sublimes que sean. Esta condición siempre pareció ser la más deseable entre los hombres. ¿Y no se la he dado?

En el infierno hay una respuesta para cada pregunta, y mis demonios son solícitos. Ningún alma pregunta sin obtener respuesta. Si la respuesta es frívola y no ofrece ninguna novedad, ¿no deseó el hombre eso para sí durante el transcurso de su vida mortal? Nada asusta más a estos infelices miserables que la perspectiva de algo extraño; sin embargo, lamentan -después de un tiempo- La monotonía del infierno. En todos sus mundos persiguen la misma condición que encuentran en mis infiernos -ningún cambio perturbador, ninguna incertidumbre, ningún peligro, ninguna prueba de valor, ningún reto y ningún enigma, pues consideraron que ésa es la más maravillosa de las existencias-. Sin embargo, una vez que la tienen asegurada en el infierno, agonizan. Yo siempre he dicho que las almas humanas eran pusilánimes, ciegas y contradictorias.

Ciertamente no hay libre albedrío en el infierno, porque los condenados lo abandonaron en sus mundos. Yo les he negado ese tormento. Por lo tanto no pueden desear escalar al Cielo a través de negarse a sí mismos, de la contemplación, la adoración, la dedicación, los actos de fe y de caridad. En ellos se marchitaron estos atributos durante sus vidas o fueron rechazados con burla por medio de sofisticaciones risibles. Pueden desear poseerlas ahora, pero yo los mantendré seguros y abrigados ¡como nunca los mantuvo Nuestro Padre! Por lo tanto, ellos no pueden desear nada. Ellos sólo pueden aceptar los placeres -y los dolores- que yo les doy.

Al contrario, en el Cielo se extiende totalmente el libre albedrío, y la capacidad para rechazar y para negar persistente en los arcángeles, ángeles y almas de los salvados, así como el don del repudio y la posibilidad de desobedecer. ¿No es eso lo más espantoso? ¡Qué inseguridad! ¡Qué peligro! Mis condenados permanecen

conmigo en esclavitud eterna porque en vida sólo desearon seguridad y carecieron del fuego de la aventura, aunque, lo sabe Dios, ¡bastante protestaron en sus mundos! ¿Pero por qué protestaron? Por la desigualdad, que es la variedad de Dios. Por la inestabilidad, que es la luz de los universos. Por la inquietud de la mente, que es el alma de la filosofía. Por las aparentes injusticias, que son la meta del espíritu. Por las aparentes injusticias, que son la meta del espíritu. Por la vulnerabilidad frente a la vida y a otros hombres, cuando es una obligación hacerse invulnerables a través de la Fe en Dios. Por la presencia del sufrimiento o infortunio, **(ojo)** que es una invitación para que el alma busque armonía y serenidad. Así, pidieron a sus gobernantes permanecer en capullos, sedosos y ciudades por la autoridad terrena, pero no pidieron alas para subir hasta la luz del sol y hasta los retos ominosos de la existencia plena. Rechazaron la libertad por el infierno. Ciertamente clamaron por libertad en sus mundos, pero libertad sólo para vivir felizmente, y no para ser divinamente infelices.

Yo he dado satisfacción a todos estos deseos del hombre, pero ¿no es extraño que mis infiernos, a pesar de estar llenos de los máximos sueños de los hombres, estén también llenos de llanto? ¿Y no es extraño que todavía no crean en la existencia de Dios? Pero nunca creyeron, sólo creían en mí; no pueden desear creer en Dios. Ahora ven la realidad absoluta rodeándolos, lo que era su deseo en vida. No voy a pretender que no los entiendo, porque ¿no fui yo quien les prometió todo sin tener que trabajar ni luchar?

Hace poco le pregunté a un alma que acababa de descender, y que fue muy aclamada en Terra: “¿Cuál fue tu mayor deseo en tu mundo, tú que fuiste aplaudido por gobernantes y admirado por tus semejantes?” el contestó: “Justicia para todos”, y puso una expresión muy virtuosa. Era admirable, porque ¿quién no admira la justicia?, incluso yo. Pero lo puse a prueba. Él

declaró que en su visión terrena todos los hombres eran acreedores a lo que todos los otros hombres poseían, lo merecieran o no: “Son hombres, por lo tanto son iguales y una vez nacidos tienen derecho a los frutos del mundo, independientemente de su condición de clase, su inteligencia, o sus capacidades.” Yo lo guié a través de los placeres de mi infierno, él se sintió encantado de que ningún alma fuera menos en riquezas que otra, y de que cada alma tuviera acceso a mis banquetes y a mis palacios; no se podía distinguir ningún alma de la otra, ninguna poseía lo que otra no poseía. Cada deseo era gratificado inmediatamente, según descubrió. Se sonrió con alegría y dijo: “¡Aquí se logra la justicia!”

Luego vio que ningún rostro estaba alegre, sin importar qué tan mediocres o elevadas fueran sus características. Comentó asombrado la indiferencia de mis condenados y la forma en que se arrastraban con expresión de tedio a través de caminos llenos de música y a través de calles en las cuales no había una sola habitación humilde. Escuchó los gritos de placer en mis mesas de servicio y luego los escuchó callar, porque ahora no había necesidad de comida y donde no hay necesidad no hay deseo y no hay goce. Vio que los más pobres en Terra estaban vestidos con magnificencia y joyas, y sin embargo eran los que más fuerte lloraban. No era ningún tonto, y dijo: “Saciedad”, Ciertamente, le contesté yo, pero la saciedad sólo puede vivir en la presencia de la igualdad total. Reflexionó sobre esto mientras yo lo conducía al asiento de miles de filósofos, y se sentó entre ellos. Pero, como no hay reto en el infierno y no hay misterio, no puede haber filosofía. Esa noche llegó hasta mí de rodillas y suplicó la muerte. Yo lo golpeé con mi pie y dije: “Oh hombre, éste fue el infierno que tú hiciste y éste fue el deseo de tu corazón, así que come, bebe y sé feliz.”

Intentó colgarse al estilo de Judas y yo me reí de su

futilidad. Medité que por sobre todas las cosas la futilidad es el clima del infierno.

El me dijo llorando:

-Entonces, si tú eres, Dios existe.

-Eso no es necesario -le contesté-; ¿pero no lo negaste en Terra? ¿No hablabas del superhombre y del hombre por venir, y la glorificación última del hombre en Terra sin Dios?

El dijo retorciéndose las manos:

-Yo no vi a Dios entre los hombres.

-Tú nada viste -la dije-, porque eras demasiado estúpido en tu arrogancia humana y demasiado enamorado de tu condición. Tú nunca censuraste a tus congéneres por sus vicios y sus crueldades; les dijiste que eran sólo “víctimas”; te negaste a ver la infinita variedad y capacidades de su naturaleza. Para ti un hombre era tan bueno como cualquier otro, e igualmente dotado, por la tonta razón de que había nacido. Tú no viste santos ni pecadores. Sólo era cuestión del medio ambiente, aunque a tu alrededor estaba la prueba de que el medio es sólo la sombra o tinta del alma, y no es destino. Tú negaste que el hombre tiene dones del espíritu, muchas veces superiores a los de otros hombres. Denigraste esos dones de lucha y admiración, y negaste el libre albedrío. Cualquier cosa mala que le sucediera a un hombre era sólo resultado de la falta de justicia de sus congéneres. Tú negaste la realidad del bien y del mal, la habilidad de hacer una elección. En suma, negaste la vida misma. Después de pensar durante un miserable momento, preguntó:

-¿Entonces Dios existe de verdad?

-Eso tú nunca lo sabrás -le dije-; ¡pero alégrate! Todos tus sueños se han cumplido aquí. Deléitate a ti mismo. Observa: hay hermosos demonios femeninos aquí, banquetes, deportes, placeres, camas suaves y hermosos paisajes y están todos los que en vida hubieras deseado haber conocido. Conversa con ellos.

-Yo no siento deseos -dijo-; no quiero nada.

-Seguramente estás en el infierno -le contesté- y lo dejé llorando.

Dios los persigue incluso en el infierno. ¿O no lo hace, mi querido Miguel? El dolor es su don de Dios. ¡Pero Él no tendrá a mis condenados! Porque no tienen voluntad de elevarse hasta Él. ¿O la tienen? Este pensamiento me provoca ira. Yo tengo mis dominios únicamente para mí; no lo voy a permitir a Él aquí, aunque una vez vino, pero eso lo debo discutir contigo en otra ocasión.

Pero hablemos de tus nuevos mundos, los que mencionaste en tu última carta.

Pandara, entre las docenas alrededor del enorme y ardiente sol azul, me interesa. Nuestro Padre levantó a seis mujeres y seis hombres del polvo enojado, y les dio el Sacramento del matrimonio. Debo felicitar a Dios, porque estas criaturas son más hermosas que muchas otras. Su carne parece de alabastro rosa y su cabello es brillante y centelleante y sus ojos son verdes y llenos de vida. Ellos tendrán juventud eterna si no caen. Se divierten y trabajan en el resplandor turquesa y tibio, donde no hay estaciones porque Pandara se mueve hacia arriba en su larga y lenta órbita alrededor de su padre sol. No habrá furia de tormentas ni calamidades de la naturaleza -a menos que esas criaturas caigan. Habrá trabajo feliz y afanosa participación en la vida, y vida sin fin en los bosques llenos de rojo y morado y flores crecidas, y alrededor de los ríos luminosos, los lagos de madreperla. Habrá ciudades de cantos y aprendizaje. Habrá aventuras y deleite. Yo he visto los picos rojos de montañas y alboradas como bendiciones y ocasos como el Cielo mismo. Aquí no hay enfermedad, no hay hambre, no hay dolor, no hay pesar, no hay muerte. Hay conocimiento de Dios, y Dios se mueve entre ellos, y ellos sienten Su presencia y Su amor.

Ay, Dios los ha dotado también con el libre albedrío.

Esa es mi oportunidad.

Las mujeres y los hombres son tan jóvenes como la vida. Yo les puedo traer edad, mal, enfermedad, muerte, violencia, odio y vicios. Seis mujeres y seis hombres.

¿Qué haré?

¿introduciré un séptimo hombre, mi Damon, quien ha seducido a tantos en otros mundos y en la miserable Terra, en donde sedujo a Eva, a Elena de Troya y a millones de otras mujeres? Él es un ángel hermoso, lleno de alborozo, delicadeza y deleites. Sus conversaciones son absorbentes y deliciosas. Sus invenciones de la carne son exquisitas y encantadoras; sus concupiscencias son más dulces que cualquier fruta. Pocas mujeres lo han rechazado alguna vez. Su mismo tacto, su sonrisa, es diversión, y es el símbolo de la masculinidad. ¿Cómo lo puede resistir ninguna mujer?

Si se le introduce en Pandara las mujeres reflexionarán que él es mucho más hermoso que sus maridos, que no se afana en los campos, que sus discursos son maravillosos y misteriosos, y que insinúa gozos que ellas no han experimentado nunca antes. ¿No es triste que incluso Nuestro Padre sea acosado ante una mujer? ¿Quién puede conocer las complejidades y las fantasías del corazón femenino? Damon las conoce, y las enreda entre sus dedos como hilos de plata o tinieblas; puede conducir al adulterio a casi cualquier mujer.

Sólo se necesita a Damon para destruir Pandara.

O tal vez envíe a Lilit, mi demonio femenino favorito, a los hombres de Pandara, ese hermoso planeta. Ella sedujo a Adán, a Pericles, a Alejandro, a Julio César y a tantísimos gobernantes ahora en Terra. ¿Quién es tan hermosa como Lilit? Alguna vez engalanó las cortes del Cielo y todos se inclinaron ante su belleza, que presentaba mil formas aturdidoras y cada una más espléndida que la otra. Lilit nunca oprime, nunca exige; es

complaciente, suave y atenta; sigue, nunca guía; cuando habla su voz es como música celestial, y cada posición de su cuerpo parece una estatua de gloria sublime. Dice a los hombres: “¡Qué maravilloso eres, qué único, qué intelectual, cuán por encima de mi entendimiento!” Es la femeneidad misma, que fácilmente se conquista, se rinde a las lisonjas, y se entrega. Sólo tiene que llamar y los hombres corren hacia ella con gritos de lujuria y deseo.

¿Damon o Lilit?

Es extraño considerar que los hombres son menos susceptibles a determinadas seducciones que las mujeres. Damon puede ofrecer a las mujeres misterios y diversiones sin fin y ¿qué mujer puede desdeñar el misterio o la diversión? A ellas les encantan los oscuros lugares secretos, la luna, las insinuaciones, las promesas de singularidad y adoración. Las mujeres no anhelan poder; no son objetivas. Para ellas la verdad es relativa. ¿Es esto bueno o malo? Pueden crear una confusión en su mente y eso lo han legado a sus hijos muchísimos mundos. Una mujer puede resolver todas las cosas en su mente y hacer tantos compromisos espléndidos. Si las mujeres de Pandara ven a Damon habrá rivalidades por sus sonrisas y su atención, será el macho solitario que desearían acercar a su pecho cuando están ausentes sus maridos. hay una cierta terquedad en los maridos que las mujeres viven con profundo aburrimiento.

Por otra parte está Lilit, quien siempre es ambigua y no se le puede capturar. Los hombres buscan lo que no han capturado, lo que no se puede lograr, lo cual, ay, es el clima del Cielo. A Lilit se le persigue siempre pero nunca se le captura. ¿Qué hombre puede resistir a Lilit, que nunca discute, nunca se queja, siempre es complaciente y delicada, y siempre está fresca? Su conversación no exige nunca que un hombre reflexione o se pregunte. Yo he descubierto que los hombres

detestan a las mujeres que fingen retos de la mente y del alma. Ellas están absortas en la carne hasta el grado más profundo, por lo tanto son simples, por más que tengan pretensiones de intelecto. A ellos no les gustan las mujeres que preguntan: “¿Por qué?” Y se alejan de las que tienen caras serias y cejas fruncidas, pues sólo quieren jugar para gratificarse en momentos de ocio. Siempre tienen a mano a sus mujeres, y la conversación de las mujeres está relacionada generalmente con los niños y los aburridos sucesos de la vida diaria. Las mujeres dicen: “¿Cómo están las cosechas, o el ganado? ¿Cómo está nuestro tesoro?”

Pero Lilit dice: “Vamos a divertirnos y regocijarnos en el sol, a tejer guirnaldas de rosas y tomar vino, y a reír e inventar comedias. Sobre todo, vamos a abrazarnos.” Éste es exactamente el opuesto a las conversaciones de las esposas, y por lo tanto es irresistible.

Las mujeres son también diligentes en su búsqueda de Dios, que es el otro lado de su naturaleza. Los hombres pueden resistir mucho a Dios y sostener largas discusiones sobre Él. Después de eso, buscan amor y actividad física, o sus pequeñas filosofías. O duermen. A los hombres les encanta dormitar aunque las mujeres se resisten. El hombre razona, la mujer conjetura. Por lo tanto, el hombre se agota primero, y está siempre bostezando en el momento mismo del discurso femenino.

Considerando esto, yo creo que Damon será el más potente en Pandara, como lo fue en la mayoría de los mundos. Las mujeres no caen ligeramente. Eva lo pensó mucho antes de comer del Árbol Prohibido. (Adán apenas si se daba cuenta de ello en forma vaga, y como estaba prohibido, generalmente lo ignoraba. Los hombres son esclavos de la ley.) Damon adora la lucha en el espíritu femenino porque a la vez que es seductor piensa en Dios. Lilit se queja muchas veces de que los hombres sean tan fácilmente víctimas de su carne, por lo que no hay seducción en

serio. En la concupiscencia los hombres no piensan en absoluto en Dios.

Enviaré a Damon el hermoso, el más atractivo de los demonios masculinos.

(Si parezco contradictorio en relación a la naturaleza de la humanidad, dulce Miguel, no se puede decir que soy inconsistente. Yo he escrito que los hombres son menos susceptibles a la seducción que las mujeres, pero eso es en el renglón de la sensibilidad. A una mujer no se le puede seducir sólo con la sensualidad; tienen que comprometer también su mente y su espíritu, y deben estar convencidas de que de alguna manera está presente la pureza del amor. Deben sentir que se despliegan las alas de su alma, de manera que todo sea bien perdido por el mismo amor, que en su mente toma el aspecto de lo eterno, lo inmutable. Así es como las mujeres excitan a Damon. Pero la femineidad pura como Lilit, no puede ser resistida por los hombres, quienes no ven nada eterno en el amor marital, nada santo, sin importar las palabras que repitieron de memoria. Una mujer es sólo un encuentro para el hombre. Solamente se le puede resistir con éxito si es inteligente y hace preguntas, y sólo si pide que la situación sea permanente. Las mujeres deben ser seducidas a través de sus más delicadas emociones. Sólo al hombre se le puede seducir en ausencia de emociones espirituales. Damon se vio forzado a conversar largamente con Eva antes de que ella probara de la fruta que estaba prohibida. Si Lilit se hubiera acercado a Adán, sólo tendría que haber descrito lo delicioso de la fruta. Cometí un error ahí, ¿o fue la voluntad de Dios? ¡Cómo se entromete eternamente Él!)

Sí, voy a elegir a Damon. Les gustará a las mujeres de Pandara, pues no las va a seducir abiertamente; las tratará como iguales, pero no tan iguales que se vea disminuido su poder masculino. Va a declarar que le fascinan sus almas y sus mentes, que son las más

encantadoras por sobre todas las mujeres. Hablará poéticamente con ellas hora tras hora; no se aburrirá nunca, como se aburren los maridos. Les indicará las bellezas de su mundo y colocará flores delicadamente en su brillante cabello, y besará sus manos y mostrará sus músculos al mismo tiempo. Si ellas saltan de júbilo, él saltará más alto. Las perseguirá, les ofrecerá abrazos ardientes, y discutirá con ellas sus problemas naturales con mucha indulgencia. Si se volvieran malhumoradas, como lo hace la mujer, las tomará en sus brazos fuertes y calmará sus bocas con la suya propia. Al final, como si estuviera cansado de jugar, las levantará y correrá con ellas hasta algún claro silencioso y las tomará por la fuerza, ignorando sus gritos hipócritas y el golpear de sus manos. Sobre todo, actuará como si ellas lo hubieran seducido a él con su belleza y lo hubieran llevado a la locura. ¿Qué mujer puede creer que carece de alguna atracción ya sea en el cuerpo o en la mente?

Me siento triste por ti, Miguel, mi hermano. Pandara ya está perdida. Esta noche enviaré a Damon a las mujeres de tu hermoso planeta. A Lilit la voy a reservar para después, cuando haya caído la raza. Ella va a convencer a los hombres de que el deseo es más delicioso que la razón, y que son más deseables los encantos femeninos que la santidad o el deber. La carne, les dirá ella, tiene imperativos, pero ¿dónde está el imperativo del alma -si existe siquiera? La carne es tangible y placentera; ¿quién renunciaría a ella por los caminos del espíritu? El hombre que hiciera eso, diría ella a sus víctimas, seguramente es impotente. En otras palabras, es un eunuco. ¿Qué hombre no considera que con una mujer sensual, será siempre viril a pesar de la edad y del cambio? Lilit iniciará a los hombres en las perversiones y las atrocidades, y los guiará en crueldades que las mujeres nunca podrían imaginar. Va a nublar sus mentes y a oscurecer sus almas contra Dios, mientras se calienta en sus brazos.

Yo me anticipo a Pandara y a sus mundos hermanos, porque están habitados ahora por una nueva raza, más hermosa y más inteligente que la de Terra, entre otras. Terra en particular ha mostrado siempre una enfermiza mediocridad de clima intelectual, estimulada ahora por aquellos que se designan a sí mismos como “intelectuales”. Terra se conforma afanosamente a lo que su raza llama inconformidad. Ha sido raro el hombre que en su historia fue verdaderamente original, y a esos hombre o se les asesinó por su pureza de alma, o en la desesperación de la raza se convirtieron en sus gloriosos asesinos. En general la historia de Terra ha sido más estúpida que aterrizante, más predecible que temeraria. Las almas de Terra que descienden hasta mí, hasta el infierno, traen momentos desagradables, porque no son más que números. Sin embargo, al mismo tiempo, son un tormento muy especial para aquellas almas de otros mundos que están mejor dotadas intelectualmente, y resulta muy divertido. Los hombres de otros mundos, incluso en el infierno, han tratado de mejorar la inteligencia de los hombres de Terra, sin que resulte provechoso, pero sí muy cómico para mis demonios. Se les ha tratado de instruir en las ciencias y en las artes, pero siempre han fallado y ha habido lamentos: “¡Estas almas no son verdaderamente humanas! ¡Son impermeables!” Ciertamente, pero yo siempre desaliento estos clamores con la fórmula de la “democracia”. Esta palabra llena de ritos silencia las almas de otros mundos: si eso los tortura, ¿no fue su propia invención?

Mi querido hermano: en el dorado crepúsculo visité tu magnífico planeta Pandara. Ahí te descubrí en un grandioso jardín púrpura conversando con Nuestro Padre y tu voz estaba plena de risa y jovialidad e inocente abandono, porque te estabas deleitando con la belleza del lugar en que te encontrabas, y estabas intercambiando gestos con Él. ¡La jovialidad del Cielo! Yo

la hallé molesta en ocasiones, porque ¿no es siempre seria y formal la existencia?) Yo no vi a Nuestro Padre, pero Él me vio a mí. Sentí su majestuosa presencia y cubrí mi cara con mis alas; pero aun así, percibí sus ojos penetrantes y ¿cómo puedo soportarlos, tan llenos de reproche y pesar? No es culpa mía. Él no entiende y, ay, es posible que nunca lo haga; no me habló, pero te habló a ti y yo escuché sus voces y su alegría. Parecía que te divertían los verdes delfines del mar.

He tenido otra idea: cuando haya caído Pandara, voy a enviar a ella a uno de mis demonios favoritos, cuyo nombre es Trivialidad. Tú lo conoces bien; lo has visto en actividad en miles de planetas, y es más mortífero que Damon y Lilit combinados. En otra ocasión escribiré sobre él.

Pero primero Damon y Lilit tendrán tu Pandara y sus planetas hermanos. No se me debe censurar; los hombres son los que se hacen estas cosas a sí mismos, y no yo. Yo tiento. Yo satisfago los deseos más profundos de los hombres. Pero sólo me puedo mover en una atmósfera de libre albedrío, el cual fue creado por Dios. ¿Salvará Él a Pandara también?

Tu hermano, LUCIFER

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, quien como gran arcángel que es, da aviso cortés de sus lamentables intenciones.

Nos sentimos extraordinariamente complacidos de que nos hayas informado que vas a enviar a Damon a Pandara a seducir a sus seis mujeres. (Ah, yo me acuerdo bien de Damon. Un ángel de la travesura, el ingenio y las bromas. Ay, el Cielo es más pobre por la ausencia de ese hermoso espíritu.)

Así que hemos tomado precauciones contra Damon y Lilit. Desafortunadamente, tuvimos que introducir el recelo en ese paraíso tan vasto. Debimos haber preferido que prevaleciera la inocencia total, pero uno se acuerda de que Nuestro Padre colocó en el centro del Edén un Árbol Prohibido. Al entrar el recelo en Pandara, se despertará el poder de la voluntad y una desconfianza saludable.

Por lo tanto, me presenté ante las esposas de Pandara -¡los tesoros inocentes!- y les informé que esperaban un hijo, lo que les agradó grandemente. Sin embargo, les previne: ellas y sus hijos por nacer se hallan en grave peligro. Un hermoso demonio femenino, una Lilit, quien destruyó las almas de millones de millones de otros hombres, entraría pronto en la luz azur de su planeta para seducir a sus maridos y guiarlos hacia placeres inombrables y lujuriosos, pudiendo asegurar así que por un tiempo, al menos, esos maridos olvidarían a sus esposas y abandonarían a sus pequeños polluelos. Los maridos retozarían con Lilit, rechazando los deberes del corazón, hogar, cama y campo; la

amarían con locura y se enamorarían tanto de sus encantos que verían a sus esposas con disgusto y posiblemente con repulsión. Lo que es peor, se olvidarían de las cosechas, no alimentarían el ganado, no sellarían los techos, y entonces ¿dónde comerían las esposas y los niños y cómo dormirían, desprotegidos de las lluvias y vientos?

Una mujer puede perdonar a su esposo por retozar en los sombreados bosques, pero no le perdonará los sufrimientos de sus hijos, ni olvidará el gran insulto a su propia belleza y atracción. Las damas me preguntaron: ¿Esa Lilit es más hermosa que nosotras? Y yo les contesté: “Sí, es la más hermosa de las mujeres porque es un demonio, y ¿no son demonios las mujeres que enloquecen a los hombres? Aunque ustedes son hermosas de ver, mis pequeñas, Lilit verterá sobre ustedes un polvo de fealdad a los ojos de sus maridos. Pero sobre todo va a romper la paz y la felicidad de su planeta, envejeciendo y arrugando sus rostros, oscureciendo el fuego verde de sus ojos, y trayendo muerte a sus hijos; traerá también enfermedad, tormentas, oscuridad y violencia.”

-¿Qué haremos entonces para preservar nuestro planeta, nuestros hogares, nuestra juventud, nuestra vida y nuestros hijos? -me imploraron las damas.

-¡Ah! -les dije-; ¡los hombres son susceptibles a las damas sin virtud y sin atributos de matrona! Son como niños, adorables, libertinos de corazón, pero necesitado de protección y de supervisión cuidadosa de esposas alertas; estiran sus manos para acariciar los cabellos de una mujer sin mayores consecuencias, y bailarán con ella a la luz de la luna, adornarán su cabeza con flores, reclinarán su cabeza contra su pecho y beberán vino con ella. Ella reirá, cantará y jugará, y una mujer sabia entiende cómo estas cosas pueden distraer a los hombres de sus deberes; va a nublar las mentes de sus esposos de manera que pensarán en el placer y no

en los graneros, en las risas bajo el sol y no en los techos débiles, en las rosas de los claros y no en trasquilar las ovejas. Los hombres adolecen de cierta debilidad que los inclina a la frivolidad y el juego, y Lilit va a explotar esa debilidad y a distraer de su lado a sus esposos. Lo hará si ustedes relajan su vigilancia por un momento y descuidan su severidad para con ellos.

-¡Estando alertas, oh Señor Miguel! -me prometieron las esposas, y había un fuego verde ominoso en sus ojos que lamenté momentáneamente, pensando en sus esposos.

Sí, de ahora en adelante la vida será un poco menos placentera y agradable para los hombres de Pandara y un poco más restringida y sin aroma, y si sus esposas vigilan sus movimientos y suprimen su inquietud de inmediato -y si no controlan más que antes sus retozos y cantos-, ¿no es mejor que la muerte y el pecado, la vejez, la enfermedad y el pesar, sin mencionar las lenguas hirientes de las esposas traicionadas? He observado que los hombres pueden soportar grandes adversidades y penalidades con una calma considerable, pero no pueden soportar por mucho tiempo el martilleo de los comentarios ásperos y la conversación ácida de una mujer en plena noche, cuando ellos prefieren dormir. Tú al menos has tenido piedad en tus infiernos, Lucifer, porque ahí no se motiva a las mujeres para que sean severas ni rectamente abusivas.

Después hablé a los hombres de Pandara y cuando se habían levantado con mi consentimiento, les dije:

-Glorioso es su planeta, amados hijos de Dios, mis queridos hermanos, y hermosos son sus cielos y ricos sus campos y espléndidas serán sus ciudades. Hermosos son sus rostros y fuertes son los músculos rosados de sus brazos y sus esposas se regocijan con ustedes.

-¡Así es, Señor! -dijeron con júbilo, y sonreí a la felicidad en sus ojos y los amé entrañablemente porque el espíritu masculino es un poco menos complicado

que el femenino y de alguna manera más ingenuo. Tiene una inocencia, aun en el paraíso, mayor que la inocencia de las mujeres, quienes incluso en el paraíso gustan de reflexionar y son menos confiables.

-Pero ay -les dije a los muchachos-; su felicidad se ve amenazada porque tienen libre albedrío como ustedes saben, y ay de nuevo, igual lo tienen sus esposas. Ellas tienen aún más, y ése es uno de los misterios del Todopoderoso, ante Quien cubrimos nuestros rostros con reverencia. Muchas veces los hombres son esclavos de los hábitos virtuosos o no virtuosos, pero las mujeres tienen pocos hábitos y se les lleva fácilmente a desviarse hacia la novedad. Sus esposas, aunque ahora esperan a sus hijos, no siempre será así. Tendrán momentos desocupados. Mientras que para un hombre el tiempo desocupado es un descanso tranquilo, o un pasatiempo inocente, o un correr tras la pelota, o subir a los árboles por fruta, o sólo dormir, la desocupación para una mujer es la mismísima tentación. Ella tiene una mente exploradora y lo que explora no siempre es inmaculado. También está generalmente enamorada de sí misma y busca que le hagan cumplidos. ¿No han descubierto ya ustedes mismos esto?

Ellos lo consideraron, luego fruncieron sus cejas puras.

-Es verdad -dijo uno de ellos, y yo sentí pesar porque le había hecho evocar a su esposa, pero era necesario, como tú seguramente estarás de acuerdo-. Mi esposa muchas veces se sienta junto a un estanque claro admirando su reflejo, y después mira a lo lejos y sueña. Siempre me pregunto qué soñará.

Yo les dije:

-Todas sus esposas muy pronto tendrán sueños y ninguno de ellos será virtuoso. Ninguno de ellos se relacionará con el esposo que trabaja en los campos y en los bosques, y que cuida el ganado y regresa cumplidamente a casa con sus hijos y se acomoda sensatamente

en sus corazones. ¡Al contrario! Serán sueños de los que yo vacilo en hablar, porque las mentes de las mujeres son de alguna manera menos decorosas e inocentes que las de los hombres, incluso en Pandara. La falta de delicadeza de los pensamientos de una mujer provocaría el sonrojo de las mejillas de un hombre más firme. ¿Han observado ustedes que la naturaleza no siempre es delicada?

-Es cierto -dijeron los mozos con preocupación en su mirada, lo que me entristeció.

-Y las mujeres están mucho más cerca de la naturaleza que ustedes, con todo y que ustedes trabajan en los campos y en los bosques. Hay una cierta terrenalidad en las mujeres que es desconcertante para los esposos, un cierto deseo de la carne que no siempre se satisface fácilmente. Si no estoy en lo correcto, les pido que me perdonen.

-Estás en lo correcto, Señor -dijeron los más simples.

-Entonces, ciertamente ¡ay!, porque será enviado a sus esposas desde las profundidades mismas del infierno un demonio masculino del mal, pero muy hermoso, un Damon. ¡Yo lo conozco bien! Él ha seducido a miles de mujeres en otros planetas tan hermoso como éste, y tan invadidos por fantasías. Está lleno de novedades y entretenimientos, y adora a las mujeres y las encuentra desbordadamente fascinantes, lo que no siempre les pasa a ustedes. Su conversación nunca lo enfada; es atento y glorioso. Como no trabaja nunca excepto para hacer travesuras, no está cansado cuando se le pone el sol como lo están ustedes. Como es un demonio y no un hombre, no duerme, y las mujeres son notables por su actividad en la noche. Y por soñar. Él conversa. ¡Ustedes no tienen idea de la amenaza que es para los maridos un hombre que conversa! Pero las mujeres lo encuentran entretenido.

“Ustedes aman a sus esposas. Pronto ellas darán a luz a sus hijos. Sin embargo, cuando Damon venga a seducirlas

con palabras hermosas, con plática excitante, con coquetería y ardor, y brille la belleza de su apariencia entre ellas, y las enrede hasta que estén débiles de tanto reír y ser adoradas, se olvidarán de ustedes y de sus hijos, y correrán con él a los valles florecientes y a los exuberantes rincones sombreados, y entonces los traicionarán con sus besos y sus deseos. Cuando esto suceda sus hijos llorarán por un pecho materno, y entonces no habrá comida sobre la mesa para calmar su hambre y no habrá brazos que los sostengan en sus camas. Ustedes serán verdaderos huérfanos abandonados y solos, quedándose a llorar entre las ruinas de sus hogares y los trastes sucios y el pan rancio. ¿No es ésa una suerte que haría llorar y que hay que rezar porque nunca les suceda?”

-¡Oh, Señor! -dijeron con desesperación-; ¡ésa es una suerte peor que morir!

Yo tuve que confesar:

-No enteramente. No seamos extravagantes. Incidentalmente, Damon tiene una voz irresistible, y ¿qué mujer puede resistir una voz dulce si al mismo tiempo es masculina? Damon es todo masculinidad: nunca está cansado, sus músculos no le duelen, sus pies no se arrastran; nunca reclama si la cena está lista un poco tarde, y tampoco siente el hambre como la sienten ustedes, y ustedes bien conocen la impaciencia de las mujeres con el hambre de los hombres honestos, al extremo que han dicho que los vientres de los hombres no tienen fondo. Corríjanme si estoy equivocado.

-Tienes razón, Señor -dijeron con consternación y alarma.

-Ya que Damon no busca una mujer sincera y que piense luego en dormir, como ustedes, jugará con una mujer después de amarla, hasta que esté lista y ansiosa de estar en sus brazos de nuevo. Mientras que ustedes, mis queridos pequeños, desean volver a sus almohadas a prepararse para el trabajo del día siguiente. Damon

no preguntan nunca “¿me amas?”, como preguntan vuestras esposas hasta que ustedes bostezan con enfado, sino que asegura constantemente y con afecto a la criatura del momento, que nunca antes ha amado así a una mujer, y cuánto lo embelesan sus besos y qué perfumada es su carne. ¿Ustedes dicen todo esto a sus esposas?

-No, Señor -dijeron dolorosamente.

-Alguna vez lo podrían practicar -les dije con afecto-; va a ser un poco difícil acordarse, pero vale la pena practicarlo. Después de todo, una dama también debe tener sus seguridades, y si su esposo la considera o pretende considerarla una flor entre las mujeres, una gema por sobre todas las gemas, ella lo atraerá con platillos más exquisitos y un comportamiento más complaciente, incluso aunque él sea brusco; perdonará ciertas rudezas en su forma de ser, porque ¿no es él el más magnífico de, digamos, los poetas? Y pasará por alto regañarlo, dándole gratificación y consuelo por sobre todas las cosas, incluso a los niños. Sus pequeñas debilidades por sí mismas les harán creer que son adorables a la naturaleza del hombre y por supuesto lo son. ¿Han sido ustedes descuidados, hermanos? -les pregunté finalmente, detectando un parpadeo de vergüenza en sus rostros.

-No hemos sido siempre pacientes con los caprichos de las mujeres -confesó uno de ellos.

-Sean pacientes. Porque vendrá uno que va a tener toda la paciencia del mundo y no se cansará nunca. No sólo va a seducir a sus esposas, de manera que todos los horrores que les he descrito caerán sobre ustedes, sino que además traerá vejez y muerte, flaquezas, enfermedad y dolor. Lo que es peor, desatará la lengua de sus esposas y no hay nada más mortal.

Ellos gritaron:

-¿Cómo podemos escapar de un destino tan terrible?

Les dije:

-Yo dudo, siendo un espíritu masculino compasivo, en provocar la duda en sus mentes. ¡Pero que se cuide ese hombre que nunca ha dudado de una mujer, incluso de su esposa! Los hombres confían en las mujeres, y ése es un misterio que ni siquiera voy a tratar de explorar. Yo no aconsejo desconfianza como clima general de la mente. Eso puede inspirar cinismo y falta de amor. Pero es prudente una desconfianza saludable. Y nosotros conocemos las debilidades de las mujeres. ¿O no?

-¡Ciertamente! -exclamaron ellos, seguros de que siempre habían conocido la debilidad femenina, aunque el hecho sólo se les acababa de ocurrir, ay.

-Entonces tengan cuidado con Damon. Nunca dejen demasiado tiempo a sus mujeres, especialmente en los crepúsculos y cuando brillan las lunas. No se entretengan en los campos y los bosques y las montañas y las praderas cuando el sol empieza a apagarse. No dejen que nada los separe, incluso si pareciera excitante, maravilloso, nuevo y probablemente hermoso. Porque si ustedes se tardan, Damon se aparecerá en los umbrales de su casa y ustedes podrían regresar a un hogar vacío. El deleite de un momento les podría costar el trabajo de toda una vida y la esperanza y la paz. Y, de nuevo, les traerá muerte y sufrimiento.

Por supuesto, uno de los muchachos más jóvenes sintió curiosidad.

-¿De qué naturaleza es esa maravilla y deleite de los que hablas, Señor, que podría retrasar el regreso a nuestros hogares?

-Ah -le dije-; sólo es otra sombra del mal. No lo discutamos. Ustedes son hombres; son fuertes y tienen que cuidar su honor y a sus esposas.

Tú sabes, Lucifer, que no es sensato describir un hombre guapo a una mujer, o una mujer hermosa a un hombre, siendo como es la naturaleza humana, incluso en el Edén que es Pandara.

-¡Vamos a cuidar nuestro honor y el honor de nuestras casas y la seguridad de nuestros hijos y la pureza de nuestras esposas! -gritaron los inocentes levantando alto sus puños en solemne promesa-. ¡Siempre estaremos pendientes de nuestras mujeres, entendiendo sus debilidades y su frágil naturaleza y su susceptibilidad a las tentaciones!

Les dí mi bendición y partí. Ya han sido prevenidos. Se ha introducido la sospecha en la luz turquesa del día y las noches liláceas. ¿Y no se introdujo el temor al Árbol Prohibido en Terra? Aun en el Cielo nos acompaña el temor de transgredir la Ley porque tenemos libre albedrío. Hay ocasiones, me temo, Lucifer, en que siento simpatía por tu demanda de que también a los hombres se les diera el libre albedrío, pero siendo como son de la esencia del Padre, en consistencia no se les hubiera podido negar. En el Cielo nosotros somos singularmente perfectos, de acuerdo con la habilidad de ser perfectos inherente a nuestra naturaleza. Y eso me lleva a otro asunto que expusiste en la última carta: la igualdad que se extiende por el infierno.

En el Cielo hay Equidad, que es un asunto enteramente diferente.

Las leyes de los hombres son duras e inflexibles, especialmente aquellas de los planetas caídos. El mismo crimen tiene el mismo castigo, supuestamente para todos los hombres, aunque he notado que depende de la influencia o del tesoro que posea el hombre acusado en definitivamente muchos de los casos, o de que su apariencia sea o no agradable al jurado de sus iguales -una palabra que suena incómoda a mis oídos porque ningún hombre tiene iguales-. Pero me desvió. Esa misma situación prevalece en el infierno, igualdad en el trato para todas las almas; sin embargo en el Cielo, como he mencionado, hay Equidad, basada en una Ley Natural de superioridad de algunos hombres sobre otros, y algunos ángeles menos que otros, en virtud, en

devoción, en dedicación, amor, valor y bondad. La Equidad no anula la ley, la maneja inteligentemente y maneja su inflexibilidad.

Por lo tanto, en el Cielo, los espíritus, ángeles u hombres son recompensados en razón directa de sus logros, que son gobernados por su voluntad. Como sabemos, los hombres no pueden lograr méritos durante el tiempo que dure su vida en los planetas, a menos que no hayan caído. Pero los hombres caídos no son capaces de ganar méritos, porque su pecado ha formado una pared de impotencia humana entre ellos y su Creador. Sólo la Gracia de Nuestro Señor les puede dar méritos a los hombres caídos y ese mérito se obtiene por los propios actos del hombre a través de la fe y de su deseo de recibir Gracia, a través de su arrepentimiento y penitencia, a través de la aceptación de la Gracia misma. Tú sabes esto: es una cuestión que te ha enojado a través del tiempo, así que te suplico me perdones por aburrirte.

Los que se han salvado entre los hombres, quienes desearon ser salvados y por lo tanto se pusieron en posición de recibir Gracia, difieren enormemente en el grado de sus naturalezas y sus virtudes, como también en sus voluntades y en sus pecados. En el infierno un asesino y un ladrón licenciado son tratados igualmente con los dolores y la inutilidad de la existencia. Pero en el Cielo un santo es más digno que un hombre de virtudes solamente templadas, porque el santo ha trabajado largo y arduo en los empedrados campos de su vida y ha amado a Dios más que a sí mismo, y las vidas de sus congéneres que sufren, más que la suya propia. Un hombre que ha luchado valientemente contra la tentación durante su vida y ha contemplado todas las delicias mundanas que le has ofrecido, Lucifer, e incluso las ha anhelado con desesperación pero te ha resistido gloriosamente, en el Cielo es merecedor de una mayor recompensa que un hombre que sólo ha sido

tentado con poco interés por ti, o por algún accidente se ha suscrito de la tentación, o le faltaba la terrible vitalidad para pecar, o sentía temor de las consecuencias en su propio mundo. El primer hombre es un héroe; el segundo hombre ha tenido poca oportunidad de ser héroe ni pecador. Nuestro Padre toma nota de las debilidades humanas de sus criaturas. El no te permitiría tentar a un hombre mas allá de su capacidad total para resistir, pero sí te permite tentar a sus santos más poderosa e insistentemente porque son hombres de mayor valor y de mente más noble. Nuestro Padre, como nosotros ya lo hemos observado, no crea iguales a los hombres, pero ha establecido la Equidad, basándose en la Ley Natural que Él mismo ordenó. No hay injusticia en Él, a Quien ambos amamos tan apasionadamente; tú nunca has negado tu amor ni lo puedes destruir.

Si fueras el gobernante del Cielo, el santo y el hombre más débil recibirían igual recompensa, y eso manifiestamente no es justo. Los Arcángeles, que tienen poderes más vastos que los ángeles, tienen más control de su libre albedrío y por lo tanto la tentación de usar ese albedrío para retar a Dios es infinitamente más alta en grado que la de los ángeles menores. A los Arcángeles se les confieren responsabilidades enormes, tronos y coronas a través de los interminables universos, a causa de su naturaleza, y son ellos quienes ven la Visión Beatífica con mayor frecuencia que los espíritus menores, y los espíritus de los hombres. “A cada quién de acuerdo con sus méritos” es la Ley del Cielo, mientras que en Terra y en otros mundos apagados, parece haber algunos cambios de la ley moral del tipo “a cada quién de acuerdo con sus necesidades materiales”, y sabemos que eso es infamia, injusticia, crueldad y un despliegue de malicia para los más merecedores. La codicia es el más feo y detestable de los pecados, porque se alimenta de su propio apetito y nunca se sacia, y su

rapacidad aumenta consigo misma. Da lugar a los otros pecados: envidia, robo, pereza, mentiras, adulterio, asesinato y gula.

En el Cielo hay felicidad, como tú lo sabes, pero esa felicidad es en grado, excepto por el conocimiento del amor total de Dios, hasta el límite del mérito de un ángel o de un hombre. Esa felicidad está compuesta por el trabajo, porque nadie está desocupado en el Cielo y hay una tarea para todos. Eso también es Equidad.

Aunque cada tarea es emprendida con alegría y esperanza -pero nunca con seguridad absoluta- de que se podrá completar, su total cumplimiento lleva a tareas mayores, merecedoras de un espíritu templado. Siempre hay una progresión en la Jerarquía del Cielo, y ningún espíritu permanece como era originalmente. Y siempre existe la posibilidad, reiterada constantemente, de que, ya que el espíritu conserva su libre albedrío, puede decidir pecar. Esto es algo que, en la pequeña oscuridad de sus planetas, los Teólogos nunca han entendido ni reconocido: que siempre existe el peligro de que un espíritu caiga hasta ti, incluso desde la dorada luz del cielo. Porque Dios no retira de sus criaturas el libre albedrío, sin importar el grado que tengan. Si lo hiciera, revocaría su individualidad, su existencia misma, las cuales le son eternamente preciosas a Él, porque son de Su propia Naturaleza y Esencia. Basta. Tú conoces todos estos asuntos. Me has preguntado si Dios busca a las almas perdidas en tus infiernos. Eso no me es posible decírtelo y no te lo diré. ¿Es posible que los perdidos sientan arrepentimiento? Tú has dicho que no, pero ¿conoces todas las mentes?

No me estoy burlando de ti, Lucifer, y eso lo sabes.

Tu hermano, MIGUEL

SALUDOS

a mi hermano Miguel, quien cree que me ha esquivado en sus mundos nuevos:

Sin duda escuchaste mi risa cuando leí tu carta. No seas complaciente. Damon y Lilit van a aparecerse en Pandara cuando sea el momento, si no en ésta, quizá en la siguiente generación. Porque aunque esta generación pudiera transmitir a sus hijos lo que sabe, lo que ha visto y lo que ha aprendido, es propio de la naturaleza del hombre decir: “Nuestros padres gustan de las leyendas, las historias y las rarezas, pero nosotros no hemos visto al Arcángel Miguel con nuestros propios ojos ni nos hemos maravillado con su semblante. Nuestros padres nos platican que fue la voluntad de Dios que él se apareciera sólo a nuestros antepasados y no a nosotros, y eso es muy peculiar de hecho, porque ¿no somos más sofisticados nosotros que nuestros padres, y nuestras hijas más inteligentes que sus madres? ¿No vivimos nosotros en ciudades, en tanto que ellos vivieron en los campos y los bosques? ¿No tenemos nosotros más conocimiento y entendimiento que nuestros antepasados? ¿No tenemos nosotros magníficos templos de sabiduría, y no corremos a través de los cielos como pájaros y a través de las aguas como peces, y existe alguna cosa de este mundo nuestro que no sepamos, o hay aún maravillas que todavía no hayamos descubierto? ¿No somos nosotros pues más sabios y por lo tanto más dignos de contemplar a este Arcángel Miguel y no habríamos de comprender sus palabras con mayor claridad y sutiliza? ¿Por qué entonces se esconde de nosotros si

es que realmente existe? Es un disparate. No existe ningún arcángel y por lo tanto lo que nos han dicho nuestros padres no es verdad.”

Tú has escuchado reflexiones como éstas en innumerables planetas, entre los frívolos hijos de los hombres, quienes creen que han conquistado todas las cosas y que son capaces de comprender todas las cosas. Esa es mi oportunidad. Porque aunque las generaciones de Pandara pudieran no haber caído aún, el orgullo de sus conquistas apurará su caída, y el orgullo por su propio albedrío asegurará su destrucción. Yo no sólo les enviaré a Damon y Lilit y les diré: “No nieguen sus apetitos naturales porque todo apetito es bueno, pues ¿no es su naturaleza?”, sino que además les diré: “Vuestros padres fueron simples e inocentes de espíritu, y no eran realmente libres porque estaban enamorados de una fantasía. ¿No han fracasado ustedes en descubrir la realidad de Miguel, aún con sus avanzados instrumentos científicos? ¿Y han hallado a Dios, de quien hablan vuestros padres, en las vigiliass nocturnas o en sus vidas? Si es que hay un ángel está en vuestras capacidades y si es que hay un Dios, ustedes son ese dios y ustedes deben deificarse a sí mismos porque nada existe en esos universos gigantescos que caben en sus espejos, que no sea su propio ser. Ustedes son el centro, el corazón de toda creación insensata y sólo ustedes poseen conciencia. Si dudan de mí, muéstrenme la prueba de lo contrario.”

Ese es un argumento que pocos hombres han disputado, porque las pruebas de tu existencia y de la existencia de Nuestro Padre no yacen en la materia bruta, sino en las torres del alma. ¡Pero ellos sabrán que yo existo! Porque yo les daré deleites, orgullo, arrogancia, y el éxtasis de desafiar las leyes de sus padres, que fueron las Leyes que Dios les dio. Nada exalta más al hombre que la rebeldía, como ya lo hemos señalado antes, y nada aumenta más su vanidad que llegar a una

conclusión equivocada, creyendo que es la correcta. Asegúrale a un hombre que es sabio y que conoce todas las cosas, que sólo él existe, y no verás el final de su alegría. Incluso cuando los hombres de Pandara se den cuenta de repente de que de alguna manera ha llegado hasta ellos la muerte, la enfermedad, la vejez y la pérdida -siendo que antes no las había-, ellos dirán: “¡Pero éste es el curso inevitable de la naturaleza y debimos haberlo esperado! Hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir y siempre fue así, aunque nosotros no lo hayamos sabido antes.” Ustedes entenderán que los hombres tienen explicaciones para todo y entre más absurdas sean más aceptadas son. Cuando descubren que lo incorruptible ha traído corrupción, lo inmaculado ha sido manchado, lo eterno se ha vuelto mortal, moverán solemnemente sus cabezas y dirán: “Es natural, sólo que no habíamos vivido lo suficiente, pero el tiempo es inexorable. Dediquemos entonces nuestras vidas a la búsqueda de la felicidad y de la realización personal; no soñemos como soñaron nuestros antepasados, seamos hombres valientes que viven mientras pueden y que pueden luchar y morir.”

Ellos verán mi cara en la suya propia y me adorarán, porque ¿no soy yo el ensueño de los hombres, aún de aquellos que no han caído?

¿Por qué los hombres prefieren creer que no hay Dios? Dios limita, y en la virtud y la restricción molesta la necesidad de obedecer y amar. (Pero muchos resisten la tentación, como me lo señalarás tú hasta el aburrimiento. Eso quedo fuera del argumento.) Una vez que apartemos a Dios de las creencias de los hombres, entonces podrán vivir verdaderamente como ellos piensan que viven los dioses: disfrutando la existencia, relevados del deber y la responsabilidad, gozando de un permanente placer, adquiriendo sus miserables riquezas a voluntad, desobedeciendo incluso las leyes buenas, regocijándose con la violencia y el derramamiento

de sangre, ejercitando el poder sobre sus congéneres -y como observarás, siempre por el propio bien de otros- y cometiendo todo tipo de vilezas con la tranquila convicción de que no hay bien ni mal, sino sólo los deseos y las necesidades de un hombre. Sobre todo, nadie lo vigila, porque el que vigila no existe. Así que el hombre, será su conclusión, es verdaderamente libre de “vivir de acuerdo a su naturaleza”. Todas sus guerras serán santas, todos sus excesos sólo una exageración del bien, todos sus errores corregibles por medio de leyes nuevas que emitirán profusamente, y todos sus odios virtuosos. Pero aún queda el innato, el dotado, anhelando perfección, y ellos dirán que el hombre es perfeccionable.

Así que buscarán la perfección, que se halla por encima de su merecimiento, y buscarán el mérito entre los aplausos de hombres como ellos y no en las sonrisas de Dios; cincelarán montañas de sus vidas buscando perfeccionamiento, y descenderán siempre por el tórrido lado opuesto, pero volverán de nuevo a subir con sus enseñas y lemas, y siempre volverán a caer. No pueden resistir el deseo de verdadera perfección con el cual Dios dotó a los hombres -y Él no puede retirarles Su don, pero lo distorsionarán, y aunque lo busquen, nunca lo hallarán.

La desesperación se asentará en su mano derecha y la muerte cenará con ellos, la decadencia y el pesar serán su cama y la tristeza su canto, y todo aquello que desearon sus almas oscurecidas por la insatisfacción nunca será suyo.

Y ellos descenderán hasta mí, y harán de nuevo esa molesta pregunta: “¿Si tú existes, entonces también existe Dios?” y yo contestare como siempre: “No viene al caso. Yo soy el dios que ustedes hicieron y ustedes son míos.”

¿El sacrificio en Terra salvará a estos hombres también? Te rehúsas continuamente a contestar esta pregunta,

y mi curiosidad crece con tu negativa. Entretanto mis infiernos se ensanchan con las huestes de los condenados -quienes desearon su propia condenación.

Yo no sé por qué me detengo tan seguido en Terra, donde se cometió el Crimen inmortal, nadie sabe con qué fin. Observo mis legiones de demonios trabajando y sonrío ante su diligencia; esperan que al agradarme les otorgaré la muerte y el olvido. Tú verás que tienen mucha más fe en mí que la que tuvieron en Dios.

Terra está condenada. Observo el progreso hacia la destrucción con el único placer de que soy capaz. Entonces se borrará la memoria del Sacrificio y nada recordarán los hombres, ni siquiera el mito que declaran que es. Yo seré reivindicado incluso ante Sus Ojos, y Él se verá forzado a admitir que yo tenía razón y Él estaba equivocado. En Su segunda muerte en Terra se perderá el primer albedrío y todos los hombres serán míos, hasta el planeta más lejano.

La paz de la nada imperará entonces. ¿No sería deseable eso?

Tu hermano, LUCIFER

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, a quien recientemente lo venció en forma rotunda un alma de Terra, y quien debe estar, a pesar de su enojado semblante, secretamente alborozado:

(¡Es extraño cómo revolotean tus pensamientos sobre Terra, ese pequeño mundo, y no puedes librarte de ellos! Sin embargo no es raro, ya que Dios la eligió para Su Sacrificio como antes hemos observado.)

Nosotros hemos visto, tú y yo, una cierta alma de Terra; completamente sin mérito o Gracia durante muchos años, hasta que su carne estuvo vieja y marcada por la vida. Hasta en Terra es poco usual encontrar a un alma tan abandonada, tan completamente sin fe, negando totalmente a Dios y al hombre, tan cruel y depravada. En su misma niñez ese hombre era un explotador de la bondad e inocencia de otros, y se regocijaba con ello. En su juventud su mente maquinaba cómo lograr riquezas y poder, y era uno de los hombres más orgullosos, más desleales, más cínicos y más degenerados. Debido a su inteligencia, sus dones de nacimiento y su magnífica apariencia, se le hizo fácil seducir y traicionar para su propia conveniencia y juntar así millones de adherentes que lo alababan incluso cuando sufrían a causa de él.

Sus padres maldijeron el día de su nacimiento, su esposa la hora de su casamiento, y sus hijos rezaron por su muerte. Sin embargo nunca tuvo el hombre amigos más devotos, porque su sonrisa era angelical y su conversación amena y afable. En pocas palabras, él eras

tú en miniatura, Lucifer, aunque este comentario te enoje y te insulte.

El alma no había sufrido nunca anhelo, dolor ni esfuerzo en su existencia terrenal, y nunca había vivido injusticia, traición ni los sufrimientos normales de la humanidad. Por lo tanto era una verdadera bestia de presa, y su dureza de corazón debe haber espantado hasta a tus propios demonios cuando lo comprobaron. ¿No es extraño que el alma que no ha padecido infortunio sea la menos compasiva y la menos bondadosa?

Este hombre ni siquiera una sola vez, incluso en sus más tiernos años, reconoció o creyó en Nuestro Padre, a pesar de que sus padres y sus tutores habían tratado desesperadamente de penetrar esa resistencia siempre alerta y de inculcarle fe. Él se reía en secreto de sus esfuerzos y los despreciaba, aunque en su vida pública aseguró solemnemente -y con hilaridad en su corazón a otros hombres su confianza y su convicción. Por sobre todas las cosas, él era un mentiroso de mucho ingenio y habilidad, y nunca habló con la verdad si podía evitarlo o si no le era útil. Aunque sus padres rezaron por él después de su muerte, y aunque los ángeles y los santos invocados trataron de penetrar ese espíritu inflexible y vicioso, parecía que no había esperanza. Este hombre, amado por sus congéneres y poderoso en los asuntos públicos, parecía más condenado que casi cualquier otra alma que yo haya percibido en cualquier mundo, sin mencionar Terra.

Pero despertó temprano una mañana sin saber que se estaba muriendo. Se levantó y caminó hacia sus ventanas y vio la primera luz y el primer brillo del sol naciente. Había visto diez mil mañanas iguales, y nunca antes se había sentido conmovido. Cuando vio los rayos del sol tocar las puntas de los árboles y vio fluir la luz desde el cielo, sintió un golpe en el corazón y cayó sobre sus ya viejas rodillas llorando con fuerza:

“¡Dios, ten piedad de mí, un pecador!”

¿Qué dardo rasgó por fin su alma, qué revelación de sí mismo y de Nuestro Padre tuvo? Tú no lo sabes, ni lo sé yo. Pero se tiró sobre el piso y gimió en horrible agonía del espíritu, y se odia a sí mismo... y creyó. Conoció la penitencia de la manera en que incluso pocos de los justos la conocen: absoluta y sin ninguna duda. En sus lamentos, se postró y lloró las primeras lágrimas honestas de su vida y se dijo a sí mismo: "Seguramente estoy condenado, porque rechacé tanto a Dios como al hombre, y puse mal donde había bondad, y oscuridad donde había gozo. Soy rico más allá de lo calculable, pero soy realmente un mendigo, desnudo y solo. Ningún hombre ha vivido alguna vez mereciendo tanto el infierno eterno como yo, y no lo lamentaré sino que me regocijaré en el dolor, porque es lo que merezco. Sin embargo, ¡Dios, ten piedad de mí, un pecador!"

Como siempre, tú y yo sabemos cuando un alma deja un cuerpo. Pero yo había oído el angustioso arrepentimiento de ese hombre y sus súplicas de piedad, él que nunca había tenido piedad, y llegué al lado del cuerpo moribundo que yacía sobre el piso de su recámara en el instante en que tú llegaste también. Tocaste su cuerpo con tu pie y me dijiste:

-Este hombre seguramente está condenado.

Él acababa de caer en el corto sueño que procede a la muerte y yo esperé. Entonces su espíritu se arrastró como larva fuera de su cuerpo, llorando, retorciendo sus manos y lamentándose; sus ojos así despiertos cayeron sobre ti, reconociéndote como te había conocido en vida, y te dijo:

-Tómame, porque soy tuyo, y dame el más profundo de tus tormentos, porque no merezco nada más.

Pero yo había escuchado la Voz de Nuestro Padre y le dije:

-No; te has arrepentido y no por temor, sino por remordimiento, deseo de recompensar y aborrecimiento

de ti mismo. Has pedido piedad, y se te otorga. Levántate y ven hacia mí.

Él miró tu terrible grandiosidad en silencio. pero sin temor, y luego me miró y tapó sus ojos con la mano.

-No lo merezco -dijo-. Si pudiera volver a nacer, déjame vivir como el último y más despreciable de los animales, para que pueda hacer penitencia.

-Ay -dijiste-, criatura: tú siempre has sido ese animal, y por esto yo te reclamo.

Pero tú sabías que él estaba más allá de tus poderes si Dios así lo decidía. Dudó, luego me contempló a mí de nuevo y le dije:

-Si así lo deseas, puedes levantarte e ir conmigo a un lugar de purgación, porque te has arrepentido y sólo necesitas que se te limpie de tus pecados. Hubo Uno que murió por ti, para que te pudieras arrepentir de tus crímenes y para que pudieras conocer el Cielo y no la muerte. Acepta Su Gracia y Su Sacrificio y levántate.

Se quedó parado ahí, temblando, y tocando mis ropajes, dijo:

-Es una llama blanca y tú tienes un rostro semejante al de un dios y debes ser un ángel. Haz conmigo lo que sea tu voluntad.

Y se apartó de ti y partió conmigo.

Vas a decir que eso no es justo, y que hombres mucho menos perversos que él viven eternamente contigo en tus infiernos. Pero Nuestro Padre conoce la verdadera justicia. El no va a rechazar jamás al ama que reza por el perdón y la piedad y aborrece por fin su propia iniquidad, ya sea en el comienzo o en ocaso de su vida. Pero debe ser un arrepentimiento verdadero, y no por temor al infierno. Debe ser un despertar de todo el espíritu. Esa alma se encuentra ahora en el Purgatorio, donde se alegra sabiendo que en algún momento será libre para volar a las manos de Dios, y que le serán asignadas tareas de restitución y reparación, pues ansía

tareas para redimirse cuando alguna vez solamente anheló los poderes de este mundo.

Cuando esa alma partió conmigo, yo me volví a mirarte; tú sonreíste fugazmente y me saludaste con un silencio burlón. ¿Te dio gusto, Lucifer, que uno de los tuyos por fin te haya rechazado en los últimos momentos de su vida? No me lo dirás nunca: Pero espero que así sea. Yo creo que así es; por un solo instante tocó tu frente la luz y levantaste tus propios ojos al Cielo.

Es verdad que los hombres de Pandara y sus mundos hermanos podrían rechazar y negar a Dios en las generaciones futuras y acercarse a ti para adorarte, pero eso no lo sabemos con seguridad. Sólo Dios sabe, porque sólo Él ve el futuro. Sin embargo, ¿Quién conoce las revelaciones que Él dará a esos mundos, y qué renovación y qué esperanza de redención? Él ha hecho esto diez mil veces y ¿no lo hará de nuevo? No lo sabemos. Yo sólo puedo esperar y confiar en Su amor.

Sin duda tú sabes ahora -porque, ¿qué hay en los planetas que tú no sepas?- que ese Melina, en donde tú convenciste a sus hombres de que destruyeran a sus semejantes, incluyéndose a sí mismos, se ha convertido de nuevo en un jardín azul del Señor. Entre un respiro y otro Él arrasó las enormes ciudades sin vida que habían profanado la tierra, toda la inmensa maraña de caminos, las grandes torres de conocimiento fútil y las frívolas estatuas erigidas con un espíritu de apasionado narcisismo. Todo lo que alguna vez hicieron los arrogantes hombres en su locura y en su egolatría ha volado hecho polvo, y otra vez los árboles nuevos y los bosques y los brillantes campos lucen festivos con hermanos animales que brincan alegremente y que viven como seres felices. Aquí no hay temor, no hay criatura de presa, no hay muerte, no hay dolor o sufrimiento, no hay tormentas ni terrores. Los vientos ya no están sucios con contaminación, niebla e inmundicia. Los ríos corren limpios y brillantes, los lagos son como joyas y los

océanos burbujan nuevamente creados. Las montañas opalescentes resplandecen en la fuerte y apacible luz que fluye de Arcturo, ese gran sol. No hay desiertos grises abiertos por los hombres, no hay cicatrices en la tierra bendita, no hay fealdad en las almas de los hombres. Los cielos permanecen silenciosos y brillantes, porque no los estremece ningún rugido de máquinas; las aguas ríen, pues ningún barco las navega, y no hay puertos que estropeen las orillas. No hay nada más que murmullos y cantos, y la dulzura de brisas perfumadas de flores, largas sombras en la tarde y la majestuosidad pura de la mañana. Melina es un nuevo Edén -esperando de nuevo la soberanía de una nueva raza de hombres- floreciente, fresco, con árboles de zafiro que dan frutos escarlata y amarillo vívido con granos rojos. Todo es calma, paz, felicidad y mirto.

Yo sólo distingo una sola cosa que me provoca aprensión: sobre una gran planicie hay un pico carmesí desolado, sin vida y solitario, como un monumento yermo. ¿Irá a ser ésa la Tierra Prohibida de la cual se prevendrá a los hombres del riesgo de muerte y de desastrosa caída? Nuestro Padre, tu recordarás, crea siempre una zona de Elección, un reto a la desobediencia, un lugar donde los hombres puedan ejercitar su privilegio inmortal de libre albedrío. Yo veo ese pico y muchas veces me paseo sobre él, y siento el terror y la promesa de ruina que desprende. Ninguna criatura viviente se le acerca, parece maldito en su solitaria grandeza. Pero, ¿cuándo los hombres se han alejado de una maldición, al menos en tantos mundos como hemos conocido?

Yo no te puedo pedir mi hermano que no te acerques a Melina y su belleza cuando una nueva raza lo habite, porque si nunca apareciera la tentación, ¿cómo entonces ejercitaría un hombre su libre albedrío? Si, con toda seguridad tentarás a los hijos de los hombres sin importarte qué tan felices estén en su nueva vida. Yo sólo puedo esperar que te resistan, que volteen sus

aventureros ojos lejos de ese pico terrible, que recuerden el Mandato, y que vivan en Melina con su juventud, fuerza, coraje, amor y Gracia, en comunión con Nuestro Padre y en la sonrisa de su ángel guardián, que soy yo mismo, por toda la eternidad.

Te has reído muchas veces de mí y de mi papel de custodio, y me has dicho: “Tú eres impotente ante mí.” Sí, incalculables veces ha sucedido que he tenido que conducir del Jardín a los hombres y dejarlos sufrir la suerte que se han buscado. En cada ocasión he llorado y he dicho a los hijos de los hombres: “No derramen sus lágrimas porque ustedes no son víctimas más que de ustedes mismos; ésta es la suerte que eligieron y ésta es la muerte que desearon y ésta es la angustia que invocaron y éste es el dolor que aceptaron con su propio albedrío. Lloren por sus hijos, porque la tierra está maldita por ustedes, y lloren por la bestias inocentes en los campos y las montañas y las aguas, a las cuales ustedes llevaron la muerte y el hombre rapaz y a quienes volvisteis criaturas de rapiña.” Ay, esto tú lo hiciste, no Dios.

Las pocas seis mil almas -¡de entre todos esos billones!- que ascendieron al Cielo cuando Melina fue destruida por los hombres, rezan de nuevo por ella y le dan su bendición a la tierra, a las montañas y a las aguas. Fueron estas almas quienes trabajaron con Nuestro Padre para hacer de Melina el gracioso planeta que fue alguna vez, quienes diseñaron los ocasos y las mañanas, quienes crearon las criaturas que viven en los árboles y los mares, quienes inventaron las frutas y los granos. Nuestro Padre dotó de vida a sus creaciones y Él ha levantado Sus Manos sobre Melina. Pero sólo Él sabe si Melina caerá de nuevo bajo tus tentaciones y tus mentiras. De ser ése el caso, ¿ha planeado Él darle revelaciones a Melina -como lo ha hecho antes en tantos otros casos? No lo sabemos. ¿Y van a estar alerta los hijos de Melina y a mantener la fe con regocijo? ¿O volverán a

desdeñar al Señor y a construir de nuevo sus monstruosas ciudades de infamia y sus templos de conocimientos siniestros, y volverán de nuevo a envenenar el aire y la tierra y a dejar cicatrices en donde ahora hay belleza? Yo no lo sé. Sólo sé una cosa: hay oro en ese aterrador y lúgubre monumento sobre la planicie solitaria. Y el oro incita a las guerras.

Tú no me odias, porque eres mi hermano y nos amamos uno al otro en el Cielo. Tú no odias a los otros Arcángeles y ángeles, que son los espíritus guardianes en otras galaxias y otros universos. Te unirías a nosotros -si los hombres no estuvieran entre nosotros, hombres a los que nunca has perdonado por haber sido creados.

Lo que tú destruyas Nuestro Padre lo volverá a crear. Lo que asoles Él volverá a llenarlo. Cuando ofrezcas muerte y orgullo, Él ofrecerá vida y humildad y obediencia. Cuando incites las guerras Él luchará por la paz. Tú suscitas odio entre los hombres, y en ocasiones el trueno rojo de éste ahoga la Voz del Amor.

Al final triunfará Nuestro Padre y tú lo sabes secretamente en tu corazón. ¿Por qué luchas entonces? ¿No son suficientes para tu rapacidad los habitantes de tus infiernos? ¿Para qué habrías de engrosarlos más? Sí yo conozco todos tus argumentos: el hombre es un insulto a Su Creador. El hombre no merece a Su Creador. El hombre, sobre todo, es un ultraje a los ángeles, quienes deben padecerlo. El hombre también llama Padre a Dios, y eso es supremamente intolerable para ti, que lo amas a Él con el amor más terrible y orgulloso y no dejarías que ningún ojo humano lo contemplara con familiaridad. La carne no es tan despreciable, Lucifer, aunque tú creas que así es.

La carne tiene también todas las capacidades de los ángeles, porque así lo dispuso Nuestro Padre y las almas de la carne son inmortales. La carne tiene sus bellezas, menores que las nuestras por seguro, pero aún así tiene

encanto y sensibilidad. El hombre no fue creado como los ángeles, excepto por el libre albedrío, pero cuando es majestuoso y obediente se les parece. Tú negarías a Dios Su variedad infinita, Sus creaciones más pequeñas, Sus fantasías y Sus deleites. Nosotros no conocemos el significado del hombre -pero Nuestro Padre lo conoce. Sin embargo tú, como hijo posesivo y arrogante, rodearías a Nuestro Padre con paredes de tu propia creación y lo encarcelarías en Su Trono, y protegerías Su gloria, y sólo tú, si tuvieras ese poder, te acercarías al Santo de Santos y aprisionarías al Rey en Su propio Cielo. Yo me pregunto muchas veces: si Nuestro Padre no hubiera creado al hombre, ¿no nos hubieras hecho la guerra a nosotros, tus hermanos, para apartarnos de Él y tenerlo solamente tú? ¿Lo has deseado a El como tu Prisionero adorado? ¿Has deseado sólo para ti mismo la Visión Beatífica? Como te escribí antes, yo vi tu ojo ardiente, celoso y furibundo cuando nos acercamos a Él, y tu mano sobre tu espada, la cual lanzaba rayos aún en su vaina. Sí, conversarías solo con Él y guardarías Su conversación sólo para tus oídos.

¡Pero Él no es Prisionero de Su preciosa Creación! Conocía la forma en que lo amabas, y por eso se afligió por ti y por un instante el Cielo se oscureció con Su pesar. Él aceptaría que regresaras con Él, con dolor y arrepentimiento.

¿Cuánto tiempo, oh Lucifer, vas a negar tu propia naturaleza y tu propio anhelo? ¿Por qué la vida es abominable para ti? **ojo**

Tu hermano, **MIGUEL**

SALUDOS

a mi hermano Miguel, quien teme por esa molesta Melina que yo limpié de hombres, y quien cree conocer mis pensamientos:

No estoy resistiendo de que otra vez Melina esté llena de vida animal, pura y sin pecado. ¡Lo estaría si permaneciera así! ¡Qué hermosa es sin ningún hombre habitando en ella aún! En verdad es un jardín, propicio para que lo habiten ángeles y se deleiten en su reposo y su tranquilidad. Es aún más hermoso que antes, lleno de la música de la creación, dulce con la inocencia de sus habitantes, sin engaños y sin pretensiones.

Pero si se creara de nuevo al hombre para que dominara sobre Melina, entonces yo lo destruiré con las perversas maquinaciones de su propio corazón.

Eres injusto conmigo. No es la vida lo que yo odio, sino la vida que pretende ser como la nuestra. En resumen, es la vida humana, la vida de los hombres, la que yo detesto. Reflexionando, sin embargo, quizá sea yo más complaciente con la existencia humana femenina, porque habrás de recordar que en una ocasión vimos a las hijas de los hombres y las encontramos hermosas, y dormimos con ellas y engendramos hijos. De hecho, como ha sido escrito en Terra, en aquellos días había gigantes en la tierra –carne de sus madres, esencia nuestra-. Nuestro Padre no prohibió ese concebir y engendra. Nosotros nos convertimos a una dimensión temporal más densa, es cierto, pero aún así trascendente, y las hijas de los hombres no nos podían resistir ¡los amados tesoros! Las tomamos por nuestras

esposas y ellas nos amaron y se inclinaron ante nosotros y les hablaron de nosotros a sus hijas, y hasta este día las mujeres sueñan con nosotros estando al lado de sus maridos. Muchos dimos la bienvenida a los espíritus de nuestras esposas en la puerta del Cielo -o al menos tú, el más afortunado de mis hermanos, así lo hiciste.

¡Oh mujeres! ¡Si nuestro Padre hubiera creado sólo a las mujeres y no a los hombres para ellas! ¡imagínate a todos esos magníficos planetas habitados sólo por carne femenina esperando nuestros abrazos! ¡Los amados ojos, el pelo, los senos y los muslos de las mujeres! Yo siempre he amado a la criatura femenina. Las mujeres me adoran naturalmente, hasta en el infierno; son mis servidores más asiduos, en la carne o fuera de ella, y traen por multitudes las almas de los hombres hacia mí. La verdadera risa en el infierno es la risa de las mujeres, humana o diabólica. ¡Con qué delicadeza seducen! Mis propios demonios no podrían inventar los ardides que las mujeres inventan, ni maquinar tan deliciosos deleites, ni siquiera Lilit. En el amor pueden imaginarse horrores que los hombres no se pueden imaginar, y crueldades extrañas y exquisitas, porque ellas poseen un material más imaginativo que los hombres. Las emperatrices de Roma, las concubinas de Egipto, Las Aspasia de Grecia, las damas Borgia, ¡qué elegancia! ¿Quién no se habría acostado con ellas, ángeles u hombres?

Pero las mujeres de Terra hoy son infelices, aburridas, y es raro en ellas el encanto y la inventiva que nosotros conocimos antaño, raro el encanto irresistible. Rivalizan con el hombre por cualquier oficio o condición de vida, son insistentes, agudas, de carácter duro, deliberadamente feas y retorcidas, decididas a llenar todos los espacios, a que no haya empleo que no sea suyo, ningún lugar santificado sin compartir sus irritantes voces. No es suficiente que tengan el poder de crear belleza y poseía, de procrear hijos, de confrontar a

los hombres, de formar un aura de paz y santidad alrededor de sus hogares. Las artes con las que Dios las dotó resultan ahora desagradables. Son como los hombres, asumiendo, contra todas la Leyes de Nuestro Padre, las vestimentas de los hombres; caminan como machos; tienen músculos; son feroces, demandantes y arrogantes, más allá de la ferocidad, codicia y beligerancia de sus hombres; algunas portan armas ahora, ellas que fueron dotadas con el instinto para criar y proteger la vida. Van a las guerras con uniformes aborrecibles y se sienten orgullosas de su habilidad con los instrumentos de muerte. Las pisadas de sus pies calzados con botas se escuchan en todas las ciudades. Ellas son o imitación de los hombres, con los vicios de los hombres, pero no con las virtudes, o son débiles y reptantes gusanos, deseosas de todas las cosas y merecedoras de ninguna. ¡Ahora quieren invadir hasta los templos sagrados como sacerdotisas!

Fui yo quien les ofreció el cebo de la masculinidad. Yo les clavé la envidia hacia los hombres y divulgué que el mundo masculino les estaba negando derechos, los cuales evidentemente ellas merecían, porque ¿no eran más rápidas de juicio y más constantes? Les ofrecí deseos peculiares e irresponsabilidades; las hice desdeñar su femineidad y despreciarla como valor. Con botas y pantalones son mías. Desafortunadamente, yo la podría pasar bien sin estos casi-hombres que llegan gritando a mis infiernos. Las damas de antaño las ven con horror y dicen: “¿Qué son estas criaturas? ¿Son machos o hembras?”

Pero les debo gratitud, pues castran a sus hombres y destruyen el espíritu masculino. Reducen al hombre a la categoría de esclavos cobardes, dependientes; deseosos de pequeñas comodidades y de pequeños, mezquinos placeres y consuelos fáciles. En un tiempo los hombres de Terra fueron bravos, fuertes, protectores, tiernos, con una gran fuerza, y se deleitaban en

búsquedas y risas masculinas. Pero ahora se acurrucan -y sólo hay una palabra para ello: acurrucarse-; no cuidan sus casas con la fuerza de sus brazos, como lo hicieran alguna vez; y si se inclinan sobre las cunas no es para divertir a los infantes o para acariciarlos jubilosamente, sino para limpiar heces y verter leche en sus bocas lloriqueantes; lavan ollas y tienden camas y, Dios piadoso, ¡son “compañeros” de sus esposas! No son guardianes; son niños ellos mismos, temerosas de su propio sudor honesto ante el temor de ofender las narices de las mujeres e incluso de otros hombres. Sus búsquedas son femeninas y las mujeres los han empujado a diseñar ropas para sus cuerpos de mujer, y otras ocupaciones monstruosas.

Las mujeres los han apartado de ellas y han ido con otros hombres en busca de placeres diseñados alguna vez sólo para ambos sexos y para la procreación de hijos. Es cierto que yo inventé esos placeres, pero si los hombres hubieran seguido siendo hombres no hubieran sido tentados por ellos, y si las mujeres hubieran seguido siendo mujeres sus hombres no hubieran podido seducir a otros hombres. Sí, es cierto que los antiguos egipcios, griegos y romanos se unieron con sus compañeros, pero sólo después de que sus mujeres se hicieron dominantes, sus madres seductoras, sus hijas viriles. Yo he transformado a Terra en un infierno en el que ya no se acaricia o desea profundamente a las mujeres, sino que se les teme y explota en defensa propia. Valientes, fuertes y duras en carne y piel, las mujeres han cambiado a Terra en una morada terrible, abundante en crímenes espantosos, disparatando con ideologías y tronando con guerras. Después de todo, los hombres necesitan algún respiro de sus mujeres, ¿o no? Pobres infelices; a veces me dicta el corazón compadecerlos.

Las mujeres de Terra van a destruir la civilización como la destruyeron los antiguos países, porque las

naciones no pueden sobrevivir a la depravación y a la inversión de los sexos. Tal vez el holocausto que yo deseo para Terra -y seguramente llegará pronto- no sea necesario después de todo. La mezquindad, la pequeñez y la monotonía son un infierno más merecido para los hombres de Terra que la muerte universal -quizá-. ¿Extraño, no es así, que sólo los bárbaros en Terra hayan preservado su masculinidad, mientras que las naciones civilizadas la han abandonado? Yo medito: ¿induciré a los bárbaros en Terra a que ataquen a las llamadas naciones “sofisticadas”? Tal vez.

¡No puedo soportar Terra! Es despreciable. Uno de sus amados sabios, un hombre llamado Freud, dijo de Terra: “Este mundo detestable.” Él lo conocía bien, y conocía sus despreciables lujurias, porque él era incestuoso y sin orgullo, una mujer de corazón y conocedor de las mujeres. Odiaba a los hombres, porque los verdaderos hombres eran un aguijón para él y odiaba lo que él mismo no podía ser. Ahora sólo tiene la compañía de las mujeres, pues sólo deseaba la presencia de sus parientes femeninos.

No seas aburrido, Miguel, recordándome que muchas mujeres en Terra todavía son mujeres, que aman, alimentan, enseñan y cobijan, que sacrifican sus vidas para que otros puedan vivir, y que viven una vida de poesía, reflexión, oración y fe, ¡Son tan pocas! Y son vistas con burla por sus corruptas hermanas y ridiculizadas por supersticiosas o anticuadas o atrasadas, o enamoradas de la fantasía, o no son parte de lo que se llama, para mi regocijo, “este nuevo mundo”.

Dios dio ejemplos de verdadera femineidad a las mujeres con la vida de mujeres santas, como fueron Lea y Raquel y Ruth, y por encima de todas las mujeres Su propia Madre. Pero ¿imitan las mujeres de Terra a estas criaturas de Gracia, y sobre todo, desean ser como ellas? No lo hacen, Una mujer gentil y refinada no se introduce en la política vulgar, ni viste ropajes

masculinos, ni busca placeres sexuales sin el inevitable resultado. No es un juguete ni un “amigo” caminando a la par que el hombre, no es una fuerza destructora con sus hijos, ni una gritona en el mercado, ni un contendiente entre hombres; tampoco es un lanzador en los juegos masculinos, ni una monstruosidad musculosa que no es hombre ni mujer. Ella es lo que Salomón describió como una buena esposa, más preciosa que los rubíes, y todos sus caminos son agradables y todos sus senderos son paz.

Bien recuerdo a María, la Reina del Cielo, cuando nació, y yacía en su cuna, inmaculada del pecado en el cual incurrió el hombre al nacer. Ella abrió sus ojos infantiles y me miró gravemente, y aún entonces supo lo que yo era. No tuvo miedo. La luz de Nuestro Padre cruzaba su cara y las alas de nuestro hermano Gabriel la protegían. Yo supe por qué había nacido, lo había sabido desde un principio. Esta dulce criatura, este frágil bocado, esta mujer que aun bebé era una verdadera mujer -ah, aun cuando yo la odiaba por su destino, me incliné ante ella y el mismo infierno temblaba cuando nació-, era la mujer encarnada, la mujer que Nuestro Padre hubiera querido que fueran todas las mujeres, la imagen que todas las mujeres deberían tratar de imitar.

Pero no lo hacen. Un poeta de Terra escribió sobre María: “La ostentación solitaria de nuestra manchada naturaleza.” Pero millones de mujeres en Terra se mofan de ella, o dudan de que haya vivido, o profieren burlas indecentes. Yo lo decidí así. Si las mujeres de Terra se volvieran como María, no estarían mis infiernos repletos de vida femenina, y los sitios de desesperación no harían eco con sus voces.

Yo me alejo de las mujeres de Terra con un disgusto que ni yo mismo puedo soportar, y me vuelvo hacia las mujeres de otros planetas, en los que la raza no ha caído, e incluso donde ya ha caído. ¡Qué hermosas

son esas mujeres, qué placer para la vista, qué suaves sus manos, qué gentil su discurso, qué cuidadosas con sus hijos, qué devotas con sus hombres! No todos los planetas son así, lo admito, pero ninguno es tan feo como Terra ni tan inferior, Y Terra merece a sus mujeres y sus mujeres merecen el mundo que han hecho.

Las mujeres de otros planetas, que ahora están destruidos y sin vida, fueron merecedoras de sus mundos, porque son ellas quienes los extasiaron.

Sí, yo sé que el temible pico de la montaña desolada está lleno de oro -y que sólo ella posee ese metal tonto y aterrador-. Pero, ¿no estoy cometiendo un error contra la lógica imputándole cualidades humanas y diabólicas a un material de existencia no sensible? Ciertamente, pero ése es un error que cometen los hombres, y los demonios. El oro no es malo en sí, como aclaró Nuestro Padre, sino sólo el deseo de él. El metal es hermoso; fue creado para decoración, adorno, y mil otros usos inocentes y placenteros. Nada es malo hasta que el hombre lo hace malo. **(ojo)** Es notable cómo los mundos poco poblados son trabajadores y pacíficos, y cómo los mundos altamente poblados y llenos de ciudades infames son las casas de cría del crimen. Pareciera que el hombre no puede soportar la cercana proximidad de otros hombres -¡Y yo no los culpo por ello!-. Yo entiendo que la intención de nuestro Padre fue que la hembra humana tuviera su temporada de reproducción como la tienen otros animales hembras, para que la inteligencia humana pudiera prevenir un exceso de multiplicación y así un exceso de poblaciones, y también, a su tiempo, guerras por el espacio para vivir. Pero cuando los hombres caen -y aún caen-, se hunden en la bestialidad por debajo de las bestias, pasan todos los límites, y con ello sufren la pérdida del instinto y de los ritmos naturales de la vida, que otros animales siempre respetan. **(ojo)**

Todo esto lo hemos discutido antes nosotros a través de los milenios, y hemos observado que con el crecimiento de las poblaciones y las ciudades abarrotadas se necesita un medio para facilitar el intercambio, el comercio y el mercado, y las inevitables guerras. Como el oro es siempre el menos abundante de los metales y también el más durable, el más hermoso y deseable, era natural que se convirtiera en el medio de intercambio entre los hombres. Con el tiempo no sólo se convierte en el símbolo del poder sino en el poder mismo, y ése es el más grande de los deseos de los hombres, incluso mayor que su deseo por las mujeres, porque con el poder se tienen todas las cosas. Un hombre puede perder su gusto por las damas por la edad o el aburrimiento, pero nunca pierde su gusto por el dominio de sus congéneres, y ese anhelo de dominio tiene sus raíces en el odio innato hacía su hermano, nacido del pecado.

Los hombres no mueren muy seguido por amor a Dios, pero arriesgarían su muerte por la promesa de poder. Y el oro es poder. Los hombres recién nacidos en Melina van a descubrir el oro en la montaña perdida, y, aburrimiento de aburrimientos, caerán de nuevo, y se volverá a repetir toda la miserable historia. Para mí es muy afortunado que el margen de existencia espiritual no esté confinado a las barreras materiales, sino que pueda extenderse infinitamente; si fuera de otra manera seguramente estaría deseando espacio para mis infiernos. Yo le platicaré a la nueva raza de Melina sobre ese oro maravilloso de la montaña y le recitaré el canto del poder y del control sobre sus semejantes, y se repetirá la antigua historia. Tristemente, yo no soy inmune a la monotonía de la historia y su repetición a través de las eras.

El hombre de Melina sólo tiene que rehusarse a tomar ese oro, pero lo tomará. Tú no sabes, y yo tampoco... pero a veces conjeturo si la sensibilidad no será

también tediosa para Nuestro Padre, y si no será cansada la existencia. Sin embargo, cuando caigan de nuevo los hombres de Melina, éstos volverán a reproducirse, construirán sus amenazantes ciudades, desearán conquista y gloria mundana, todo lo cual surge de la posesión del oro. Van a deformar su mundo y serán una amenaza a todo lo que vive, incluyéndose ellos mismos. En el infierno estamos experimentando con nuevas armas de muerte, furia y aniquilación, no sólo para Melina, sino para todos los otros mundos. Una es la carga negativa simple que va a destruir todas las cargas positivas, y así, con su gesto, no sólo eliminará a los hombres sino a sus mundos, y enviará a todos a flotar en vapor y niebla en las profundidades del espacio. Esto no es tan dramático como las armas imperfectas que les he dado a los hombres de Terra, las cuales sólo pueden hacer arder las ciudades hasta sus cimientos, y cegar, matar, mutilar hombres y manchar sus lugares de procreación, y mutar sus especies. (Ah, es un buen panorama ver a un mundo ardiendo completamente, como una gran estrella, hasta convertirse sólo en cenizas.) Pero mi arma más nueva, en la que están no -su único placer que no causa hastío finalmente-, es mucho más limpia y no habrá nada que quede de los mundos, ni siquiera fragmentos. Mis científicos están experimentando también con la negación de fuerzas magnéticas y las leyes mismas de la gravedad. ¿Quién sabe? Puede ser que esté en nuestro poder destruir todo vestigio de vida en todas partes. Esa será mi victoria final.

Tú admitirás, querido Miguel, que no podría hacer todo esto sin la excelente cooperación del hombre, y él coopera siempre generosamente. Los hombres de Terra están trabajando conmigo entusiastamente por su propia muerte y por la destrucción de su planeta, y tal vez las armas imperfectas que ya les he dado sean suficiente,

pues no son suficientemente inteligentes para las armas más letales y más complicadas y nunca lo serán, porque no poseen la mente de los hombres muertos de Melina y tanto otros cientos de miles de planetas que finalmente quedaron limpios de vida humana. Mis científicos se desesperan con ellos y están impacientes por su desaparición, porque los científicos, por encima de todos los hombres, detestan la inferioridad intelectual y la mediocridad, ambos atributos de Terra. Hasta las primeras razas de ese oscuro planeta, antes del diluvio y del hundimiento y surgimiento de continentes, no eran superiores. Sin embargo, por el odio a sus hermanos no necesitan sentir humillación ante otros planetas, ni sentir vergüenza ni mortificación, porque son iguales a los peores.

Bien recuerdo al planeta Mercurio, en ese pequeño sistema solar de los límites de tu galaxia, que tiene la historia increíble del sacrificio del Hijo de Nuestro Padre. Los antiguos no se equivocaron al llamarlo Mercurio, porque de hecho alguna vez tuvo luz fresca, a cubierto de la ferocidad del padre sol por nubes gruesas y perpetuas. Aunque Mercurio es pequeño, una vez fue una exquisita miniatura de mundo, con iluminación pálida pero brillante, sus ríos y lagos aperlados y centelleantes, sus mares con el colorido de las palomas, sus montañas brillando suavemente, su tierra gris plateada con follaje parecido a un metal frágil. Las nubes que escudaban a Mercurio eran del color del ópalo, veteadas de rayos veloces y trémulos, y las horas de oscuridad total eran pocas debido a la rápida rotación del planeta.

La raza de hombres creada por Nuestro Padre para habitar ese mundo era tan ágil y graciosa como su mundo, y llena de júbilo. Ellos construyeron pequeñas ciudades, cultivaron su tierra y vivieron en inocente alegría, creando cantos milagrosos y todas las artes con profusión. A mí no me tomó mucho tiempo tramar y

consumar su caída y su destrucción. Confirmé a sus científicos lo que ellos ya sospechaban: que la fuente de su vida se hallaba en el sol oculto, y les describí otros mundos, alumbrados por el sol, vigorosos, ricos y poseedores de mucho mayor colorido que Mercurio, ese pequeño mundo plateado. Sólo necesitaban inventar una fórmula para disipar sus eternas nubes, les dije, y se convertirían también en una sinfonía de matices brillantes, tintes y tonos fuertes, espléndidos y vivificantes. Sobre todo, les hablé de la majestad del sol mismo, contra el cual no se podrían probar sus pálidos ojos, a menos que se les protegiera. Y los científicos siempre están anhelantes.

Les di, pues, la fórmula y los métodos para dispersar las nubes protectoras de la superficie, del cercano sol. Tú, Miguel, les hablaste de la destrucción que atraerían si me escuchaban, pero te respondieron “¿Tú nos privarías del conocimiento? ¿No somos hombres y no fue planeado que, como hombres, conociéramos todas las cosas?” Yo me sentí orgulloso porque hablaron en mi propio idioma y, con sus propias palabras, los hombre de Mercurio cayeron de su estado de inocencia y Gracia y se ocuparon en las tareas de la muerte.

Tendrás que reconocer que fue un día memorable cuando los científicos empezaron a disparar sus armas de dispersión hacia las nubes. El planeta entero esperaba, excitado y expectante. Todos los hombres cesaron sus labores para poder ver el espectáculo. El primer intento no resultó muy exitoso, pero sí con éxito suficiente para que la fiera luz del sol se disipara sobre ellos por un instante a través de las nubes rasgadas y sintieran calor y la presencia de un resplandor que nunca antes habían conocido. Debió haber sido una advertencia, pero naturalmente no lo tomaron así. A partir de entonces solamente hablaban de la visión que habían tenido del sol y de lo azul del cielo, ante el cual se maravillaron. Era una belleza tal como nunca habían

soñado antes, pero que ahora sí soñaron. “¡Fuera estos aires cenicientos! -gritaron-; ¿no somos hombres con derecho al abrazo apasionado del sol, y de su promesa de vida nueva?”

De ahí en adelante todos los esfuerzos se dedicaron a vencer a las nubes, y llegó el día del éxito completo. ¡Y no lo olvidaré nunca! Las nubes se enrollaron hacia arriba como serpientes de fuego ardientes y heridas, y desaparecieron, y el sol fluyó hacia Mercurio sin ninguna restricción. Los mares hirvieron de inmediato; los lagos fueron engullidos en un respiro; los ríos se hundieron en la tierra palpitante, la cual se secó y agrietó y tembló, convirtiéndose de inmediato en piedra hirviente. Las ciudades se disolvieron como en un horno, y eran un horno ante la terrible faz del sol. Toda la carne se evaporó de inmediato y ninguna vida duró por más de un segundo o dos. La órbita de Mercurio, aunque cercana al sol, continuaba siendo aún una elipse perfecta; ahora repentinamente cambiaba a una órbita errática y los hombres no vivían más en ese pequeño mundo encendido, una cara del cual ve mudamente por siempre al sol que lo destruyó y que fue su castigo. Fue un día muy trágico, ¿no fue así, Miguel? Pero que inevitablemente debía presentarse.

Tan pronto como Mercurio se convirtió en un mundo muerto, Venus salió de la oscuridad, de la nada lejana en la cual esperaban otros hijos del sol su propio intento de vida y su muerte inexorable. Venus era un planeta muy hermoso, mucho mayor que el pequeño Mercurio, y cuando el sol brilló sobre su frigidez, adquirió vida, como el soñador que se remueve en un diván. Sus lánguidos mares se volvieron cerúleos y tibios; sus valles animados, sus lagos salpicados de ojos risueños. El hielo cayó desde su seno, para quedarse solamente en los agudos picos de las montañas. Nuestro Padre extendió Su Mano y de inmediato en Venus surgió la vida, infinitamente variada: bosques rosas y

dorados, precipitaciones púrpura, cataratas como diamantes, colinas azules, granos verdes y amarillos, campos susurrantes con vientos suaves. Luego vinieron los animales de muchos colores, formas y tamaños, vehementes de fuerza y avidez, y con mil voces.

Nuestro Padre no podía refrenarse. Él creó al hombre en Venus, como tú lo sabes, y tú visitaste a la primera generación y la previniste, como siempre, en contra mía; llamaste a los hombres tus hermanos y se arrodillaron frente a ti para que los bendijeras. ¡Desafortunadamente, Miguel! Sonreíste a las aureoladas cabezas de los hombres de Venus, miraste sus ojos transparentes, y te deleitaste al ver su carne dorada y te regocijaste con la donosura de su raza. Altos eran ellos, como dioses, casi tan hermosos como los ángeles, y Nuestro Padre les había otorgado gran inteligencia hasta en su estado recién nacido. Esa fue una ofensa suprema para mí.

Tú les habías hablado a los hombres de Venus de los vicios de la concupiscencia y de que sólo debían reproducirse en las estaciones ordenadas, para que no sobrepoblaran su mundo, y sus ciudades no se llenaran con bocas hambrientas de hambre insatisfecha. Pero de nuevo, Nuestro Padre les dio el don del libre albedrío. Los placeres de la sensualidad sólo les eran permitidos dos semanas de cada año y en ningún otro momento. Ellos conocían el Mandato y lo cumplieron durante doscientos años, a pesar de Damon y Lilit y todas sus promesas de éxtasis irrestricto.

Luego, las generaciones más jóvenes preguntaron molestas: “¿Por qué se nos habría de permitir este goce solamente unos pocos días de cada año, cuando es obvio que nuestras mujeres son capaces de muchos más? ¡Sin mencionarnos a nosotros! ¿Por qué se nos niega? ¿No somos hombres y sin embargo debemos voltear el rostro a nuestras esposas y dormir como hermanos a su lado, hasta que le parezca... a quién? ¿A quién debemos

agradar? Ah, nuestros padres nos hablan del Mandato, pero nosotros no lo hemos escuchado, ni hemos visto a este Miguel y no tenemos más conocimiento de Dios que lo que nuestros padres han escrito en sus abundantes libros, y lo que nos han predicado en sus pequeños templos dorados. Pero aparentemente nuestros padres eran hombres pasivos y sumisos, que se negaron a sí mismos en obediencia a algún mito, y hablaron de 'placeres prohibidos' desde la espesura de sus barbas. No tenían ningún entusiasmo ni amor por la experimentación y el deleite. Se apartan de sus esposas, ¿y en obediencia a qué, y a quién? ¿Es tan despreciable entonces nuestra raza, que tenemos que limitarnos en número? Eso es seguramente un desafío a la vida misma, y nosotros amamos la vida, no la odiamos. ¡Llenemos el mundo con nuestra hermosa especie! Ellos dicen que si nosotros nos recreamos con nuestra naturaleza -¿y por qué no debe recrearse esa naturaleza?- seguramente envejeceremos, nos debilitaremos y moriremos, y nuestro mundo morirá con nosotros. ¡Qué disparate! ¡Qué infantilismo! El solo placer no podría traernos tantas calamidades, porque ¿no nacimos nosotros mismos del placer, aunque sólo fuera un placer en su oportunidad? Que nuestros padres nos revelen a este Miguel, y que oigamos su voz y las palabras de ese Mandato, y que veamos a ese Dios de quien ellos hablan interminablemente.”

¿No estás cansado de la historia eterna, Miguel, y de las mismas simples palabras de los hombres? Damon y Lilit pronto tuvieron éxito en seducir a la raza de Venus, y en unos cuantos siglos Venus fue una gran ciudad y la tierra verde se encogió junto con los mares y las aguas. Una historia muy vieja. Las guerras fueron más terribles cuando el hombre luchó por el espacio para vivir y para respirar aire que no estuviera contaminado con el aliento de sus congéneres, y el odio reemplazó al amor, hasta el amor de las mujeres y del

Oro, que ellos encontraron pronto, con mi tutelaje, por supuesto.

Desde los infiernos, nosotros vinimos al rescate de los anhelantes hombres de Venus. Les dimos a sus científicos el secreto para inhibir la fertilidad de las mujeres “enemigas” y el secreto para esterilizar al hombre “enemigo”, y lo que se negaron a realizar como un acto de obediencia a Dios lo realizaron como un acto de desobediencia y odio. Yo aseguré a los científicos de todas las naciones que yo también tenía el secreto para proteger a sus propias naciones, ¿pero no soy yo el padre de las mentiras? Los niños dejaron de nacer y como los hombres de Venus habían traído sobre su planeta la vejez, enfermedad, y muerte, no hubo raza en Venus, y Nuestro Padre amortajó con nubes calientes la faz de ese planeta para siempre.

Entonces, de la oscuridad, la nada y el frío avanzó el tercer mundo, Terra, y Terra cobró vida y Nuestro Padre lanzó Su Sombra de luz sobre su seno congelado y sus nubes oscuras, y el sol vio la faz de un hijo nuevo. Ay.

Anticipándome a la futura muerte de Terra, he visitado muchas veces los planetas externos, haciéndome conjeturas sobre ellos. Marte con sus frías mejillas rojas, Saturno con sus anillos arcoiris, Júpiter con su inmensa mancha carmesí, Neptuno, Urano, Plutón. Ellos todavía no tienen vida. ¿Acaso están esperando la hora en que la órbita de Terra quede vacía y se puedan mover hacia delante a nuevos lugares, mientras que Mercurio y Venus caen en el sol?

¿O en realidad vendrá Él de nuevo a Terra como lo prometió? Ha dicho que ni siquiera los Arcángeles conocen ese día, pero tal vez ahora se haya arrepentido de Su Palabra y no la mantenga. ¡Si él viene como vino

antes, vulnerable a la maldad y las maquinaciones de los hombres, entonces seguramente morirá su segunda muerte! Va a necesitar toda la protección de Sus ángeles, porque yo nunca he visto una raza tan salvaje y mentecata, no, nunca antes, desde el primer rayo de luz en cualquiera de los mundos.

Tu hermano, LUCIFER

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, quien ha estado tan ocupado últimamente y quien es el gran Plausible, como él mismo lo admitirá:

Desafortunadamente es muy cierto lo que dices sobre las mujeres de Terra, pero todo eso es verdad sólo en aquellas que se nombran las razas “avanzadas”, donde se sostiene que es más sofisticada la cultura. Pero como has señalado tú, Terra también tiene sus bárbaros, como los tuvo siempre en el pasado. Yo sé que tú eres bien capaz de soltar a los bárbaros sobre esa parte de Terra a la que la gente designa como el “oeste”. Lo has hecho antes. Lo hiciste en Babilonia, en Grecia, en China, en Roma, en Egipto, en India y en otras tierras con civilizaciones sutiles. Lo hiciste en los continentes desaparecidos. En todas partes están las señales de tu hábil seducción y al mismo tiempo inspiras a los bárbaros con la envidia y la codicia y el anhelo que los llevarán a su propia muerte cuando logren el estado que desean. Estoy de acuerdo en que el hombre, en todas partes, no parece aprender nunca de la historia y de la experiencia.

Yo también he escuchado a las mujeres valientes de Terra y sentí mi propia alarma en aquello en lo que tú sólo sientes gratificación. Son mucho peor que sus hombres, a quienes han vuelto tímidos. No desean la consumación sexual para lo que fue destinada, la unión del amor profundo entre la mujer y el hombre y la procreación de los hijos. No, ellas proclaman insistentemente y con voces fuertes y categóricas que desean experiencia sexual para aumentar, dicen, o desarrollar

sus personalidades. ¡Sus mezquinas, macilentas y descoloridas personalidades! No les interesan los encuentros sexuales ni siquiera por el placer de tenerlos, porque hay muy poca sustancia en ellos para sentir placer (ay, estoy escribiendo casi como lo haces tú). No, la sensualidad es algo que se debe buscar a escondidas, para “mejorar el experimento y la experiencia de la vida”. ¡Qué meta tan espantosa! Lo que es más, ellas ni siquiera son capaces de examinar ninguna cosa, ni siquiera sus propias pequeñas emociones. ¡Un verdadero experimento las horrorizaría!

Pero incluso entre estas extrañas criaturas asexuadas viven verdaderas mujeres, quienes se asustan de sus hermanas, aunque tú disenterías de esto. Tú descartas la virtud por ser pasiva y poco estimulante. Por otra parte, a mí me parece que el vicio sobre Terra es particularmente pálido y sin originalidad, y tal vez ahí es donde reside el verdadero peligro en Terra, pues el vicio crea apatía o violencia sin objetivos. Incluso los robustos y poco imaginativos romanos tenían más vivacidad que las razas actuales y Grecia las sobrepasó a todas. Todavía hay una gran proporción de mujeres buenas en Terra, en lugares de oración ocultos, en los hospitales y en las ciudades ruidosas. Ellas no gritan por “una vida plena y gratificante y provista de objetivos” como lo hacen sus hermanas menos inteligentes, porque saben que el negocio de vivir en ese pequeño mundo triste se halla en la faena tranquila y los días cansados, con pocos episodios de gloria y excitación. La vida, se dicen a sí mismas, se compone de pequeñas cargas constantes, ansiedades, esfuerzos, pesar, y esperanzas sistemáticamente desaparecidas. Ellas encuentran sentido en su fe, en la aceptación de su suerte diaria, en su servicio y su amor, y hallan hermosura en la flor del camino o en los primeros rayos del sol sobre el ladrillo o la piedra. Son las verdaderas y gentiles exploradoras, quienes hacen de Terra un planeta frecuentemente

tolerable incluso para sus hermanas, feas y abandonadas. El piadoso amor de María se cierne sobre estas mujeres, sobre su carácter intrépido ante la vida rutinaria y los acontecimientos tristes. Hacen su trabajo y ésa es su corona, como la fe es su gloria. Rezan por la paz de los días simples, mientras que sus hermanas empantalonadas pasean por las calles y rugen. Hasta las mujeres romanas más depravadas tenían algo de belleza, pero éstas no la tienen. ¡Ay, de nuevo pareciera que hago eco a tus propias palabras!

Sí, recuerdo bien tu intervención en Mercurio y Venus y lo que aconteció allí. Esos fueron días de luto para nosotros –y sospecho también fueron días de luto para ti. Eran planetas muy hermosos, mucho más hermosos que Terra. Pero el hombre y tú juntos los destruyeron. En horas, como las contamos nosotros, y no en eones como cuenta el hombre, ellos caerán al sol y serán consumidos.

He escuchado a los hombres de Terra burlarse de la “teoría tramada de la historia”. Sin embargo toda su historia ha sido una trama –entre tú y ellos-. ¿Qué otra historia podría haber? Los acontecimientos no caen sobre los hombres; éstos los crean a través de sus gobiernos y sus políticas. El terror no desciende sobre ellos desde el cielo, de la nada; lo traman ellos mismos. ¿No se conspiran siempre en secreto las guerras y se sueltan sobre los ciudadanos con lemas nobles, para que éstos acepten luchar y morir sin lamentarse? ¿Qué nación puede reclamar con justicia alguna vez, que libró una guerra santa o una guerra de liberación? La historia niega tales fantasías. Las guerras se libran inevitablemente a causa de la autoimposición, del temor, del odio, la codicia, la conquista, la egolatría o la locura. Sin embargo, nunca hubo una nación sobre Terra que no gritara que su causa era justa y que en realidad luchaba por la paz y no por la guerra, por la libertad y no por la esclavitud. Han llorado esto a través de las eras y aún lo

lloran, y ahí reside la semilla de su muerte universal. Eres tú quien les proporciona las heroicas palabras que llevan a la destrucción; eres tú quien arma a los hombres. Pero ellos niegan tu existencia, lo cual, como lo dijiste una vez, es tu mayor triunfo sobre los hombres. Oh, destructor de hombres, ¿nunca te reconocerán por lo que eres?

Mis hermanos me dicen que últimamente estás observando de cerca al Cielo para ver nuestras idas y venidas. ¿Qué es lo que temes, o qué es lo que provoca tu curiosidad en esta forma? Yo también vi una vez caer tu sombra sobre las brillantes murallas del Cielo y reflexioné. Perdona la analogía, pero pareces un gran perro olfateando en una puerta cerrada, el cual sospecha, gruñe débilmente y duda. Yo sé qué es lo que temes, y tú sabes que yo lo sé; te gustaría que, en un momento de descuido, yo traicionara algún secreto. Si hay algún secreto, Lucifer, yo no te lo diré; no podría hacerlo porque ni siquiera un arcángel lo sabe.

Pero me voy a referir a otras cosas y una de ellas es muy triste.

He visto tu triunfo final sobre Lencia, ese planeta poderoso y espectacular en el que alguna vez puse tantas esperanzas. La raza era particularmente inteligente, graciosa y pacífica; Lencia nada más había tenido una guerra en su larga historia, y sólo el pensar en ella inspiraba aborrecimiento. Sus ciudades eran blancas y limpias, porque su clima general era templado bajo los rayos benignos de Betelguse, la estrella más brillante de la constelación de Orión. Aunque variable y múltiple, a veces encendiéndose con más fuerza que otras, su luz es dorada-escarlata, vívida y fructificante. Su beso puede ser lo mismo feroz que gentil, y así, para esas ocasiones, Nuestro Padre creó nubes especiales que protegían a las cuarenta hijas de ese sol y su multitud de lunas. ¡Y Lencia era la mayor de esas hijas, planeta desafortunado, hija agonizante de su padre!

Desde el principio, incluso después de su caída, los hombres de Lencia estaban sinceramente interesados en el bienestar de sus congéneres, y ésta es la razón por la que Lencia sólo tuvo una guerra. Como la raza era intelectual, a pesar de ti, sus artistas, científicos, arquitectos e ingenieros diseñaron las ciudades más elegantes que yo haya visto jamás, libres de suciedad y contaminación. Ellos atendían sus campos amarillos, escarlata y violeta con cuidados meticulosos, no sólo para preservar sus frutos sino para conservar su belleza. Con la luz del sol sus magníficas montañas puntiagudas se encendían como antorchas dispuestas hacia el Cielo y eran del color de la sangre brillante. Los mares parecían ser madreperlas líquidas fugitivas, en tonos suaves, y sus ríos eran púrpura brillante. Aunque se minaba la tierra buscando sus metales, sus aceites y sus minerales, no se permitía que quedaran cicatrices, sino que se cubrían con árboles lavanda como grandes rocíos de plumas en los cuales crecían frutos esféricos de oro o marfil.

No existían manchas malignas de lobrete, miseria, fealdad, o decadencia en Lencia, porque los hombres eran trabajadores y dignos, y terminaban con cualquier ligero horror. Todo debía estar en armonía, sereno, agradable a la vista y al oído, al tacto y al gusto. Los siglos vinieron y partieron sobre la larga órbita de Lencia alrededor de su padre, y los niños nacían únicamente cuando eran deseados, porque los hombres de Lencia eran prudentes y disciplinados por sí mismos. Era muy difícil creer que Lencia hubiera caído en el pasado, porque todo era hermoso y melodioso, y los hombres se amaban entre sí.

Esa era tu oportunidad, pues a partir de la calma tú creas furia; a partir del orden tú creas caos. Sí, es cierto que tú sólo puedes actuar con la ansiosa y anhelante participación del hombre, pero aún así yo lo lamento.

Al caer Lencia se prohibió a sus hermanas que la visitaran y ella se encontró sola entre su familia, porque una vez caída, podía corromperlas. Aun así, te tomó muchos siglos descargar tu ira contra ese magnífico y encantador planeta. Lo lograste a través de la virtud misma de los hombres de Lencia, quienes recordaban aún a Nuestro Padre y no lo rechazaban completamente. Pero cuando se lleva al exceso, la virtud se vuelve nociva y mortalmente peligrosa.

Como los hombres caídos son inevitablemente orgullosos y desean enaltecerse a sí mismos, tú les susurraste a los más inteligentes de Lencia que debían gobernarla de manera absoluta, por su propio bien, forjándose su propio destino y controlando a todos los demás hombres. Lencia no tenía reyes ni emperadores; sólo tenía repúblicas gobernadas por hombre tan justos como se los permitía su caída naturaleza. Pero ahora tú habías inspirado a unos cuantos hombres con el deseo del poder, aunque ellos no lo llamaban así, sino “trabajar por el bienestar común y la extensión de la justicia para todos”. Tenían grandiosos planes, pero eras tú quien los había inventado. Aunque Lencia estaba limpia y el aire era puro, había de todas maneras épocas en que la luz ardiente de Betelguse calentaba incómodamente las ciudades, quemaba los campos y secaba los ríos, los cuales siempre eran rescatados por las nubes de Nuestro Padre, que enviaba la lluvia. Pero ésta, decían los codiciosos de Lencia, era una solución imperfecta y totalmente natural. Ellos controlarían el clima con el trabajo y los proyectos de sus científicos e ingenieros, aunque primero tenían que controlar a la gente, que podría malograr los planes de sus futuros amos si se les daban a conocer prematuramente.

Los ciudadanos de Lencia siempre habían sido libres, y asumían esta libertad como un estado natural y nunca se inquietaron ante ningún sueño de perderla, pues era tan natural como el aire que respiraban; sus gobernantes

no hablaban de ella. Estaba ahí. Pero los hombres orgullosos llegaron a odiar la libertad de todos –y tú les dijiste que no era natural que sus congéneres inferiores disfrutaran lo mismo que ellos disfrutaban y con tal complacencia. También, que los hombres de mayor humildad necesitaban que se les planearan sus destinos en lugar de que vivieran sus años plácida e industriosamente, de manera espontánea, y remataste con otra frase: “¡A qué alturas no podría aspirar Lencia si se controla y ordena su futuro! ¿Y quién es más merecedor de ese control que ustedes, magníficos de intelecto, buscando únicamente el bienestar de su mundo y de sus hermanos? ¡Cómo los honrarán y se inclinarán ante ustedes llamándolos salvadores, héroes y benefactores, y regocijándose en sus tronos!”

Los hombres caídos aman los tronos. Ese es su mayor éxtasis. Sus máximos deseos son las ceremonias y la pompa. Su sueño es el poder. Así que conspiraron juntos, ellos y tú. Ciertamente ya habían rechazado la idea de tu existencia, pero igual tú eras el más fuerte.

No levantaste ninguna sospecha, y ofreciste a los ambiciosos de Lencia un lema para esclavizar su planeta: El Gran Destino. ¿Qué hombres no se excitarían al pensar en un destino único? La gente escuchó. Al reunirse los ambiciosos se le informó a la gente que había planes importantes en proceso de discusión, y se le insinuaron historias incomparables. Todos estaban emocionados, y ni en lo más mínimo sentían temor; aunque no me vieron, caminé entre ellos susurrando advertencias. Muy pocos se sintieron incómodos y aun éstos carecían de las palabras para expresar su inconformidad, porque solamente conocían el clima de la libertad. Durante la medianoche les susurré que se presentarían acontecimientos despreciables, no para bien, y que ellos debían dar la alarma y expresar su desconfianza. Pero les faltaban las palabras, y tú tuviste cuidado de que ni siquiera las escucharan.

El primer acto de los destructores de Lencia fue diseñar y hacer realidad un método para liberar a las ciudades de los “caprichos” de la naturaleza. Los cinco billones de habitantes asintieron sabiamente, aunque nunca antes habían considerado a la naturaleza como un enemigo. Pero habían hablado de sus benefactores, y ellos sabían más que el hombre de la calle... Así que los científicos instalaron vastos domos de un material vidrioso que circundaran las ciudades y las “protegieran” tanto de la lluvia como del calor del sol. Los ciudadanos observaron sus prisiones transparentes levantarse sobre sus cabezas y sus altos edificios blancos, y sonrieron con satisfacción. Cuando llegaron las tormentas y el fiero calor ocasional, rieron con placer. Pues ahora bajo los domos había un flujo constante de aire seco y fresco, y los niños podían jugar sin que los mojara la lluvia, sin que los abrasara el calor, y sin que los asustaran los relámpagos. Cada uno de los hombres podía ir y venir sin tener que mirar pensativamente el cielo. Se había controlado el clima.

Sólo aquellos que labraban la tierra y cuidaban de los animales vivían fuera de esos domos, y como no eran muchos –los hombres de Lencia habían inventado máquinas que trabajaran la tierra casi solas– los destructores no temían a los pocos que estaban fuera de las ciudades. Ellos sabían que los campesinos son por naturaleza ingenuos y pacíficos, y que no se les desanima o subleva fácilmente.

Para “proteger” de la enfermedad a la gente, decían los destructores, no debían nunca dejar las ciudades por el campo nuevamente, pues éste estaba lleno de “bacterias mortales”. En la ciudad tendrían una vida mucho más larga y sus hijos no morirían con tanta frecuencia de enfermedades que podían “prevenirse”; sobre todo, debían considerar a sus hijos, quienes eran de mayor consecuencia para Lencia. La gente asentía afablemente. Sus ciudades contenían todas las diversiones

necesarias y las calles estaban bordeadas por árboles, había parques y jardines magníficos llenos de flores donde podían sentarse a descansar en paz, bajo los domos vidriados. Ni siquiera se sobresaltaron o reflexionaron cuando aparecieron guardias en los límites de los domos, y se instalaron puertas de bronce en las nuevas y altas paredes blancas sobre las cuales descansaban los armazones transparentes.

Así que la gente era prisionera. Pero como todos los prisioneros, exaltaban a sus carcelarios y los honraban por el “bienestar” que habían llevado a los ciudadanos de Lencia, con un cuidado diligente por su salud y por sus vidas. Cada una de las enormes ciudades tiene sus diez hombres –los Consejeros- y por encima de esos diez poderosos se halla el Maestro, la figura más poderosa. Cuando sus gobernantes dejaban las ciudades en “misiones relacionadas con la agricultura y la mayor productividad de la tierra”, la gente no sabía que tenían hermosos palacios en la tranquilidad del campo, donde se reunían todos a tramar más opresión en contra del inocente y a deleitarse a sí mismos al aire libre y a recrearse con nuevos vicios que tú les mostraste.

Esto ocurrió en todo Lencia, porque los destructores tienen una sola mente. Las embarcaciones comerciales llegaban a puerto vacías, excepto por aquellos que las cargaban y descargaban. Los ríos ya no se veían rojos por las velas de aquellos que querían divertirse, a excepción de los gobernantes. Los carceleros dijeron: “Es bueno; es hermoso; es como debe ser. Sólo nosotros merecemos la libertad. Nosotros somos los Elegidos y nuestros hijos se casarán entre ellos y heredarán lo que hemos construido para ellos y serán amos y reyes a su tiempo, y a su tiempo la gente se inclinará ante nuestros hijos y nuestras hijas y los obedecerán sumisos, como ahora lo hacen con nosotros sus padres. Nosotros mantendremos pura nuestra sangre de la vulgaridad de nuestros esclavos y seremos otra raza, no maculada

por ninguna debilidad del cuerpo o de la mente, y con el tiempo nuestros rasgos serán muy diferentes de los rostros de aquellos a quienes gobernamos.”

La libertad se ama solamente cuando se pierde. Los pocos en Lencia que se habían sentido incómodos desde un principio, pero que carecieron de las palabras, gritaban ahora que el mundo había sido traicionado, la libertad estaba muerta, y que la gente, si habrían de sobrevivir como hombres y no como animales encadenados, debía levantarse por su propia fuerza, deponer a sus amos y liberarse de los domos estériles que eran su feliz prisión. Debían tener libertad para ir y venir según su voluntad y no bajo las órdenes del Elegido.

Pero era demasiado tarde. Los denunciadores de la libertad fueron secuestrados y asesinados en silencio, porque los gobernantes estaban siempre alertas a estos casos. Se les dieron sus nombres como infamia a la gente. Ellos iban a detener el Gran Destino de Lencia. ¿No estaban más seguros sus hijos y aumentaban en número porque no sólo había comodidad, tranquilidad, orden y felicidad en sus ciudades, sino que casi había desaparecido la enfermedad? ¿Alguien sufría por el calor o temía todavía a las tormentas? “Es cierto –dijo la gente–; los denunciadores eran nuestros enemigos.” Sólo sus familias los lloraron, y por temor no hablaron.

Después de esto los gobernantes se movieron más y más de prisa. La gente no debe andar en las calles –por su propio bien– después de cierta hora. Ya no habría más elecciones, ni siquiera de los Diez, porque los Maestros, con su sabiduría suprema, los elegirían. Era un ahorro de dinero. Ya no se iba a disputar sobre la posesión de la tierra y así no habría confusión entre los ciudadanos. Todo se decidiría y planearía, por su bienestar, en los lugares secretos del planeta. Como todos debían trabajar por el Gran Destino, a cada hombre se le asignaría su trabajo de por vida y no podría dejarlo. Aquellos más sabios que él decidirían lo que tendrían

que hacer por el beneficio de todos. Los sabios sólo deseaban paz y plenitud, progreso y satisfacción para su gente. Habría Consejos en los cuales ellos elegirían las parejas de los hombres y de las mujeres “por razones genéticas, para mejorar la raza”. No se permitiría el matrimonio sin la autorización de los gobernantes y se decidiría el número de hijos para cada familia. La gente se sentía un poco insegura sobre esto y hablaba entre ella en voz baja, aun cuando ignoraba que la intención de los gobernantes era permitir que solo los naturalmente dóciles, humildes y menos inteligentes de entre las masas se reprodujeran, asegurando de esta manera y para siempre sus propios privilegios y los de sus hijos.

Sólo se necesitó un cuarto de siglo para imponer la esclavitud en Lencia. Aunque yo caminé entre los ciudadanos, con diversas apariencias, y los exhorté, estaban paralizados y asombrados por la finalidad de la suerte que se habían buscado a sí mismos. Con tu conspiración, pues tú les dijiste que eran verdaderamente libres, que nada los amenazaba, que se había planificado el futuro por ellos, y que no debían sentir incertidumbre o duda. Que aceptaran su Gran Destino con corazones llenos de gratitud para disfrutar de una larga vida de felicidad, trabajo y placer ocasional. ¿No los amaban los Maestros?

Pasaron dos siglos, y ocurrió como los Maestros lo habían planeado. Sus propios hijos no se parecían más a los hijos de la gente, porque sus uniones matrimoniales habían sido cuidadosamente arregladas por sus padres para que realzaran las cualidades deseables de belleza, fuerza, inteligencia y salud. Ellos no hablaban el idioma de los ciudadanos corrientes; de hecho, sólo los veían cuando pasaban en sus vehículos cerrados hacia sus hermosas propiedades localizadas fuera de las ciudades, y los consideraban como bestias que sólo habían nacido para servirlos –lo que era muy cierto-. Y así declinó la calidad de la gente de Lencia, y su

naturaleza se hizo cada vez más simple y brutal porque no tenía acceso a la educación, y moría antes que sus Maestros porque había sido criada a partir de la debilidad para que no nacieran o sobrevivieran muchos de sus ciudadanos. Los Maestros habían decidido el número deseable de gente que debería habitar en Lencia.

Todos estaban tranquilos. Afanosos, casi en silencio, obedecían y nunca conocieron la dulzura de la lluvia o la grandeza de la tormenta, y nunca dejaron sus ciudades hogar y no conocieron el resto del mundo (que era tan esclavo como ellos mismos). Trabajaron y disfrutaron muy poco el fruto de su trabajo; no conocían las artes. Sus ciudades tumba eran antisépticas, y por eso nunca sintieron la fragancia de los vientos o el calor del sol fructificante. Eran bestias de carga bien cuidadas y cómodas, y ése era su castigo. La libertad es la Ley de Dios, y había sido aborreciblemente violada.

Pero tú no estabas satisfecho. Pensaste en guerras entre los Maestros, pero ellos estaban muy contentos con sus vidas. Pensaste incluso en inspirar violencia entre la gente, pero estaban demasiado esclavizados. Lo que no pudiste hacer en tres siglos, lo hicieron por ti a partir del ultrajado corazón de la naturaleza misma.

La gente del planeta sumaba unos cinco mil millones. Los hijos de los Elegidos, los científicos, los artistas y los profesionistas que los servían, sumaban menos de dos millones. Como cada vez más máquinas cultivaban la tierra, los campesinos habían disminuido a unos cuantos miles, y nunca se les permitía entrar a las ciudades. Las vidas que ellos vivían eran tan vacías y tan desesperanzadas como las de la gente de las ciudades y los pueblos. Durante tres siglos no se les había dado educación, pues también ellos habían sido criados para servir. No disfrutaban de diversión ni recreación alguna, y si volteaban a ver las ciudades todo lo que veían era un escudo de vidrio redondo, sellado para impedir el acceso a ellas. Así, sólo sabían que las ciudades

devoraban sus frutos, granos y carne, a cambio de un puñado de plata y una mirada de advertencia. Ya habían aprendido a no hacer preguntas.

Pero llegó el día en que los tomadores del censo se sintieron Intrigados. No habían nacido niños en el campo ni en las ciudades de Lencia durante dos años, a excepción de los hijos de los Elegidos. Pasó otro año y otro, y las cuadras de los hospitales donde nacían los niños estaban vacías. Se exigía una investigación. ¿Quién era el criminal que había inducido a la gente a no procrear más? Pero no había ningún criminal como no fuera la naturaleza misma, que no podía soportar la esclavitud de todo un planeta que alguna vez había sido libre. Ningún investigador se formuló la pregunta trascendental: ¿puede llegar el momento en que la gente esté tan abatida, tan sin estímulo, y tan sin motivo para vivir, que sus impulsos reproductivos ya no respondan? ¿Puede la vida misma perder su valor a tal grado que el mismo instinto muera? Ningún gobernante de ningún planeta se ha hecho a sí mismo esta pregunta alguna vez, pero es una pregunta inexorable que explica la muerte de muchas civilizaciones en los universos.

Pasaron diez años y, a excepción de los hijos de los Elegidos, ningún niño nació en Lencia, y pasó otra década y las ciudades y el campo no escucharon más voces infantiles. Los ancianos murieron. La población empezó a decrecer. Los Elegidos se alarmaron grandemente: “¿A quién van a gobernar nuestros hijos y quién los va a servir si la gente ya no procrea?”, se preguntaron uno al otro. Nunca se les ocurrió la respuesta obvia. Algunos pensaron que podía haber sido la envoltura vidriada de las ciudades, que había impedido que el sol llegara hasta la gente. Algunos médicos declararon que las ciudades prisioneras, protegidas del sol, perdían rayos que eran fuente de vida, lo cual pudo haber sido la fuente de la esterilidad de los órganos reproductivos.

Algunos sugirieron que se levantaran los domos de vidrio durante algunas horas al día, para que los rayos misteriosos llegaran a los cuerpos de la gente. Pero se hizo una objeción muy seria. Si la gente sentía el aire de fuera y la libertad, ¿quién podía decir que no se rebelaría? La libertad, aunque sea poca, es peligrosa, como han descubierto ciertas naciones de Terra, y como han descubierto también miles de otros planetas.

Algunos de los Elegidos exhortaron a la gente de Lencia para que procreara, “por el bien de nuestra vida y de nuestra existencia”. Los ciudadanos escucharon confundidos, pues ni ellos mismos sabían por qué se acercaban al lecho matrimonial tan faltos de ánimo, y por qué ninguna relación daba como resultado un hijo. Entonces se virtieron en las aguas de las ciudades algunas sustancias químicas que se decía estimularían la capacidad de reproducción de las personas. También se instilaron las sustancias en cuestión en los alimentos que llegaban a las ciudades, pero la gente seguía sin procrear. En hordas fue llevada ante los médicos para ser examinada, pero todos se veían moderadamente saludables, aunque bastante más bajas de estatura que los Elegidos, y muy dóciles y humildes. Los médicos observaron que sus voces eran lerdas y pesadas, sus ojos no denotaban comprensión, y sus cuerpos estaban flácidos por tanto trabajo. Se prescribieron medicamentos y el gobierno emitió advertencias de que se consideraría un gran crimen si la gente no obedecía. Pero los niños no nacían, sino sólo de los Elegidos. Se disminuyeron las horas de trabajo y se mejoró la alimentación; los intoxicantes que se habían negado a la gente durante tres siglos se les dieron; se fabricaron drogas en cantidades masivas. La gente no procreaba. En los deprimentes hormigueros en donde ésta vivía ya no se oían voces de niños, y los adultos olvidaron que alguna vez hubiera habido infantes. Todos envejecieron. Desde antes de nacer se había decidido que no vivieran

más de cincuenta órbitas alrededor del sol, aunque los Elegidos vivían cien. Había millones de funerales, pero ni un solo nacimiento, excepto entre los Elegidos.

Los gobernantes se reunieron para discutir tan alarmante situación, y tú te encontrabas entre ellos riendo en silencio. Se sugirió incluso que los hombres de la clase elegida fecundaran por la fuerza a las hembras del pueblo para que les criaran esclavos, por la seguridad de sus majestuosos hijos. Las fábricas y el campo mostraban ya los efectos de la población que disminuía ¿Quién serviría, alimentaría, mimaría y atendería a los hijos de los Elegidos en las generaciones futuras? Muchos de ellos estuvieron de acuerdo en secuestrar a las hembras más jóvenes de la población con el fin de procrear, pero se levantó un grito: “¡No debemos corromper y degradar nuestra sangre imperial!” Hubo incertidumbre. Sin embargo, tenía que hacerse, y sin duda tú te divertiste con la presteza con que los Elegidos anduvieron por las ciudades y el campos para elegir a las hembras con quienes se acostarían. Las mujeres no se resistieron, ni los hombres. No tenía caso. Pero las mujeres no procrearon.

La libertad no es divisible. Por fin, las mujeres de los Elegidos también dejaron de procrear, y en sus cuerpos y sus corazones se introdujo la desazón. Se recurrió a medidas desesperadas sin ningún resultado. Fue un reto para los físicos y los científicos, hasta la desesperación. Y la población decayó pausada e implacablemente.

Ahora todos son viejos y decadentes en Lencia, y el lugar es un desierto. Desde hace mucho se retiraron los domos de las ciudades, pero el floreciente sol no tiene ningún poder para estimular el proceso de vida. La gente ya no respondió a su repentina libertad. En verdad, se quejaron molestos porque las lluvias los mojaban, el sol los quemaba, los vientos les daban frío y los relámpagos los asustaban. Imploraron a sus Maestros que los protegieran de nuevo. Al final, los Elegidos aprendieron demasiado tarde que la libertad por sí

misma es fuente de vida y que los hombres no se meten con los corazones, almas y cuerpos de otros hombres sin los resultados inevitables y letales, y que al “proteger” a la gente de las fuerzas de la naturaleza las condenan a la muerte. **(ojo)** Para que florezcan las almas de los hombres debe haber adversidad, lucha, ansiedad, incertidumbre y esperanza. El temor a un futuro peligroso deberá motivar constantemente a los hombres no sólo a sobrevivir, sino a vivir, reproducirse y construir. Si el temor se retira, entonces se retira, entonces se retira la vida. Como tú lo has señalado, Lucifer, la seguridad contra la tormenta y la adversidad es una invitación a extinguirse. ¿Cuándo aprenderán los gobernantes de los planetas esta terrible verdad por sí mismos, antes de que haya pasado el tiempo de corregir?

¿Cuándo aprenderá esto tu más odiado planeta, Terra? Cuando los hombres son tratados como niños, y se les niega la competencia y la búsqueda, y se les sobreprotege, mueren. Es la ley de la vida.

Las treinta y nueve hermanas de Lencia han estudiado este fenómeno desde lejos, y se han jurado una a la otra que entre ellas nunca se restringirá la libertad. Observan la muerte de su planeta hermano y, suspirando, esperan el día en que desaparezca la vida, excepto la animal, y en que tomarán para ellas el planeta y recordarán la lección que han aprendido.

¿Lo harán? ¿Convertirán en un infierno su planeta como lo han hecho multitudes antes que ellas?

Ay por Lencia. Si su muerte fuera una advertencia para todos los demás, entonces no habrá muerto en vano. Pero los hombres, según has observado muy ciertamente antes, rara vez aprenden de la experiencia y de la historia.

Regocíjate, si así lo deseas, por el fin de Lencia la Hermosa. Pero yo dudo de que te regocijes.

Tu hermano, **MIGUEL**

SALUDOS

a mi hermano Miguel, quien él mismo, ay, ¡no aprende nunca de la historia de los hombres!

Estoy afligido, no por la muerte de Lencia la Hermosa, sino por tu pesar. ¡sin duda tienes un corazón muy tierno para las despreciables razas! Yo me regocijo, no me aflijo, de que otra vez he probado que tengo razón y Nuestro Padre está equivocado. Hay mil caminos hacia la muerte y solamente uno para la vida, pero los hombres buscan infatigablemente los caminos de la destrucción. Si no estuvieran tan inclinados por su misma naturaleza, no me escucharían a mí. Lencia ha muerto, no por la guerra, como han muerto tantos otros planetas, sino a través de los obstaculizantes caminos de lo que ella llamo paz y seguridad. Yo, de nuevo, sólo sugerí, pero los hombres de Lencia habrían podido rechazarme.

Estoy profundamente interesado en lo que he percibido sobre el Cielo, donde parece que últimamente hay frenéticas idas y venidas, y no todas las caras se ven contentas. ¿Qué es lo que presagia? Yo recuerdo Su profecía, y por lo tanto estoy alerta a cualquier movimiento en el Cielo.

¿Será posible que el Cristo se vaya a degradar a Sí mismo otra vez ante el hombre de Terra? Yo lucharé contra esa posibilidad con todos mis poderes. Custodiaré a Su Majestad. Ya he iniciado el proceso. Hasta hoy, naciones enteras, por primera vez en la historia de Terra, declaran: “¡Dios está muerto!” Esta fue alguna vez sólo la provincia de unos cuantos hombres cínicos e

ilustrados, quienes apenas se atrevían a hablar por temor a los supersticiosos y a los creyentes. ¿No murió Sócrates por algo similar, aunque muy leve? Él habló de “Dios” y no de dioses, y por ello fue ejecutado. Los ignorantes lo consideraron un gran criminal. Era sin embargo un hombre fiel a su noble idea. Pero los hombres de Terra, por millones incontables, no son ni sabios ni fieles. Ellos proclaman con sus caras redondas y desafiantes: “¡Él no existe!” o “¡Nuestra antigua concepción de Dios estaba equivocada y debemos buscar una Nueva Definición!”, e incluso anuncian que Dios parece haberse desaparecido de los asuntos de los hombres; por lo tanto, Él ya no es poderoso, si es que alguna vez lo fue. (Esa es sugerencia mía, como tú sabes.)

Es como si las hormigas, que nunca habían visto al hombre sino que sólo habían oído rumores sobre él, declararan que puesto que ellas no lo han visto, no es posible que viva. Otras hormigas habían percibido la estatura del hombre y habían escuchado el trueno de su paso (así lo dijeron), pero como tampoco estas hormigas habían visto ni oído, el mito no era válido.

Para mí, una hormiga honesta y trabajadora vale lo que un mundo entero de hombres, porque la hormiga labora sin cesar de acuerdo con su buen instinto, nunca holgazanea, no se entrega al vicio o la depravación, y es fiel a su sólida naturaleza. Si una hormiga dijera: “No existe el hombre”, yo me sentiría inclinado a creerle, porque las hormigas son sensibles, nunca mienten, y su opinión sería valiosa. Hasta hay ocasiones en las que yo mismo me permito soñar que no existen los hombres.

Mi enojo es tu satisfacción, pero como somos hermanos, te voy a confesar que no estoy teniendo completo éxito en mi campaña para que toda Terra declare que “Dios está muerto”. (¡Pero lo tendré!) Fue decisión de Nuestro Padre que los hombres tuvieran libre albedrío; eso aseguraba por tanto que Él no iba a interferir.

Pero para resentimiento mío, tan pronto como hice que millones gritaran: “¡Dios está muerto!”, millones de los tibios se interesaron y empezaron a examinar sus conciencias y a preguntarse a sí mismos: “¿Está muerto en realidad?” Hasta aquellos que jamás habían creído en Él se sobresaltaron con el estruendoso grito de negación, y examinaron sus corazones. En toda Terra, por primera vez en su detestable historia, los hombres ahora no sólo niegan a Dios, sino que Lo están redescubriendo o encontrando cuando nunca siquiera lo habían buscado, y no debieron haber empezado nunca la búsqueda si no hubiera sido por mis propios condenados. ¿Considera Nuestro Padre que esto es mantener Su palabra de que Él nunca interferiría abiertamente con el albedrío del hombre? Nosotros siempre nos hemos tratado uno al otro con cortesía y franqueza. Encuentro ofensiva y sorpresiva su actual e insidiosa intervención. Me pregunto a mí mismo con exasperación y furia: ¿por qué continúa Él manifestando Su interés y Su amor por estas repugnantes criaturas cuando les ha permitido a planetas más grandes y más espléndidos desear su ya cumplida muerte? Esta se ha convertido en una guerra injusta entre dos guerreros corteses. Yo no me he desviado de mi curso, pero parece que Nuestro Padre sí lo ha hecho, y esto es incomprensible. Preséntale mi queja, Miguel, porque es justo.

No va a tener éxito, aunque ya haya invadido los corazones de millones que nunca lo conocieron antes y nunca les importó si Él existía o no. Tú dirás que este resultado extraordinario es mi propio quehacer y no el de Nuestro Padre, pero eso no es correcto. Yo siento muy agudamente su presencia y la Sombra de Su Espíritu en Terra.

Por eso, aunque tú jures no tener conocimiento de lo que está conformándose en el Cielo, yo recuerdo las profecías de Su Hijo y de los profetas, relacionadas con

los últimos Días, cuando el Cristo venga de nuevo a Terra y “se hagan nuevas todas las cosas”. Y recuerdo también que en esos días se presentará la gran calamidad que yo estoy proyectando, que destruirá cientos de millones de hombres y a su planeta junto con ellos.

Yo mantengo mi palabra, aunque parece que Nuestro Padre no lo hace. Basta. Insistiré en mi promesa de hacer de Terra una masa de cenizas y fragmentos entre Venus y Marte, como hice fragmentos de Justia entre Marte y Júpiter. ¡Qué día tan glorioso fue ése, cuando los hombres de Justia hicieron explotar su planeta! ¡Qué fogata se encendió en el sistema solar! Fue tan intensa, que se quemaron los bosques de Marte, y los océanos y los ríos hirvieron y se convirtieron en vapor -aunque el hombre todavía no lo había habitado-. Terra, inhabitada, tembló en su órbita, en medio de sus nubes y hielo, y dejó una cicatriz escarlata en Júpiter, y Venus, entonces poblada de hombres, miró hacia los cielos y dijo para sí: “¡Qué visión tan maravillosa y aterradora!”

En menos de cien siglos tuve éxito con Justia, cuya gente era casi tan estúpida y pasiva como la de Terra. Tendré éxito con Terra también. No estoy satisfecho con el arma imperfecta, si es que mortal, que les he dado a sus hombres, y que a pesar de mis esfuerzos está siendo conocida. Mis científicos están inventando otra arma con mayor poder de destrucción. Si Nuestro Padre continúa interfiriendo, aun cuando una vez prometió no hacerlo, y deja al hombre hacer uso de su libre albedrío, entonces yo apresuraré mis planes de manera que Él sólo vea fragmentos encendidos y ningún mundo, y no habrá hombre vivo que anuncie al Cristo, si es que Él todavía tiene intenciones de visitar esa tierra.

Bueno, pasaré a asuntos más ligeros. Ambos conocimos a un hombre de Terra a quien nunca en su vida le preocupó si existía o no Nuestro Padre, y jamás se

interesó en dilucidar esa cuestión. Yo lo consideré mío. Él no había perdido la Fe; sólo que no tenía Fe. Inexplicablemente, a pesar de mis esfuerzos era también un buen hombre, justo, gentil y honorable en todos sus tratos, piadoso, bueno y tranquilo. Por razones que nunca pude entender, Nuestro Padre no le confirió la Gracia de la Fe, así que yo contaba con esa alma. Pero cuando murió voló directamente al Cielo, y Nuestro Padre exclamó: “¡Bienvenido, hijo mío!” No, no entiendo.

Pensé divertirme relatándote un episodio que me resultó muy gratificante.

En Terra hubo un joven dueño de una belleza diabólica, pero más que eso, era un físico y astrónomo de poderes formidables, muy estimado en esa sección que los hombres llaman los Estados Unidos de América. (¡Cómo les gusta a los hombres dividir sus planetas en secciones y darles apelativos curiosos!) Las mujeres lo adoraban, aunque él no las adoraba a ellas. Orgulloso de su enorme intelecto, colmado de honores por su gobierno, hombre de muchos lenguajes y muchos conocimientos, también era ciego y descartaba lo que él no creía que pudiera existir. En suma, a pesar de su inteligencia, era tan estúpido como sus congéneres.

Infortunio eterno para él, tuvo un accidente, y a su tiempo se le condujo a mi tenebroso palacio en la sección más lóbrega de mis infiernos. A mí esos hombres me fascinan, y me provocan infernalmente, y por lo tanto dispuse que yo en persona lo recibiría. Me senté sobre mi trono de perla y ébano, y fue conducido ante mí a través de las largas, siniestras y silentes filas de mis demoníacos cortesanos. Al pie del trono se detuvo y se me quedó viendo con incredulidad.

-Estoy soñando- dijo al fin, y luego miró sus manos heridas y tocó su cara ensangrentada.

-De hecho -dije con toda cortesía-, un sueño que no termina nunca.

Entonces se volteó y vio la doble fila de mis cortesanos: ellos lo miraron con gravedad bajo la sombra negra y escarlata de sus alas sobre el cielo abovedado de mi habitación imperial y sobre las paredes negras pulidas y sobre el brillante piso negro de mármol. Vio el resplandor blanco de sus caras diamantinas, el odio congelado en sus ojos alucinados. Se estremeció y me miró.

-Esto no existe -dijo-; estoy soñando. Pronto voy a despertar.

Yo le contesté:

-Ya nunca más despertarás, Hombre; nunca más dormirás, pues has llegado a tu morada eterna. ¿Me conoces, Miguel Edgor?

Tu voz me es familiar -dijo y sonrió con esa urbanidad que sólo conocen los hombres de esta clase-; pronto me acordaré. Eres muy impresionante, debo admitirlo, y muy hermoso. No eres lo que yo había esperado.

-¿Entonces me esperabas?

El dudó.

-No, no te esperaba. Ciertamente estoy soñando. Tú no existes; nunca exististe, como nunca existió Dios. Yo le sonreí, y escuchó a lo lejos un estrépito repentino y fuerte, un clamor que lo hizo saltar. Yo esperé a que hubiera menguado.

-Si yo existiera, y no existo de acuerdo a ti, Hombre, ¿qué nombre me darías?

Él dudó de nuevo, y sonrió haciendo un gesto:

-Oí hablar de ti en mi niñez, a mi dulce madre y a mi pastor. Eso fue hace muchos años.

Yo me empezaba a impacientar.

-¡Mi nombre, Hombre!

Se sintió apenado.

-¿Lucifer? ¿Satanás? ¡Vaya, esto es absurdo! Estoy hablando con un sueño.

-Este es tu sueño. Miguel Edgor, no el mío. Estás sangrando, ¿verdad? Esa es tu única memoria del accidente que te mató en una vía pública, aunque, dicha

la verdad, no deberías sangrar porque las almas no sangran. Te ves asombrado. Pensaste que tú no poseías un alma, ¿o no? Tristemente para ti, la tienes, y de hecho es tu alma la que se para ante mí ahora. Mira tus manos de nuevo.

Durante un largo momento no pudo retirar sus grandes ojos oscuros de mí; luego miró sus manos y se asombró. Sintió sus propios dedos y dijo de nuevo:

-Esto es absurdo. Siento mi carne, mi carne tangible, sin embargo tú aseguras que soy un alma.

-Sientes tu carne espiritual, y me vas a comprender cuando te diga que es de una longitud de onda eléctrica diferente y más tenue que tu cuerpo anterior, del cual fuiste lanzado por la fuerza hace una hora, en tu tiempo. De aquí en adelante te dirigirás a mí como Majestad. Dime, Hombre, ¿recuerdas tu muerte?

-Estoy soñando -dijo, para mi aburrimiento-; sí, recuerdo que iba de prisa. Estaba cruzando la Avenida Massachusetts en Washington, y tenía varios asuntos en la cabeza; y luego sucedió. Me vi a mí mismo volando por los aires.

-¿Y luego?

Otra vez sonreía, divertido y distante.

-Oscuridad, Majestad -respondió y burlándose dobló su rodilla en parodia de una genuflexión-; entonces, de repente, vi que tenía compañía, extraña y silenciosa, y estaba tumbado sobre la calle, sin moverme y sangrando. Por supuesto era sólo un sueño. La calle, los edificios blancos al sol, el tráfico, parecían borrados y distorsionados como si hubiera niebla; pero la compañía que me rodeaba (parecida a estos que ahora veo aquí, pero más pequeños) podía verse con gran claridad. Ellos me levantaron aunque yo todavía estaba estremeciéndome -hizo una pausa-. Vi mi cuerpo sobre la calle, vi sombras que se reunían a mi alrededor, y fui levantado contra mi voluntad. Fui traído aquí, Majestad -de nuevo hizo una genuflexión.

-¿Y crees que estás soñando?

Se sintió ofendido.

-¡Por supuesto que estoy soñando! Estoy o en mi cama o en un hospital. En Washington. ¿Me habrán drogado y por eso tengo esta pesadilla? Me debo haber lesionado muy seriamente.

-Tu cuerpo murió. Fue aplastado, y tu muerte fue instantánea. Tu carne destrozada yace en la morgue de un hospital, esperando la llegada del único pariente que te queda, un hermano que te desprecia por lo que fuiste y eres. Tu cuerpo será cremado, tus cenizas serán enterradas entre extraños; pero tú, tú mismo te quedarás conmigo para siempre. Te prometo muchos deleites, como esos delicados que tú prefieres, y un placer eterno, o un dolor eterno, si eso deseas. Disfrutaste el placer de las flagelaciones a manos de hombres jóvenes como tú. ¿no es así? Mis demonios van a gratificar ese placer a través de todos los eones sin fin. También disfrutaste ciertos platillos y vinos. Son tuyos por toda la eternidad. Te gustó la conversación intelectual, y la compañía de los científicos. Eso también es tuyo. Te agradará encontrar científicos de otros miles de mundos, con tu misma forma de pensar pero mucho más inteligentes y evolucionados. No estarás limitado por la carne, el tiempo o el espacio, ni por ningún otro impedimento. ¿Lo estás disfrutando?

-Estoy soñando, Majestad -rió un poco-. No hay otros mundos aparte del mío. Lo he dicho repetidamente. La tierra es el único planeta habitado entre la lluvia de soles y el flujo de telarañas de universos. Yo he escrito libros sobre el tema, para confusión y decepción de los sentimentales a quienes les gustaría creer en un Dios omnipotente, que no existe, un Dios de poder y gloria e interminables mundos y galaxias. Yo admito las galaxias, pero nunca los mundos. Las probabilidades en su contra...

-Son infinitas. Yo lo sé, Hombre. Yo puse en tu boca esas palabras. Les doy siempre a los hombres las palabras con las cuales expresar su estupidez, su arrogancia, sus pasiones y sus deseos. Son bastante elocuentes, como fuiste elocuente tú. ¿Qué fue eso dentro de ti que insistía en que tu miserable pequeña migaja de polvo y lodo era el único mundo habitado por tu raza?

Él pensó. Estaba sumamente divertido.

-Nosotros somos un accidente que no podría repetirse a menos que existiese exactamente las mismas condiciones materiales, y tal probabilidad...

-Está más allá de la razón. Yo mismo no soy muy inteligente, por eso puedo entender tu argumento. Sin embargo, no has contestado mi pregunta.

Por primera vez pareció estar intranquilo. Miró de nuevo a mis silente filas de cortesanos, y pasó sobre él un pequeño estremecimiento. Pero es un hombre al que no le falta valor y dijo:

-A mí me ofendía intelectualmente pensar que hubiera más como yo en otros mundos. Soy único y estoy solo. No soy duplicado, ni existen duplicados de mí.

-En suma, eres orgulloso. Oh sí. Compartimos juntos esa gran cualidad. Déjala a un lado. ¿Qué escuchaste sobre mí, Hombre, en tu infeliz tierra, cuando eras un niño?

De nuevo estaba apenado, pero trató de reír.

-Yo escuché el mito de que tú fuiste una vez el más grande arcángel de todos ellos, con poderes y dominios, y que tú...

-¿Sí?

El tosió.

-Me siento ridículo. Que tú... caíste. La razón no está muy clara.

Yo dije:

-Caí por la razón de que cuestioné su existencia. Yo tenía razón. Él estaba equivocado.

Se sintió confundido.

-¿Quién es “él”?

-El Dios que has negado toda tu vida, a causa de tu sofisticación infantil y de tu intelecto de idiota.

Por primera vez se vio en él una señal del horror de la incredulidad. Yo no lo había horrorizado, pero el pensar en la existencia de Dios lo distrajo. A mí me podía aceptar, su sueño o no; pero no podía aceptar a Dios. como tú sabes, Miguel, ése es el infierno más grande para mis condenados: la comprensión final de que Nuestro Padre existe.

El tartamudeó:

-¡Ahora sé con certeza que estoy soñando, en la cama de mi departamento o en un hospital! Porque no hay Dios.

De nuevo llegó hasta nosotros el airado clamor; él escuchó y se acobardó, porque eran las voces torturadas y tronantes de mis demonios, los que habían caído conmigo. Hasta él no lo podía soportar, porque es el sonido más espantoso de todo el infierno. Puso sus manos sobre sus oídos hasta que hubo aminorado.

Luego dijo:

-¿Por qué aúllan así, tan sombríamente?

-Porque tú niegas lo que ellos saben que es verdad, y que les causa agonía recordar. No provoques a mis demonios indebidamente, porque pueden ser muy crueles.

Pero él estaba reflexionando y encogiéndose.

-Yo recuerdo... en mi sueño, antes de que estas imágenes de ensueño se apoderaran de mí, mi instinto me decía que me levantara y volara hacia arriba...

-Ciertamente. Era el instinto de tu alma volar a las Manos de Él, Quien te creó. Es el instinto más profundo del alma. Pero tú has perdido ese santo derecho, que te fue dado en el momento de concebirte. Eres sólo un hombre y te compadezco. Si yo te hubiera creado hubiera tenido más compasión, y te habría dado la total extensión en tu muerte carnal, el sueño y la oscuridad

eternas. Por lo tanto, tienes derecho de maldecir a Dios, por hacer inmortal tu alma. Hazlo, si quieres.

-¿Maldecir a Dios?

-Si así lo deseas. No serás el primero, ni el último, en la carne o en el espíritu.

-Pero Él no... -se detuvo, por temor al terrible clamor.

-Todavía es tu privilegio negarlo. Te va a sorprender reunirse con las multitudes que aún lo niegan, pero que ya no me niegan a mí.

Me levanté y mis cortesanos se inclinaron ante mí, y el hombre retrocedió sin retirar sus ojos de mí.

-Ven -le dije-; camina delante de mí y verás.

-Tengo miedo -dijo en voz baja-; por primera vez en mi vida siento temor. Sólo es un sueño, pero estoy aterrorizado. En el nombre de Dios, ¡déjame despertar!

-Él ya no te puede ayudar -dije-; no uses Su Nombre aquí, si hay alguna piedad en ti, lo cual dudo. Tú no tuviste piedad para tu mundo; sería extraño que la experimentes aquí.

La idea de que cualquiera de mis almas sienta piedad o compasión es mi propio temor secreto. Por que son emociones divinas, y no pueden ser contempladas aquí. Mi temor obsesivo es que ellos pudieran hacer un sendero, pero eso es imposible.

Él no se movió y sus ojos se habían vuelto salvajes.

-Si tú existes, lo que no es probable por supuesto, entonces Él...

-No viene al caso -dije, como lo he dicho millones de veces antes-. Olvidemonos de Él. Tienes mucho que ver, y muchas maravillas que descubrir en mis dominios, en los cuales morarás por siempre.

Sentí placer al conducirlo personalmente por mis infiernos. Él parpadeó ante luz fuerte y caliente de mi hermosa ciudad, y escuchó la música y las voces de multitudes incalculables. Dijo una vez:

-Ellos no ríen.

-La única risa en el cielo es la mía y de mis demonios
-dije.

-Sin embargo, aquí hay todos los deleites, y (por supuesto todavía estoy soñando) juventud eterna.

-Todo es delicia. Juventud inmortal. Las almas no cambian, ni envejecen ni sufren enfermedad, ni tienen necesidades corpóreas. Observarás que aunque la luz irradia aquí con mucha mayor brillantez de lo que irradió alguna vez en tu tierra, no hay sol, y tú no haces sombra. Yo soy el único en el infierno que tiene sombra. Observa.

Él vio mi sombra negra sobre el mármol nevado de mis calles, y eso pareció asustarlo más que ninguna otra cosa, pero no sé por qué. Levantó sus ojos a lo que creía que era el cielo, pero sólo vio una blancura protectora.

-No hay noche, en el Cielo ni en el infierno -dije-; en el Cielo hay oportunidades de bendito descanso y de retiros quietos y verdes, contemplaciones y tranquila bienaventuranza. Pero en el infierno no hay nada de eso. Tú fuiste siempre una criatura incansable, desde el nacimiento, rebosante de deseos, pensamientos, planes, ecuaciones y fórmulas, y yo te hice mío desde la cuna. Nunca estabas en paz, ni en tu corazón ni en tu mente; como yo, corrías de aquí para allá sin cesar. Este es el ambiente propicio para ti, porque aquí no hay descanso sino sólo procacidades.

Lo vas a disfrutar.

Pensó que todavía estaba soñando, y se paró en el centro de mi ciudad estudiando el cielo.

-No hay sol, sin embargo hay más claridad que al mediodía
-dijo.

-Es una luz que no falla nunca. Es la luz de mi espíritu -le contesté-. ¿No lo sientes? Chamusca, pero no calienta. Ilumina, pero no alumbra. No te podrás liberar de ella nunca, a menos que elijas mis reinos más oscuros que construyeron los hombres a partir de la oscuridad de sus almas.

Al caminar a través de la ciudad mis multitudes se inclinaban ante mí y mis heraldos anunciaban mi paso con trompetas. El alma recién llegada miraba asombrada, pero parpadeaba y observaba en el mayor silencio. Mis condenados pensaron que debía ser algún príncipe, porque es raro que yo camine junto a un alma. Se le quedaban viendo, interrogando con sus ojos carentes de vida.

-Se ven iguales; es difícil discernir ningún rasgo particular -dijo Miguel Edgor.

-Tú también tienes sus rostros -le dije-. el mal tiene un solo modelo.

-No sé lo que quieres decir con mal -protestó, abstrayéndose de las multitudes-. No hay ni bien ni mal. Son términos relativos y subjetivos apropiados solamente a la ocasión inmediata, a la necesidad o a la intención.

-¿Qué consideras tú que es el mal?- le pregunté.

Pensó. Por fin dijo:

-La ignorancia.

-Pero tú fuiste el más ignorante de todos, Hombre. Negaste lo que era manifiesto. Viste las complejidades gloriosas de la naturaleza, las leyes inmutables, y negaste al Regulador, al Diseñador. Pudiste haber estado ciego, para todo lo que en verdad viste de las estrellas. Pudiste haber sido sordo, por todo lo que en realidad oíste de la armonía eterna de la creación. El niño más pequeño en brazos de su madre sabe más sobre la vida que lo que supiste tú alguna vez.

-No he hecho nada con malicia intencional -dijo, deteniéndose ante un amplio mercado de tesoros innumerables, pero sin verlos en realidad.

-Cierto. Eras demasiado aburrido para ser malo. Pero tu misma existencia era maliciosa, porque fue un veneno de duda, desesperación y cinismo. Convertiste el calor de los corazones humanos en frío, y eso fue tu intención. Despreciaste a todos los que viste, y te consideraste a ti mismo más grande que ninguno en dotes.

Intelectuales, y a eso condescendiste. En tus palabras había siempre una sutil brutalidad. ¿Amaste alguna vez? No. El alma que no ama nunca, ni siquiera una vez, está predestinada. Pero tampoco inspiraste nunca amor. Es imposible amar a un egoísta.

Él protestó:

-Yo siempre me maravillé con los prodigios de la naturaleza, lo cuales pensé que podrían ser, y que eventualmente serían, comprendidos en su totalidad. Creí en la omnisciencia futura del hombre, y reverencí su creciente intelecto y su eventual ascenso suprahombre. Yo trabajé con ese fin; yo creí en la raza humana. ¿Ése es el mal?

-Ya lo veras- le prometí.

-Yo creí en un paraíso secular, que puede ser logrado.

-Ya lo verás -repetí.

Todavía protestó:

-Estás equivocado, Majestad, yo sí amé; amé a la humanidad.

-Pero nunca al hombre. El amor por una abstracción no es amor. Sólo es ausencia de emoción humana. El amor es personal, no universal, excepto por Uno. Ven.

Levanté mi mano y de inmediato nos encontrábamos en una ciudad dentro de la ciudad -mi punto favorito, donde viven, trabajan y moran todos los que alguna vez en sus mundos fueron famosos en las artes, en las ciencias y en las filosofías-. Mi cautivo vio con asombro las torres blancas y brillantes, las calles encerradas y las columnatas que se asemejan a aquellas de la antigua Atenas, los tranquilos grupos de árboles a cuya sombra conversar, las oscuras arboledas en donde pasear, los lechos inodoros de flores mortales, el tranquilo río Lethe, donde no se mueve ninguna vida, pero que brilla como plata de plomo en la luz sin día; vio a los hombres y a las mujeres caminando en el pasto y conversando con voces monótonas, meticulosamente

dobladas sus blancas túnicas, sus caras quietas como las piedras, y dijo:

-Entiendo. Aquí uno puede buscar el conocimiento sin necesidad de tratar de penetrar las mentes vacías, y sin el tedio de encontrarse con las resistencia obstinada. Este es el sueño de todos los hombres como yo.

-Es tu sueño -dije.

Los grupos errantes me vieron y en sus ojos brilló verdadera emoción y sus caras sin expresión se inundaron de desesperación; se inclinaron ante mí, pero no se me acercaron.

-¿Por qué ellos no son felices? - Pregunto Miguel Edgor.

-Ya lo verás. -le dije, y lo conduje hasta una vasta pared de mármol llena de exquisitas estatuas blancas lanzando destellos en la luz, y formando un bosque de quietud, cada una más hermosa que la anterior, perfectamente ejecutadas. Ni siquiera Fidias o Praxiteles crearon nunca algo así. No se oía más sonido que el de multitud de escultores. Miguel Edgor miró este mar de estatuas con temor, y al ver su perfección y su maravilloso acabado exclamó:

-¡Qué genio! ¡Las podría contemplar para siempre!

-Lo harás -le dije. Levanté mi mano y de inmediato cesó el ruido de la faena, y los escultores vinieron hacia mí obedientemente, inclinando sus cabezas con resignación, las manos colgando a sus costados.

Miguel Edgor le dijo al más cercano:

-He visto cosas hermosas en el mundo, ¡pero ninguna era tan hermosa como esto! ¡Qué magníficos artistas son ustedes!

El escultor lo miró con desdén, y otro dijo con disgusto:

-Sólo podemos crear cosas perfectas. No podemos cometer ningún error que añada distinción.

Miguel Edgor dijo confundido:

-¡Pero eso es un verdadero cielo!

-No -dijo el escultor-; es un verdadero infierno. Donde cada cosa es una obra maestra, nada es una obra maestra, Hombre de Terra.

Miguel Edgor no comprendió aún. Miró largamente la belleza de piedra inmaculada, y movió con suavidad su cabeza. Luego dijo:

-Me has llamado “Hombre de Terra”. Supongo que te refieres a nuestra tierra.

El escultor río con burla:

- ¡Tu tierra! Jamás oí de ella hasta que vine a esta región condenada. Yo vengo de un planeta que está muy lejos de tu galaxia, al que llamas Vía Láctea, que es sólo un pequeño manojito impenetrable y sin importancia en tus cielos nocturnos. Mi planeta, según he aprendido, es mayor que tu mortecino sol amarillo, y de una belleza incomparable. Allá yo fui un escultor famoso.

Miguel Edgor se quedó estupefacto, y luego dijo:

-Estás bromeando. no existen otros mundos aparte del nuestro. Hablas como nuestros pseudocientíficos, los escritores de ciencia ficción.

Los demás elevaron un lamento ronco y grotesco, excepto dos que también habían llegado de Terra y se veían avergonzados del recién llegado, escondiendo sus caras como si se disculparan con sus compañeros.

-Ya aprenderás -dijo el escultor. De nuevo se inclinaron ante mí como un viento blanco, murmuraron “Majestad”, y dejaron a nuestro tonto erudito, quien los contempló alejarse con la boca abierta y tembloroso. Pretendió estar interesado en las estatuas cercanas, pero luego su cara se alargó:

-Es un precioso sueño -murmuró. El ruido de los cinceles y martillos se reanudó como una burla.

Entramos en mis galerías pictóricas, donde trabajaban mis pintores, y las paredes están cubiertas con tesoros

resplandecientes en marcos de oro y plata, y los artistas manejan sus pinceles y sus colores en absoluto silencio, sin hablarse uno al otro ni enterarse uno del otro. Miguel Edgor estaba encantado.

-¡Ni siquiera Rafael o Miguel Angel o Da Vinci o Rembrandt pintaron así alguna vez! -chillo-. ¡Qué colores eternos, qué panoramas eternos!

-En verdad son eternos -dije-; aquí tampoco se puede cometer ningún error. Cada pintura es perfecta, y no se puede distinguir el trabajo de ningún hombre del de otro ni en estilo ni en forma ni en composición ni en profundidad del color. Ningún hombre puede decir que ésa es “su” creación y es “única”. Todas son como una. ningún hombre puede superar a otro. ¿No es ésta una maravillosa democracia, la que tú defendiste tan ardientemente en Terra?

Pero él estaba estudiando la pintura como si no me hubiera escuchado. Se paró tras el hombro de muchos artistas y observó en silencio. No había ni un solo titubeo en el golpe del pincel, ninguna duda. Todos trabajaban con una fiebre desesperada.

-¿Desea hablar con ellos? -pregunté.

Miró sus caras absortas y angustiadas, sus esfuerzos por cometer errores o pintar trazos diferentes. Vio cómo la pintura se corregía a sí misma con perfección, como si tuviera vida propia, o como si el deseo terrenal de perfección del mismo artista le impidiera crear algo superior y diferente. Movié la cabeza:

-No deseo hablar con ellos -dijo.

Enseguida lo conduje a una de mis amplias salas de concierto, donde los músicos estaban componiendo y dirigiendo sus propias orquestas.

-¡Escucho ejecuciones sin paralelo! -dijo mi cautivo-. Beethoven era un novato en comparación.

-Cierto -dije-; no escucharás ni una sola nota incierta, ni una nota equivocada. Estos también pueden crear únicamente perfección. Todo es frase musical

pura, armonía pura. Escucha. Aunque se están tocando muchas sinfonías y conciertos, se unen en uno solo, sin desorganización ni antagonismo. Ningún hombre puede distinguir su propio trabajo del de los otros. Es como si ellos tocaran una misma composición. Tal vez tú me puedas decir por qué no les proporciona ningún placer, y por qué lucen melancólicas sus caras.

-¡No hay individualidad!- dijo, después de escuchar por unos momentos.

-¿Pero no era eso lo que tú, en tu egotismo, predicabas a tus congéneres? ¿no dijiste una y otra vez con soberbia confianza a tus hermanos científicos, que las masas odian y temen a la individualidad, así que hay que darles igualdad y seguridad? Hombre, ¿quien eras tú para juzgar, despedir y despreciar las almas de otros hombres como si ellas no fueran cuando menos igual de importantes que la tuya?

Esta vez me miró, y vi el terror reflejado en sus ojos. Al fin estaba empezando a entender, aunque aún no estaba convencido de que no era un sueño.

Lo llevé a los enormes laboratorios en los que los científicos hacían pruebas y experimentos con la ayuda de un equipo fabuloso. De nuevo despertó su interés.

-¿En qué están trabajando? -preguntó.

-Basura -dije-. Todos sus experimentos tienen éxito, porque no hay discusión ni dudas. Lo que sea que invente a partir de sus teorías, y todo lo que demuestren, carece de importancia. No conduce a nada. No existe el estímulo de la equivocación.

-¿Entonces por qué trabajan tan absortos?

-¿Qué más pueden hacer? En su vida mortal nunca se interesaron en sus congéneres como almas con emociones.

Lo llevé a mis interminables bibliotecas, cuyas paredes estaban ocupadas con los millones de libros de los condenados.

-Aquí encontrarás todas las filosofías estructuradas

por el hombre de cualquier planeta -le dije-; aquí encontrarás literatura e historia tan antiguas como el tiempo, pero también vas a descubrir que no significa nada.

-¡Yo podría pasar la eternidad asombrándome aquí! -protesto él.

-Lo harás -le prometí-. Y no serás más sabio que antes. Sólo leerás perversión, suciedad y aborrecimiento por todo lo que tiene vida, y egoísmo, blasfemia, y la ignorancia total que es el verdadero mal. Maquiavelo era un niño en comparación con las invenciones de hombres que vivieron en otros planetas. Y vas a leer poesía sin fuerza, sin la menor desarmonia; cada canto y cada frase son perfectos. Mis escritores continúan escribiendo y sus trabajos se guardan aquí. Nadie los lee ya, excepto los recién llegados como tú.

-¿Nadie lee para instruirse?

yo me reí:

-Ellos tienen la instrucción total y para siempre en el infierno -dije-; no pueden extender más sus poderes originales, que les fueron dados en el momento de su concepción. Sólo en el Cielo se expande y se reta la inteligencia. Aquí hay plenitud. ¿No era ése tu sueño?

-Todavía estoy soñando -dijo-; estoy soñando con el Cielo en el cual, por supuesto, no creo.

-Excelente -le dije-. Sin embargo, un día vas a creer, y te vas a dar cuenta de que no hay esperanza para ti. Porque, como ves, nadie gana en el infierno, y nadie pierde. Todos son iguales en los premios.

-¿Entonces no hay recompensa para la excelencia?

-No.

-Si no hay ideas incompletas, no hay competencia.

-Cierto. ¿no es delicioso eso? Déjeme instruirte un poco. Nada en el infierno llega a una conclusión, porque todo está concluido, ¿Pero no llamarías a eso en verdad el Cielo?

-¡Eso no es justo!- exclamó él.

-Sí es muy justo. ¿Por qué debería atreverse un alma a querer situarse por encima de las demás? ¿Pensaste que esto era el Cielo?

Se quedó parado muy quieto en mis bibliotecas suavemente alumbradas. Luego dijo con un titubeo bochornoso:

-Cuando yo era niño escuché que tú eras el padre de las mentiras.

-Tonterías. Pruébalo. Sólo ve verdad a tu alrededor aquí: mi verdad, la cual tú amabas en Terra, y que es rechazada por muy pocos.

Lo conduje a mis inmensos observatorios, llenos de instrumentos astronómicos y telescopios. Ahí se entusiasmó mucho contemplando a su alrededor con un placer anhelante al ver a los astrónomos con sus ojos fijos y absortos:

-Aquí se halla la verdad objetiva -dijo.

-Habla con ellos -le sugerí.

Se acercó a uno que contemplaba el espacio a través de un telescopio gigante y le dijo:

-Yo también soy astrónomo. ¿Puedes ver las estrellas desde este lugar en el que sólo hay luz y no oscuridad?

El científico volteó hacia él y le respondió:

-Sí. Nosotros podemos ver todos los universos en la eternidad, y entenderlos. Nada está oculto ni es sujeto de conjeturas.

-¿Puedes ver la mancha roja de Júpiter con claridad, y los desiertos de Marte y los anillos de Saturno y las nubes calientes de Venus?

El astrónomo se quedó perplejo y sonrió vagamente.

-¿De qué hablas? -le preguntó.

Miguel Edgor se volvió, furiosamente impaciente:

-¿Te llamas a ti mismo astrónomo? Hablo de nuestro sistema solar.

-¿Y qué sistema solar es ése?

Se sintió confundido, y al fin dijo:

-El nuestro.

-¿Y dónde queda? -pregunto el astrónomo.
-¡Tú no eres ningún científico o estás jugando conmigo!
-exclamó Edgor levantado sus manos.

El astrónomo volteó a verme enojado:

-Majestad, ¿quién es este hombre tan ignorante?

-Es un alma -dije- de un pequeño planeta alrededor de un sol insignificante en los límites lejanos de una galaxia llamada Vía Láctea, de la cual nunca has oído, porque es de menor importancia.

El astrónomo miró a Miguel Edgor con curiosidad:

-¿Entonces él tampoco es importante? Sí. ¡Qué criatura tan lamentable!

Miguel Edgor, resentido, preguntó:

-¿Estás tratando de insinuar que procedes de algún planeta habitado en algún otro universo? Eso es ridículo. No existen otros planetas como el nuestro ni hay otras razas civilizadas.

-Sé tolerante con él -le dije al astrónomo-. En verdad es un alma ignorante. No te ofendas.

-No estoy ofendido, Majestad, pero debes admitir que algunas almas quedan más allá de la tolerancia.

-Te olvidas. Nosotros toleramos todo y a todos aquí. La tolerancia es parte del clima del infierno.

Miguel Edgor había escuchado este intercambio con estupefacción. Luego dijo:

-Ustedes están tratando de denigrarme y ridiculizarme, a mí que fui uno de los más importantes y respetados astrónomos en la tierra.

El astrónomo fue gentil con él.

-No sé nada sobre tu tierra, alma, nunca la había oído mencionar y nunca la he visto con mis instrumentos. Eres un niño en conocimientos. Ven. Mira a través de este telescopio.

Yo sabía cuál era el panorama: interminables universos deshabitados, murmurando cada uno con vida propia, e incontables planetas, y soles de todos colores girando, explotando y muriendo dando vida a otros

mundos. Ajustó el instrumento y miró, y permaneció callado y rígido mientras observaba. Por fin se retiró y cedió.

-No lo creo -dijo-; no es posible.

-Eventualmente lo creerás -le dije-; pero eso no te será de ayuda. Te sentirás inclinado a venerar, pero no tendrás capacidad de veneración.

Sin embargo, ¿la tendrá? Ese es mi temor.

Empezó a llorar y sus lágrimas bañaron su cara. Los otros astrónomos lo rodearon de inmediato para beber sus lágrimas, y él se retiró de ellos con horror. Las lágrimas de aquellos que finalmente enfrentan la verdad son el elixir de mis condenados.

Yo no había terminado con él, porque como es inteligente lo voy a convertir en uno de mis asistentes para la tediosa educación de los estúpidos hombres de Terra. No hay nada que regocije tanto a los condenados como dar a conocer a los recién llegados su eterno infierno. Al dejar los observatorios y ponerse él la mano para proteger sus ojos de la luz infernal, dijo, como si estuviera meditando:

-Sí existe el mal.

-¿Pero qué es el mal? -le pregunté-. La frustración, el impulso no satisfecho, la supresión de un deseo o de un instinto. ¿No es eso lo que tú creías? Aquí no hay frustrados, no hay insatisfechos, no hay instintos reprimidos. Tú eres afortunado al lograr todo aquello que deseabas. Esto no es posible con los benditos.

-Todavía creo que estoy soñando, y que voy a despertar.

-Reflexiona. Si en verdad fueras a despertar en tu cama de Terra, ¿cuál sería tu conclusión sobre el “sueño”?

Hizo una pausa.

-Pudiera convertirme en un hombre diferente con una filosofía diferente.

Yo me reí:

-¡Qué incómodo sería eso y cuánta burla tendrías que enfrentar! Regocíjate, entonces, porque se te niegue esa suerte. Tú estás seguro conmigo.

Él me miró en forma extraña, y yo lo odié instantáneamente, porque supe qué estaba pensando. El pensamiento secreto en el infierno es muy peligroso. Yo aquí soy omnipotente, pero de todas maneras no siempre conozco los pensamientos de mis condenados, aunque Nuestro Padre conoce todos los pensamientos de sus benditos. Esa es discriminación pura contra mí, y es sumamente antidemocrática. He creado un reino completamente democrático, pero los condenados no siempre están satisfechos con su estado.

Cuando el Cristo estaba en Terra, Él les decía a aquellos que lo interpelaban en una discusión con la ley secular: "Yo no divido a los hombres." En resumen, Su Reino no esta en Terra, y Su preocupación no era con las leyes de los hombres. Pero yo sí divido a los hombres; inspiro motines, sublevaciones y rebeliones contra sus leyes y las leyes de Dios. Yo creo ser más justo. ¿Deberían ser supinos los hombres y pensar solamente en sus vidas de la eternidad? ¿Es eso compasión? Después de todo los hombres sólo se interesan en su carne y en sus apetitos, ¿y quién debería prohibírseles? ¡Yo no!

Le mostré muchas otras maravillas, pero él permanecía indiferente y pensativo. Finalmente lo traje hasta el infierno de los Niños Perversos, a los cuales los hombres, cuando se ven importunados por ellos, llamas poltergeists.

-Pero no hay niños perversos, -dijo él-. Solamente hay padres perversos, o estúpidos, o negligentes, o ignorantes, o no informados sobre la psicología infantil.

-Existe ciertamente el Infierno de los Niños Perversos -le dije, y lo conduje hasta el. Es un lugar amplio lleno de juguetes y de instrumentos demoniacos de auto tortura y para torturar a otros que son más débiles.

Es un lugar de malignidad, refinada crueldad, destrucción y otras abominaciones mucho peores, en mi opinión, que algunos de mis otros infiernos. Aquí los niños malvados juegan, proyectan y traman la consternación de otros en sus antiguos mundos. Es verdad que ellos son más brutos y violentos, ¿pero no se debe admirar eso en una atmósfera de tibieza?

El condenado vio a las multitudes de mis hijos en esa región, absortos con sus proyectos maléficos, todos gozando maliciosamente con el deseo de destruir, alarmar y confundir. Son muy activos. Tú has notado, Miguel, qué tan activos son los malvados, qué implacablemente vigorosos, qué incansables. No hay lágrimas en mi Infierno de los Niños Malvados, no hay descontento, no hay retiradas tristes. Aquí es el único lugar en donde se aplauden los inventos de alguna perversidad novedosa, y se envidia al que es más inteligente para planear algo original. Este infierno no es democrático, porque aquí se compite por la realización del terror, y se perfeccionan los métodos par alanzar objetos, para ladrar como perros, para azotar puertas en casas tranquilas, para aullar como hombres lobo, para proyectar sombras obscenas, para hacer gestos procaces. Como jamás tuvieron una filosofía como no fuera la de confundir a los adultos e infligir dolor a sus iguales, son muy simples y directos. Yo los considero lo mejor de mis habitantes. Ellos son verdaderamente humanos.

Miguel Edgor vio sus hermosos, contorsionados y joviales rostros, y retrocedió. Los pequeños demonios se agitaron alrededor de él, tirando de sus vestimentas, pisoteándole los pies, clavándole los dedos en sus ojos, dando alaridos, burlándose, saltando. Los empujó, y de nuevo lo rodearon y lo pellizcaron o lo mordieron, y sintió dolor y repugnancia hacia ellos.

-Yo sé que tú niegas el pecado -le dije, mientras se defendía en vano de sus diabluras-, pero éstos saben

todo sobre el pecado. Podríamos decir que ellos lo inventaron. Todos han sido Confirmados en sus mundos anteriores. Aquellos que aún no han sido confirmados no vienen aquí, porque Dios, perdóname, no les atribuye pecado a los que no están Confirmados. Él los considera santos, incapaces de pecar. ¿No es eso absurdo? Yo soy mucho más realista. Yo traería aquí al hombre desde su nacimiento.

Lo guí hasta las ilusiones que yo he inventado para este lugar: espejismos de animales y pájaros, para ser atormentados por los niños, y vio cómo hacían pedazos los espejismos y su deleite en la ilusión de verlos sangrando y en agonía. Se estremeció.

-Yo nunca fui uno de éstos -dijo.

-Oh sí, lo fuiste. A tu desdichada madre le ocasionaste muchas penas. En el Cielo ella rezaba por ti, pero era en vano. Tú hacías tu propia voluntad. Nunca fuiste desobediente de niño; sin embargo, hacías agonizar a tu madre con tus sonrisas ocultas por su piedad, y tus suaves burlas por sus enseñanzas. Ella trabajó contigo enseñándote los preceptos de Dios, ofreciéndote toda su devoción, porque tu padre murió antes de que tú nacieras. Tú eras todo lo que ella tenía. Sacrificó sus necesidades para que tú pudieras educarte. Creía que tú serías un buen hombre.

El titubeó:

-¿Sabe ella? ¿Ahora?

Este era un territorio peligroso. Yo no quería que él pensara en las oraciones de su madre en el Cielo. Lo desvié y se sintió feliz de ir conmigo. Yo me sentí aliviado. ¿Pueden ayudar a rescatar del Infierno a los condenados las oraciones de sus madres en el Cielo? Este pensamiento me enfurece continuamente, porque he visto a algunos de mis más estimados desaparecer. Recuerdo aquella ocasión en que Él descendió hasta aquí -¿por qué razón?- y nos vimos uno al otro y sonrió. Ha dicho que “el fuego es eterno”. ¿Y qué pasa con

aquellos que se arrepienten verdaderamente? ¿Me contestarás? Yo sé que el arrepentimiento es imposible en el infierno.

Tú no vas a contestar estas preguntas urgentes, y eso lo sé.

Tu hermano, **LUCIFER**

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, quien parece que está perdiendo su paciencia, él que nunca fue de los más paciente, ni aún en sus mejores momentos:

De hecho le he presentado tu queja de interferencia a Nuestro Padre, y Él me ha dicho: “Recuérdale a Mi hijo Lucifer las leyes eternas de Propulsión y Repulsión. Cuando él sedujo a las multitudes para que declararan con voces fuertes que Yo estoy muerto, fue Propulsión, y la Propulsión inevitablemente, por su mismo movimiento, invita a la Repulsión. Como los planetas oscilan en sus órbitas, debido a Mi ley, igualmente a una acometida sigue un retroceso. Él ha sabido esto desde un principio. Si los tibios y los indiferentes de Terra se está interrogando a sí mismos ansiosos y desconfiados recientemente, fue Mi hijo Lucifer quien causó esa reacción, aunque admito que no era ni su deseo ni su intención. Yo me alegro de que al fin los indiferentes se inquieten y observen los cielos en aguda indagación, y le doy las gracias a Mi hijo por darme la oportunidad de contestar. En la desafortunada Terra él ha creado un alboroto que yo no había visto desde hace siglos.”

Te podrás dar cuenta de que Nuestro Padre se siente complacido. Han operado de nuevo las leyes de Propulsión y Repulsión, y la pérdida de Lencia, aunque a Él le ha afligido, es más fácil de sobrellevar en vista de lo que tú has desatado inadvertidamente en Terra. Millones de hombres repiten tus palabras: “¡Dios está muerto!”, y al momento siguiente se dicen a sí mismos: “¿Lo está, de hecho?” ¡Esa sola pregunta conduce a

posibilidades infinitas y puedes estar seguro de que Nuestro Padre tomará cada ventaja de la situación que tú has creado!

Sí, es dramático que los mismos pastores de Terra griten sobre la Muerte de Dios más fuerte que sus ovejas, pero eso fue profetizado, tú recordarás, por San Pablo mismo, y lo llamó la Gran Apostasía. Los pastores llevan a sus rebaños a la oscuridad, la confusión y la desesperación, pero la oscuridad, la confusión y la desesperación de un alma también constituyen la oportunidad de Nuestro Padre. **(ojo)** Los rebaños repudiarán a sus arrogantes pastores, y los llamarán anatema, pero en verdad deberían agradecerles, pues los han inducido a quitar de sus ojos el engaño y mirar hacia las estrellas: un oscuro y gran temor perturba hoy a los rebaños que durante siglos han cultivado las praderas de Terra sin preocuparse por sus almas y sin sentir la necesidad de cuestionarse. Pero, ¡tú lo has propuesto!

¡Un gesto verdaderamente angélico de parte del gran Arcángel Lucifer! Acepta nuestra gratitud. Nosotros podemos anticipar que más y más millones se inquietarán, aunque habían aceptado la idea de la existencia de Nuestro Padre como si los animales hubieran aceptado vagamente el agua que bebían sin preguntarse la fuente, o si la fuente existía siquiera. Ahora están perplejos, y ahora están pensando. ¡Bendigo el día en que recibiste la inspiración! ¡Pero no acuses a Nuestro Padre de haberte inspirado contra tu voluntad! Él ya no interfiere más con su voluntad que lo que interfiere con la del hombre más insignificante, y eso lo sabes en tu corazón.

San Juan y San Jaime, los Hijos del trueno, me han recordado recientemente que cuando ellos trataron de inducir al Cristo para que enviara fuego sobre los herejes pueblos de Sumaria porque lo habían rechazado, se negó y los reprendió. Como tú, ahora ellos se preguntan si Él está arrepentido de haberse contenido,

y se preguntan cuándo irá a revocar Su Piedad y condenar a Terra por su blasfemia y su maldad. Aunque santos, aún son hombres, ay. Yo les recordé que nunca podrán anticipar la hora que Él profetizó, y les sugerí que en lugar de anticiparla esperanzadamente rezaran por sus congéneres; no han aceptado del todo mi sugerencia; pues todavía son los Hijos del Trueno, y examinan los augurios con el mismo anhelo con que lo haces tú también, aunque con emociones completamente diferentes. San Pablo dice: “¡Vamos!” ante los augurios, porque siempre fue un hombre impaciente a pesar de toda su sabiduría. San Pedro se sonríe con benignidad; él fue siempre menos imprudente; sabe que las tierras esclavizadas en Terra llevan secretamente en sus corazones la idea de Nuestro Padre, y que han visto a través de la maldad, la crueldad y el oscurantismo de los hombres, la esperanza de Dios. Las estrellas nunca brillan tan luminosamente como en la negra hora que precede al amanecer, y los esclavizados lo entienden. Desafortunadamente en las regiones llamadas “libres” de Terra, Nuestro Padre es aceptado o rechazado con menos pasión. El amor de Nuestro Padre opera más agudamente en una atmósfera de rechazo apasionado que en una atmósfera de indiferencia, porque inclina al hombre a interrogarse, y del deseo de saber viene la revelación y de la revelación viene la adoración. (ojo)

De nuevo me has hecho preguntas astutas que yo no puedo, o no voy a contestar. ¡Qué persistente eres! ¿Pero cuándo no fue persistente y capcioso el mal? Desde aquí observamos la arrogante insolencia de los hombres de mala fe en Terra, y escuchamos sus vehementes voces, y sabiendo que son carne nos maravillamos ante su tenacidad. Están apasionadamente convencidos -aunque parece que no saben que ésas sólo son pretensiones- de que trabajan en interés de los demás y de que van a mejorar su suerte. Pero nosotros conocemos el mal

que los guía ¿o no? ¡Qué arrogancia que supongan saber lo que es mejor para sus hermanos! ¡Y con qué cólera reciben la resistencia de éstos, los cuales saben por instinto que la locura ha asumido ahora los acentos del Amor! Entre más gritan que hay que trabajar por la humanidad, más sospechas suscitan, pues el amor de los hombres es siempre sospechoso, a menos que esté basado en el amor de Dios. Ciertamente, el “paraíso secular” que los malvados profetizan es un reflejo del infierno. Tú estarás sinceramente de acuerdo.

Los hombres no han necesitado nunca más que su pan diario, un refugio con la mínima comodidad, y suficiente ropa para proteger sus cuerpos de los asaltos del clima. Sus demandas corporales son pocas, y fácilmente satisfechas, pero las necesidades de su alma no tienen fronteras, y sólo las puede satisfacer Nuestro Padre. No hay necesidad de adornos, de oro, de grandes posesiones, de camas mullidas, de tesoros, pues éstos nunca satisfacen y aquellos que los demandan para toda la humanidad son tontos; con ello han degradado a sus hermanos a los niveles de bestias sin cerebro que sólo desean llenar sus barrigas y aceitar sus pieles y satisfacer sus deseos animales. Pero el hombre, aunque aplacado con las dulces palabras de los perversos, se rebela instintivamente contra esta degradación. Comerá el pan que no se ha ganado y que le es dado, y dormirá en la blanda cama por la que no ha trabajado, y se revolcará en los mezquinos, estúpidos, pequeños placeres que se le ofrecen, pero en lo más profundo de su espíritu crece una gran incomodidad, y se dice a sí mismo: “¿Es esto todo lo que tiene el mundo para mí?” Invariablemente se hace esta pregunta y se la volverá a hacer de nuevo, y Nuestro Padre espera pacientemente las interrogaciones.

En Terra, en este mismo momento, los jóvenes se hacen esa desesperada pregunta, y se están preguntado por qué nacieron alguna vez, y con qué fin, y a este

llamado de su ser interno le llaman “la búsqueda de identidad”. En verdad es una búsqueda de lo que tú y tus bandas en Terra les han negado. ¡Pero la tendrán!, y están llevando sus pensativos y preocupados ojos a los templos que levantaron a Dios sus indiferentes padres. Las preguntas de los hombres invocan la respuesta de Dios, y siempre la encontrarán. Los días vacíos de feliz irresponsabilidad -que los malvados consideran un verdadero cielo para la humanidad- llevan a la interrogante: “¿Pero debo entonces morir yo, cuando en realidad no he vivido? ¿Qué significa esta ansiedad que tiembla dentro de mí, y por qué no estoy tranquilo? No tengo preocupaciones ni hambre, y todo ha sido planeado y controlado para mí. Pero si yo siento esta inquietud entonces hay algo que me la calmará. No hay nunca una interrogante sin una respuesta -y yo la voy a buscar.”

Tú has dicho a los jóvenes que su misión es construir el futuro incluso más deseable que el presente para las generaciones que aún no nacen. Pero el alma sabe que su primera responsabilidad es consigo misma, como asimismo su sabiduría y su salvación. Aunque los jóvenes ciertamente imitan los desatinos de los adultos -que las generaciones por venir son más importantes que ellos mismos- en el fondo saben que es una mentira y eso les provoca descontento. Porque ¿tiene sentido que aprendan y trabajen siendo que nunca verán la conclusión -si hay? ¿Qué valen su conocimiento y su aprendizaje, si tienen que ser ahogados en una tumba eterna? Así, surge en los jóvenes el deseo de la inmortalidad, para que todo lo que ellos han aprendido no se pierda.

Ellos saben y observan que la vida en la carne es lo más trivial y transitoria, que no hay nada nuevo bajo el sol y que al final todo es vanidad. Terra no es el Reino del hombre más que lo fue de Cristo. Su destino y el destino de sus hijos son eternos individualmente,

y no en algunas generaciones distantes aún no nacidas que pudieran -si se hace tu voluntad- no nacer siquiera. Ni puede ningún hombre garantizar lo que él llama “la buena vida” a otro hombre, porque el hombre, siendo mortal, está sujeto a todas las agonías de la carne: frustraciones profundas, enfermedad, corrupción, desigualdades inherentes a su propia herencia genética e inteligencia, vejez y muerte. Los años de juventud son muy pocos en Terra, aproximadamente de la edad de catorce a la edad de veinticinco. Antes de la primera está el oscuro mundo de la niñez, sin formar y sin entender. Después de la última, comienza inexorablemente la edad adulta, las responsabilidades de la existencia, y la declinación del vigor del cuerpo. De setenta, ¡sólo once años para ser jóvenes! Los ingenuos fijan en ese momento del tiempo sus argumentos para un paraíso terreno, y muchos de los jóvenes, creyendo que el manejo de años de su juventud será largo -en lugar del veloz momento que es, se convierten en presa fácil para el parloteo de sus engañadores.

Yo he observado que en Terra se platica incansablemente y con un loco entusiasmo sobre lo “nuevo”. Pero cada edad creyó que era “nuevo” cuando en realidad todo es viejo, todo ha sido intentado, todo ha sido descargado, en las edades anteriores. El hombre “nuevo” es tan viejo como Nínive, y todo lo que habla ya ha tenido eco en los pilares de Roma, las pirámides de Egipto, las murallas de Jerusalem, las puertas púrpura de Atenas, No ha existido jamás una filosofía “nueva” del destino de los hombres, porque la mente del hombre es limitada. Tú recordarás que fue San Agustín quien dijo que si un hombre deseaba mejorar el mundo que lo rodeaba debía hacerse a sí mismo un mejor individuo, que es la tarea más gigantesca que haya afrontado el hombre alguna vez, y en la que la mayoría falla. Porque un hombre tiene que luchar con su naturaleza y subyugar esa naturaleza completamente

ante Dios para que pueda mejorar la suerte de uno solo de sus hermanos.

¿Pero quién sabe esto mejor que tú, Lucifer? Tú detestas al hombre que ora: “Señor, dame la Gracia y el Don de la Fe, no me dejes caer en tentación y libérame del mal. Sólo con Tu ayuda puedo hacer mi parte para que éste sea un mundo mejor, un lugar de mayor justicia y equidad, de paz y armonía. Sin Ti, soy impotente.” Tú sabes, Lucifer, que el hombre que rece así recibirá su respuesta en el silencio de su propia conciencia, y a partir de ahí su actitud será gentil, amable y persuasiva, y no revoltoso, violenta y ruidosa. El amor hacia los demás no puede ser impuesto por la leyes de los oportunistas, de los tontos y de los hipócritas, no importa qué tan revolucionarias sean. El hombre no sólo debe amar a sus hermanos porque ve a Dios en ellos, sino que también aquellos que desean ser amados deben ser simpáticos y no repugnantes. El amor anda dos senderos al mismo tiempo, y es una virtud humana y no la trivialidad enfermiza de las generaciones actuales de Terra, perversa y mentirosa.

El hombre es individual, no colectivo, aunque las filosofías atrasadas y autoritarias hayan tratado de imponer lo inatural. El instinto del hombre no puede ser anulado nunca excepto en la esclavitud absoluta en la que trabajan tú y tus esbirros de la tierra. Puede ser suprimido temporalmente, pero no puede ser exterminado, no, aunque nazcan generaciones sobre generaciones de esclavizados. Eventualmente llega el día en que el instinto se reafirma y aflíjanse los hombres de mala fe en Terra cuando los seres humanos se digan de nuevo a sí mismos: “Yo soy un hombre, y mis años de vida en este planeta son pocos y carecen de verdadero sentido. Mi destino está en la eternidad, a través de Dios. ¡Mis maestros me habían engañado!”

Tú has erigido una filosofía antropomórfica llamada “humanismo”, que ha declarado que el hombre es

dios, que los quehaceres del hombre son de importancia eterna en el planeta, que él mismo es su propio salvador. Esto alimenta su orgullo, especialmente si es humilde. Pero inevitablemente, lo que él ve con sus propios ojos contradice al Humanismo: enfermedad, vejez, muerte -el resultado inexorable de los cortos años de vida-. En cuanto a la muerte en especial, no importa qué tanto trabajen los médicos en aumentar el tiempo de vida del hombre, llega el día en que debe enfrentar el vacío del Humanismo, la tumba y el silencio interminable, y la oscuridad. ¿Se alegra en esa hora de que “el hombre es todo”? Yo he descubierto entre los benditos y tú entre tus condenados, que el hombre sabe en su corazón que él, como hombre simplemente -sin importar su sabiduría, éxitos y honores en su tiempo de vida – no es nada. No hay un consuelo a la hora de la muerte para aquellos que han negado un destino más digno en la eternidad.

La bolsa del Humanismo es muy bella en la superficie, pero no lleva oro adentro. Está plana con el vacío intrínseco. No contiene una moneda para comprar la paz al final de la vida; no contiene una llave para abrir una puerta. Sólo es tela llamativa e hilachas en la mano a quien la toma.

Últimamente has repartido confusión incluso entre los creyentes, y las multitudes se preguntan ahora si el Cristo alguna vez nació, vivió, fue crucificado y luego se levantó de entre los muertos. Yo tropas de estúpidos -¡que se llaman sabios a sí mismos!- están declarando incluso que ellos ciertamente aceptan a Cristo, pero no al Padre que lo envió y que Su Resurrección es sólo simbólica. ¡Qué cena de desperdicios les has ofrecido en lugar del Pan de vida! Sí, yo sé que tú sólo ofreces; es la voluntad del hombre tomar o rechazar. La euforia que has desplegado entre los vociferantes, los hombres de verborrea y gestos, que con gran ruido proclaman la Muerte de Nuestro Padre, es la peor locura que yo haya

observado en Terra, ese planeta de dolor. Pero, como lo he señalado antes, no tendrás éxito. Los de mente inmadura y los pequeños de corazón podrán inclinarse ante ti y adorarte -aunque sin reconocerte y sin conocerte por lo que eres-, pero los fieles todavía viven. Sus vidas serán un poco menos placenteras por lo que están obligados a soportar de manos de los categóricamente estúpidos, y serán sujetos de ridículo, burla y desdén, y serán llamados soñadores o “antintelectuales”, y serán acusados de negarse a “comprometerse con la humanidad”; serán acusados de egoístas, visionarios; serán maldecidos y despreciados en múltiples lenguas, y se vertirá maldad sobre ellos, porque ¿no son aquellos que proclaman más fuerte que aman a sus hermanos los que exhiben la más asombrosa ansia de venganza? Pero la malevolencia tiene la extraña propiedad de que no sólo endurece la resistencia a las mentiras y las calumnias, sino que refuerza la fe y la resolución. Un hombre verdaderamente bueno y creyente nunca será aplastado por la maldad, incluso si fuera asesinado, y representa la negación del mal y la luz para aquellos que desean salir de la oscuridad. Su memoria tal vez no sea más inmortal que las civilizaciones ya olvidadas de Terra, pero mientras vive, y por largo tiempo después de que ha muerto su carne, sigue siendo un gran ejemplo para sus compañeros.

Tú puedes haber notado que los seguidores de tu doctrina, el Humanismo, nada dejan, sino una vaguedad que no se recuerda. Si intrínsecamente son hombres buenos, cuando llegan al Purgatorio (para su gran asombro y mayor felicidad) ¡descubren que estaban equivocados! Su mayor arrepentimiento es que privaron a sus seguidores de la verdad, y confiesan que hablaron y escribieron, no por vicio, sino por ceguera. Pero hay otros menos peligrosos. como tú sabes, y uno de ellos fue Miguel Edgor, quien se sienta solo en la ardiente penumbra de uno de tus menos atractivos

infiernos, y pide sólo muerte; ha encontrado en el infierno todo lo que predicó en la tierra, y lo encuentra intolerable.

Recordarás que Nuestro Padre dijo que el estúpido dice en su corazón que no existe Dios. Terra se está convirtiendo ahora en una generación completa y mundial del estúpidos, y en eso has tenido éxito. Es mucho más fácil que un hombre malo se vuelva bueno, a que un estúpido se vuelva inteligente, porque es la parte divina del hombre la que puede lograr que eventualmente se rebele contra el mal. Pero el estúpido se regocija en su estupidez, porque lo hace parecer importante ante sí mismo. De nuevo es el orgullo el mayor de los pecados -¿y quién debería saberlo más que tú?

Es el estúpido quien proclama que el Dios Triúnico “no es relevante en este siglo”. ¡Pero piensa tú en este siglo del cual él está tan orgulloso! Es el siglo más sangriento de todos los siglos del hombre, el más horribilante, irracional, repulsivo y decadente. Sus tiranos ni siquiera fueron hombres de estatura y dignidad, o de alguna grandeza, sino enanos vociferantes que sólo pueden evocar en sus compañeros asesinato y locura. Cuando han hablado y hablan del Destino Manifiesto de sus naciones -y del liderazgo del mundo- hubieran hecho reír a los ángeles si éstos no hubieran llorado. Ningún gran hombre ha aparecido en este siglo, ningún hombre de valor, piedad, gloria y delicadeza, ningún hombre de gran espíritu y poderosa fuerza. Todos son pequeños, y entre los hombres los más pequeños son los más orgullosos de su pequeñez. El siglo del Hombre Pequeño: ¡qué repulsivo! Por primera vez en la sangrienta historia del hombre se ha exaltado al mediocre, y se ha silenciado o rechazado al grande. El científico, quien sólo conoce su microscópica especialidad, es recibido como debieron haber sido recibidos los profetas de antaño, pero no lo fueron. Él piensa profundamente cuando deja su laboratorio; sin

embargo, si fuera mínimamente sabio, sabría que está cometiendo uno de los errores de lógica más garrafales. Pocos sonríen en Terra estos días cuando un físico asegura que él es un autoridad para la mente del hombre. Pero todos asientan solamente cuando algún hombre inestable, un *pseudocientífico* llamado *psiquiatra*, expone el significado de los sueños de los hombres e intenta, como lo hicieron los hombres en Sodoma y Gomorra, que toda la humanidad quepa en sus pulcras camitas ¡y ay de aquel desafortunado cuya cabeza o cuyos pies se extiendan fuera de éstas!

¡Ay, este siglo del cual están tan orgullosos los hombres pequeños! ¿Tiene el esplendor de las mentes de Grecia, y la gloria de la ley que fue Roma? ¿Tiene los científicos de Egipto, los filósofos y los profetas de Israel? ¿Tiene la belleza y la magnificencia de las mentes inquisitivas? Se sostiene sobre el polvo, la guerra y la suciedad, se amontona en ciudades horribles y abre cicatrices en los desiertos improductivos de la tierra devastada; sus bosques son talados para fabricar basura, sus grandes ríos aprisionados para dar fuerza y agua las miserables multitudes arrebañadas, sus silencios violados, sus retiros y santuarios invadidos, sus campos aullando con grises carreteras y pueblos malsanos. Tú y el hombre juntos -ustedes- han hecho esto a un mundo que una vez fue hermoso y estuvo coronado de verdor y fragancia.

Una vez me acusaste de falta de humor, pero ¿quién puede contemplar tu principado en Terra y reírse? Sí, yo escucho risa sobre ella, pero es una risa ruin, falsa, pueril, amarga, o se parece a los gritos roncoss de los simios, aunque yo no debería difamar a los simios porque ellos son criaturas honestas, pero tú has despojado a Terra de la honestidad.

No debería reprocharte, porque eres el sirviente del hombre y también su príncipe, y sólo haces sus mandatos. Tú y tus demonios son como los genios de

Salomón aprisionado en botellas y lanzados al mar; el hombre los rescata invariablemente y los genios le obedecen. Crees que esto me debería resultar divertido, pero al contrario, me siento afligido por ti, Lucifer, porque eres víctima de tus víctimas.

Pero incluso en mi aflicción recuerdo los templos tranquilos de India, llenos de incienso, Visito la tierra triste esclavizada por sus fieros Mandarinés, y veo a hombres, mujeres y niños trabajar en silencio por temor a sus amos, pero venerando a la divinidad en sus corazones solitarios. Camino entre las ciudades de hierro oscurecidas por un despotismo ancestral que osa llamarse a sí mismo nuevo, aun cuando es tan viejo como la muerte, y veo las cabezas inclinadas de los fieles y observo los bautizos secretos de sus niños, y escucho los susurros devotos en la noche. Observo las junglas verdes, calientes, de África, sus blancas y nobles montañas, y aunque llenos de plagas y confundidos, aún viven ahí los hombres simples honrando a sus antiguos dioses y sintiendo la maravilla de vivir. No todos los santuarios, los retiros y los templos se han destruido, sino que permaneces como islas de luz en la oscuridad creciente de Terra.

Para Nuestro Padre es tan importante un hombre grande y bueno como lo es un mundo grande y bueno, y aún queda algunos en tus tierras, y existen mundos generosos sobre los cuales no ha caído todavía tu sombra, y los que te han rechazado. Al recordar esto puedo de hecho sonreír, pensando en cosas más felices. En verdad, encuentro bastante gracia en esto.

Tu hermano, MIGUEL

SALUDOS

a mi hermano Miguel, quien es tan opaco en lo que se refiere a los secretos, como uno de los más diáfanos velos de Salomé:

Así que es cierto. Tú ves portentos en el Cielo. ¡Sincero Miguel, incapaz de disimular! Te doy las gracias con humildad. Esto me dará la oportunidad de prepararme. Terra está ahora casi completamente loca; los mediocres se enorgullecen de sus intelectos; pequeñas mentes despreciables hablan de “ampliar la conciencia del hombre”; los sacerdotes han traicionado a los creyentes; los tiranos estúpidos se sientan sobre tronos; los sabios, razonables y sensibles han sido silenciados; la inexperta juventud ha sido exaltada; los aborrecedores de sus congéneres gritan su amor por sus hermanos; la libertad casi se ha extinguido en todas partes; al tonto se le venera como a un profeta; los analfabetos de mente llenan los centros de aprendizaje; el desorden, en el nombre de la “libertad”, ha sustituido a la ley; el crimen ha triunfado sobre la responsabilidad; el corrupto y el incapaz demandan privilegios que no han ganado, pero que merecían otros mejores que ellos; se da amor, no a los dignos que son los salvadores de la humanidad, sino a los indignos; en Terra se da reconocimiento a un hombre en proporción a sus disparates; los hombres se empeñan en colocar por encima de ellos a gobernantes que no se distinguen por su sabiduría y su prudencia sino por sus simples “ideas temerarias e imaginativas”, que alguna vez descartaron hasta los niños de Terra cuando llegaron a la pubertad; se desprecia la verdad

en favor de la mentira; se suprimen los hechos en favor de los sueños, todos ellos pueriles. Queda muy poca virtud en Terra, y también será desterrada pronto. Los hombres gritan “¡Paz!”, pero en su pequeño corazón quieren la guerra. “Marchan por la libertad”, pero sólo son buscapleitos perezosos sobrealimentado con alimentos por los que ellos no araron ni sudaron, y creyéndose dioses -como tú mismo lo señalaste-. Yo estoy de fiesta con los idiotas, que se pronuncian solemnemente por el “estado glorioso de la humanidad”; en ocasiones enmudezco de asombro ante el circo de imbéciles que hablan del “maravilloso destino del hombre”.

La culpa la tiene muchas de las mentes superiores en el pasado de Terra, pues no supieron poner límites a los plebeyos, a los mediocres y a los estúpidos, aunque estaba en su poder hacerlo. Fueron demasiado gentiles y demasiado tolerantes con los inferiores; se abstuvieron de reproducirse, mientras que los más simiescos se reprodujeron en hordas vastas y múltiples; no tenían convicciones firmes, porque dudaban incluso de sus propias conclusiones válidas. Por lo tanto, abdicaron en favor de la obstinación de aquellos que no tenían capacidad de reflexión, sino sólo la satisfacción de sus instintos animales. Lo que fue más admirable en el hombre, su racionalidad, su instinto de veneración, su filosofía contemplativa, su reverencia por el arte, su pasión por lo verdadero y hermoso, su temor reverencial ante la creación, su respeto por la santidad del alma individual, su obediencia a las leyes de la virtud y de la conducta apropiada, ha sido destruido en la pasión vehemente de las horas en busca de gratificación material. Por eso, no se les considerará libres de culpa aún a los mejores, estoy seguro, ni siquiera por un Dios compasivo. En verdad, yo tengo una multitud de hombres justos en mis dominios, quienes alegan que su propia abdicación de la responsabilidad se hizo en nombre de la “¡tolerancia!”

¡Inocente Miguel! A pesar de todas tus palabras de esperanza y piedad, tiembla debajo de ellas tu temor de que ciertamente Terra esté perdida. Tu propia acusación de la humanidad, aunque escrita con aflicción, pudo haber sido escrita por mí. Cuando menos encaramos juntos la verdad. Bien absoluto o mal absoluto: nosotros vemos las cosas como son y no nos hacemos ilusiones. El desastre amenaza cuando los hombres se dicen a sí mismos: “¿Qué es bueno, qué es malo?” Cuando Poncio Pilatos confió al Cristo en manos del populacho del mercado -¿y cuándo no lo ha hecho el hombre?- y proclamó que se había lavado las manos en el asunto, yo suspiré con aburrimiento. He escuchado esa misma excusa a través de los siglos interminables de Terra, y aún sigue siendo aborrecible (desde tu punto de vista aunque no del mío). La confusión del bien y del mal, de manera que parezcan estar en un estado de ósmosis perpetua, me parece a mí que es uno de mis mayores éxitos en Terra.

Estás equivocado cuando afirmas que el orgullo es el mayor pecado de Terra, porque Terra no tiene orgullo ahora, sólo servilismo y la mentalidad de hombres apresurados. Ella nunca tuvo orgullo realmente, excepto por algunos instantes de su historia despreciable. Porque yo no les dí orgullo a los hombres, y aunque algunos lo hayan robado a los ángeles del Cielo, yo en su lugar les di malevolencia.

Los hombres de Terra la aceptaron desde un principio, como lo hemos visto en el caso de Caín. La malevolencia invade la naturaleza del hombre como un hongo, hasta que ningún resquicio de ellos está limpio de infección. A veces el hombre, aunque es raro que lo haga, se abstiene de la crueldad y el barbarismo abiertos, pero nunca se abstiene de la malevolencia. En ocasiones cree honestamente que ama a sus congéneres, pero hasta entonces se ahoga en su corazón la maldad, y ríe bajo el disfraz de la justicia

y el honor. Se asienta en los corazones de los esposos y las esposas devotos, de los niños y de los padres. Se halla implícita en la multitud de leyes de cada nación de Terra. Ondeas como un velo entre las amistades, por demás sinceras. Se acuesta con los amantes, y se levanta con ellos. Susurra por debajo del susurro de la oración. Regula todos los asuntos del hombre, y es más evidente en las caras solemnes que ponen expresión de virtud. Reside en el juicio de los jueces; abunda entre las naciones. El niño más pequeño se deleita afanosamente con ella, y cuando los hombres dicen buscar justicia y rectificar la injusticia, les inspira la malevolencia para infligir venganza a sus mejores. Fue esta malevolencia la que clavó los clavos en las manos de Cristo.

La malicia ha impreso su luz radiante sobre los rasgos de casi todos los hombres, porque tiene una iluminación de propia brillante e infernal. Ella es la matriz de todos los vicios mayores: de la envidia, la codicia, la holgazanería, la pobreza y la indolencia; es la provocadora de todos los dolores; brilla jubilosamente en los ojos de los hombres cuando escuchan sobre el infortunio de sus “amados” hermanos. Destella con vigor cuando hay noticias de peste, hambre, opresión y desesperación. Un hombre que ha prevenido a los demás y que ha sido ignorado, y luego ha sobrevenido el desastre, no dice: “¡Ay, yo lo lamento junto con los demás!”, sino que dice triunfalmente: “Yo se lo dije a los demás. ¡He reivindicado mi sabiduría perceptiva!”

La maldad no puede soportar la superioridad de la edad, de la mente o del corazón, y siempre tengo que arrastrarla a su propio nivel obscuro, pues siempre está demandando que se le arrastre. Puede derribar tronos o aplastar a un corazón humilde e inocente. Es la traidora de traidores, porque aunque nunca es franca, sino siempre subrepticia, reside en las almas de los hombres desde su concepción. Ante la maldad

incluso Nuestro Padre queda desamparado. “¿Quién sondearía las profundidades de un corazón malévol?”

Muchas veces pienso: “¿Podrá destruir Terra la sola malicia?”, y me respondo que sí. En mis infiernos las almas perversas predominan sobre todas las demás, porque son mentirosas, blasfemas, mezquinas, agresivas; se ríen del bien, destruyen lo honorable, tienen alma asesina aunque sus actos parezcan inofensivos en los mundos en los que algún día moraron. “¡Yo nunca le hice mal a un hombre deliberadamente!” Millones de ellas lo declaran así: “¡Nunca levanté una mano contra mis congéneres!” “No”, les digo, “tú hiciste todas las cosas con la creencia de que eran justificadas; te resentiste contra los nobles y les llamaste individualistas y de mente estrecha; envidiaste a tu hermano y te burlaste de su éxito; atestiguaste en falso contra tu vecino y manchaste su buen nombre; escandalizaste con tus frases ofensivas para dolor de aquellos que te amaron o que confiaron en ti; les imputaste depravaciones a los virginales y puros; les asignaste objetivos inoportunos a los hechos manifiestamente buenos; no creíste en las intenciones honorables de ningún hombre, ni en las búsquedas desinteresadas de ningún hombre. Desaprobaste la caridad atribuyéndole algún motivo mezquino. El altruismo no existía para ti; era un disfraz para el mal. No mataste a ningún hombre y tampoco lo robaste, pero trataste de oscurecer su alma y pretendiste burlarte de sus logros. Tu maldad reside en tu lengua, si no es que en tus acciones, y ésta es la maldad más sutil de todas ellas, porque no puede ser llamada a cuentas en las cortes de los hombres, como otros crímenes.”

Los pocos seres buenos de Terra no temen a la enfermedad, a la crueldad, a la opresión o a la mala fortuna, sino que se enfrentan valerosamente a éstas, pensando en Dios. Pero ante la maldad son impotentes, porque es como un gas venenoso que puede invadir por dentro, sin detectarse, y envenenar todo el aire que respiras.

Resulta victoriosa en los hogares sellados de los virtuosos, quienes despiertan una mañana, y se descubren arrollados; aun cuando se durmieron después de orar, al levantarse encuentran que un demonio ha tomado posesión de ellos, y que se ha confundido su buen nombre, se ha maldecido su reputación, se ha arruinado su honor. Las puertas de sus casas están abiertas a la malevolencia de todos los hombres, y no hay refugio contra ella. “¿Quién puede esconderse del hombre perverso? Sus obras se hallan por doquier, sus ojos son claros y sin niebla, su oído es agudo y refinado, su lengua no descansa. Se cree bueno.”

Tendré que decir a todas las naciones de Terra: “¡Desaten su poder viril! ¡El mundo es de ustedes!”; estoy pensando en eso; es un pensamiento delicioso. Contemplo los tres gigantes contemporáneos de Terra, China, Rusia, América. ¿Los divide su ideología como ellos dicen? ¿Es honrado, verdadero y justo su objetivo? ¿Realmente desean concitar la piedad, la paz y la abundancia para que reinen entre todos los hombres? No. No son más honorables que otros imperios, no se inclinan más que otros a la paz y la tranquilidad. Están inspirados por la maldad -no importa cuántos actos de compasión realicen- para gobernar el mundo. “No hay otro, excepto Dios, que es bueno”, dijo Cristo. Los maliciosos son los menos buenos en Terra. (El mal, a diferencia de la virtud, se puede dividir.)

“¡Llevemos al mundo a la paz eterna!”, proclaman los conspiradores. Pero sólo desean llevar al mundo a la sumisión eterna de sus ambiciones.

Este es el monstruoso pequeño bocadillo del mundo sobre el cual el Cristo ofreció Su Vida sin culpa. ¿Para qué y para quién? Este es el oscuro pequeño mundo en el cual vivieron los profetas y al cual exhortaron, ¿por qué? Se le dio la Ley a esta pequeña tierra viciosa, y ha sido despreciada a través de las eras, a pesar de Moisés, a pesar del Señor. Donde la maldad reina no

puede florecer ninguna otra cosa, no, ni siquiera la brillante Sombra de Dios. Sólo yo puedo permanecer.

Mi querella nunca ha sido con Nuestro Padre sino con el hombre. Si el hombre no hubiera sido creado, hasta hoy yo sería feliz en las cortes del cielo, aunque muchas veces me hubiera enfadado con las disertaciones de otros, ay, hasta de ti mismo.

Hablemos de cosas más agradables. Felicita a Nuestro Padre en mi nombre, porque parece que recientemente ha mejorado la raza humana y sus potenciales en el nuevo planeta de la constelación de Orión llamado Limpo. ¿Ha aprendido Él de sus errores anteriores? Medito sobre Limpo, un inmenso planeta muy deleitable, tan lleno de color como un brillante arcoiris, con aguas escarlata en calma, montañas color violeta, los cielos de un rosa delicado y dorado, la tierra tan cerúlea como el ocaso. Es un deleite contemplar la nueva raza humana, de formas proporcionadas, altos y hermosos, piel de ébano pulido con curvas y sombras escarlata, ojos tan amarillos como monedas de oro, cabello largo y negro como vidrio redondeado, bocas hechas con risas, amor, delicadeza y júbilo, tacto delicado, seguro y talentoso, mente de gran superioridad, sabiduría, sutileza e invención. Entre ellos, Fidias, Sócrates y Miguel Ángel serían considerados talentos menores.

Aunque no hace mucho tiempo que fueron creados, ya han erigido un templo maravilloso de plata brillante a Nuestro Padre y lo han decorado exquisitamente. Han pavimentado el piso con mármol de media noche y su altar rebosa de artefactos tan encantadores que yo muchas veces me detengo a mirarlos con admiración. De nuevo, como en todos los mundos, aparece la Cruz mística sobre los altares, aunque pocos mundos entiendan lo que es y por qué es, aunque saben que tiene algún significado profundo. Sólo tiene dos sacerdotes, por que hasta este día ellos únicamente suman cien, pero esos sacerdotes hablan con palabras de santidad, verdad

y adoración. Ayer te observé, Miguel, conversando con esta raza de hombres de enorme evolución, y vi tu sonrisa. Sonríe, Miguel, mientras tienes tiempo todavía, porque yo me voy a dar el gran placer de destruir Limpo, o cuando menos la mayor satisfacción. Incluso esta hermosa raza no es inmune al libre albedrío -y es humana-. Ese es su crimen. Y yo lo castigaré.

Nuestro Padre ha dicho a los hombres de Limpo: “Ustedes son hermosos, porque Yo los he hecho, y no hay ninguno más bello, no, en todos Mis mundos y Mi creación. Ni siquiera Mis ángeles tienen una apariencia más dulce que la de ustedes, pero ustedes sólo son hombres. Sus mentes son como estrellas centelleantes, y pueden hacer grandes realizaciones, para ejemplo y admiración de otros mundos. De nada los he privado, y les he dado la inmortalidad y libre albedrío, el regalo más grande de todos los regalos, el cual he donado a todos Mis hijos. Esta tierra les pertenece, y sobre ella ustedes vivirán como dioses y ángeles, libres de la enfermedad y la muerte, de pena y del dolor. Pero deben amarse unos a otros, y enorgullecerse de los logros de sus hermanos, y exaltarlos en Mi Nombre. Deben también deleitarse en su hermosura, porque yo se las dí, y en su perfección, porque vino de Mi Mano. Si ustedes degradan esto, tendrán su porción de desgracia, muerte y pesar.”

Es una prohibición muy sutil la que se le ha dado a los hombres de Limpo, que no podría ser entendida nunca en mundos tan mezquinos como Terra, y muchas multitudes de otros, En cada hombre de Limpo triunfa la raza, y la raza triunfa en cada hombre; allí no existe el colectivismo ni señal alguna de esa corrupción de la mente que existe en Terra. Sólo hay una hermandad jubilosa. Pero entre más ingeniosa sea la raza mayor es el reto para mí, y aunque sea raro, mi triunfo es más seguro entre los más inteligentes. ¡No hay nada más satisfactorio que un antagonismo digno!

En Terra encuentro mis triunfos muy tediosos; son tan fáciles.

¡La degradación y la desaprobación de la belleza! Esa será una difícil tarea para los hombres de Limpo, por que ellos son tan hermosos. (La belleza nunca existió verdaderamente en Terra, ¡es la raza más fea y obtusa de todas!)

Enviaré a mi Lilit a los hombres de Limpo, ella tan blanca de piel, de tan dorados cabellos, de tan traslúcida carne, de tan azules ojos. Ella es mi Joven Sonriente, y ¿qué hombre puede resistir a una mujer llena de alegría perpetua? Y también voy a enviar a mi Damon a las mujeres de Limpo, con su bella apariencia de rosas brillantes en su semblante, con el rojo más profundo en sus cabellos, y con el ocaso en sus ojos. ¿Pueden creer ustedes que una raza tan inteligente y tan agraciada no considerará la belleza del cuerpo, aunque la estime, como superior a los dones de la mente? ¡Miguel, Miguel! Tengo que descubrir todavía una raza humana que no venceré a un semblante superior en forma y color. En la estúpida Terra, incluso en Grecia y Egipto, se idolatraba a una mujer más hermosa, no importa lo vil de su alma, y se deificaba a un hombre más guapo, aunque poseyera un espíritu inferior al de un gusano.

Como los hombres no pueden ver el alma de los demás, es de suma importancia la apariencia externa. ¿Pero no diré la verdad si sostengo que para la generalidad de los hombres la manifestación verdadera es la externa? La raza de Limpo no es inmune a ese principio. El discurso y la escritura, incluso las artes, no son comunicaciones completas, ni lo son los susurros de los amantes. El hombre, por su naturaleza humana, está aislado en su carne para siempre; sólo se puede comunicar con palabras y gestos, con sonrisas y dengues. Su interior está oculto a los demás. Por ello el único que lo comprende es Nuestro Padre, a Quien rara vez

recurre, porque los impulsos de su corazón natural son retorcidos y naturalmente perversos.

Mi dulce Lilit les dirá a las mujeres de Limpo: “¡Observen, ustedes son hermosas y son amadas por sus esposos! Pero miren la blancura de mi piel, mis ojos azules, mi cabellera dorada. ¿No admiran estas cosas los hombres? Sus hombres ya me han amado porque soy diferente y más hermosa que ustedes, que tienen la piel negra, el cabello del color de la oscura medianoche, y los ojos amarillos. Reúnanse a mi alrededor, hermanas, y les revelaré un secreto para que se vuelvan como yo.”

A los hombres de Limpo mi Damon les dirá: “Vean mi hermosura, el rubor brillante de mis mejillas, el brillo del ocaso en mi cabello. Sus mujeres han encontrado fascinante todo esto. ¿Desean ser más amados por ellas y que a mí me abandonen? Escúchenme, y les daré el secreto de mi hermosura, para que ustedes puedan mejorar su raza y hacer más deseables a sus hijos, y con ello, más felices que ustedes mismos.”

¿Crees tú, Miguel, que éstos sean argumentos triviales para los hijos de los hombres? ¡Oh, inocente hermano! ¡Tú no entiendes la fuerza de mi Ley de la Apariencia! Ante ella disminuye ignominiosamente el intelecto, incluso entre los más inteligentes. Los hombres no seducen a los gárgolas, ni las mujeres son engañadas por enanos. La mente no es superior a la materia, no, ni siquiera en Limpo. Aquellos que van a admirar a Lilit serán en su mayoría los hombres con mayor sensibilidad, los artistas, los escultores, los músicos, para quienes la belleza es irresistible, y que la porta, divino. Las mujeres que amarán a Damon serán mujeres de más imaginación que sus hermanas, y a todas las mujeres les gustan los músculos masculinos, aunque ellas prefieren llamarlo “entendimiento” y sensibilidad.

Así que, persuadidos por mi Lilit, los hombres de Limpo se sentirán descontentos con sus esposas y se inclinarán por una mujer de piel más clara que la de ellos.

Entre ellos ella será la reina, el sueño deseado, la Hermosa, mientras que su hermana más oscura será considerada más burda de alma y de cuerpo. Las mujeres, a su vez, desearán a un hombre semejante a Damon, y verán a sus esposos con disgusto, buscando un hombre de semblante más pálido. Así, cometerán el pecado contra el cual se les advirtió, y el cual los llevará a su destrucción. Inútil será que tú instruyas a los habitantes de Limpo, como lo has hecho. En el sentido de que Dios no tiene color, sino que es un Espíritu. Para cuando yo los haya seducido ellos ya no escucharán tu voz, querido Miguel, sino que se habrán enamorado de lo que creen más perfecto y empezarán a manejar el virtuoso sentimiento de “mejorar la raza”. Porque, ¿no son hombres de intelecto siempre en busca de la hermosura que es inherente a su naturaleza? La búsqueda de la belleza ha condenado a más hombres que la búsqueda del poder.

Yo siempre causaré la caída del hombre a partir de lo que tiene de divino, y planearé su infierno a partir de sus mismas virtudes. Lo que es nuevo, lo que nunca ha experimentado. Le encanta si es una criatura con inteligencia e imaginación.

Para Limpo he pensado en mi demonio Trivialidad, pero los habitantes de ahí solamente lo despreciarían, cuando es venerado en otros como en Terra. “Trivialidad” es sólo un nombre que le he dado; tú lo conociste como Magus, quien podía reducir lo profundo a fragmentos incluso en el Cielo. Él es el gobernante absoluto en Terra.

Transmite mis saludos a Nuestro Padre. Veo que Su humor es tan pesado como el tuyo.

Tu hermano, LUCIFER

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, quien, aunque lanza invectivas contra el sentido de humor de Nuestro Padre, nunca ha sido capaz de hacer reír de felicidad a un hombre en ninguna parte:

Se ha dicho que el mal es mucho más sutil que la virtud, pero yo lo dudo. Por alguna razón le falta alborozo, y donde no hay alborozo no puede haber subjetividad verdadera, variedad o completa bufonería. Sí; como tú lo has dicho, existe una cierta ponderosidad y lentitud en el mal, como atestiguan tus infiernos. No puede moverse con ligereza ni con gracia, aunque sea bella la forma que asuma. Puede ser mortal, pero no puede sonreír verdaderamente. Le hemos proporcionado armas a la raza de Limpo y lo hubieras podido observar si no hubieras estado tan ocupado con tus proyectos.

Visité Limpo, puesto que no volveré a pararme allí hasta que surja una segunda generación. Reuní a los hermosos hombres y mujeres negros a mi alrededor y les pregunté:

-Díganme, mis hermanos y hermanas, ¿qué color tiene mi piel?

Se pusieron de pie a un gesto mío y dijeron:

-Tu semblante, Señor Miguel, tiene el color del relámpago.

Yo señalé una rosa carmesí que estaba a mano y dije:

-Si me apareciera ante ustedes en ese matiz, ¿qué dirían?

Ellos lo consideraron, y luego el hombre al que habían elegido como su líder, me contestó:

-Señor, diríamos que tienes color de la sangre, y por lo tanto tu color, siendo tuyo, tiene su propia autenticidad y valor. Es diferente del nuestro, pero no es ni más hermoso ni superior. Es tuyo, y lo honramos, como honramos todas las diferencias.

-Pero como han dicho ustedes, tengo el color del relámpago. Ese es el color de mi espíritu, y sus espíritus también tienen esa apariencia, pues en Sus mundos, Dios ha hecho al hombre de diferentes refracciones de la luz, y son una maravilla de contemplar. Algunos son tan dorados como sus ojos o como sus cielos, otros son también tan negros como ustedes, y los hay rojos, y con pieles azules o incluso verdes. Pero el espíritu, como ya les he dicho antes, es como yo me aparezco a ustedes, y así es en todos los hombres. Sin embargo, vengo a prevenirlos de un grave peligro: El Dragón, como lo llamo yo, está planeando la ruina, la desesperación, y la agonía de mente, de alma y de cuerpo para ustedes. Enviaré a sus esposos a Lilit, su Joven Sonriente.

Las mujeres reflexionaron en mis palabras, y aunque en general ríen con gusto y frecuentemente, ahora se veían intrigadas. Yo continué:

-Lilit es la reina de todas las Jóvenes Sonrientes de todos los mundos, y también es una sierpe. No me malinterpreten; no estoy hablando de una mujer feliz como ustedes conocen la felicidad; estoy hablando de un demonio, el demonio de todos los demonios femeninos en el universo, y ella es un demonio de vino y rosas, de locura imprudente, de abrazos blancos y tibios. No es una mujer seria.

Las damas se miraron intensamente:

-Aunque nosotras reímos muy seguido, la vida es muy seria, Señor.

-Cierto -les dije-. Mantener su raza y su mundo exige seriedad e importancia primordiales. Pero para

Lilit, la Joven Sonriente, nada existe que sea serio o importante; así ocurre con todas las mujeres que se le parecen en cualquier parte. Su cara nunca está quieta o pensativa; nunca está en reposo ni dice una frase inteligente. Ay -y ahora miré a los hombres jóvenes-, este tipo de mujeres resulta muy adorable para los hombres.

-¡No para nosotros, Señor! -exclamaron.

Yo moví la cabeza.

-Después de todo ustedes son hombres. Aunque todavía no han pecado, me temo que cuando sus esposas se muestran demasiado solemnes les parecen tediosas. ¿No es así?

Sus esposas los miraron con severidad. Luego, un joven dijo, mientras se miraba los pies:

-Yo amo a la mujer que Dios me dio, pero ella no siempre se ríe cuando yo me río.

-Verdad -dije-; pero Lilit reirá siempre, pues constantemente juega y se divierte; ella nunca fue madre. En los incontables mundos las mujeres como ella nunca son madres; sin embargo, muchas veces se casan. Estiran sus labios en sonrisas perpetuas y enseñan todos sus dientes brillantes entre sus bocas rojas; sonríen incluso cuando están dormidas, lo cual es un mal hábito y también es peligroso. Siempre están muy compuestas y peinadas, y nunca sudan porque le han enseñado al hombre a trabajar para ellas. A toda hora están perfumadas, sus vestidos son su única materia de interés para ellas, y los adornos revisten el mayor peso. A estas mujeres no les preocupan los caprichos de la naturaleza ni ningún contratiempo; encuentran todo divertido. Sus narices no escurren al menos visiblemente. Si tienen vejigas e intestinos es como si no los tuvieran. Nunca se impacientan con los hombres, sino que canturrean y pacifican, hasta cuando el comportamiento masculino sea particularmente imbécil. Buen carácter todo el tiempo, incluso en circunstancias difíciles, y risa siempre,

como sus características distintivas. Ustedes entenderán que esto puede ser muy relajante.

-¡Qué criaturas tan triviales! -dijeron las damas con burla, mirando a los hombres-. Nuestros esposos tienen un intelecto maravilloso, y encontrarían aburrida a una mujer así.

Yo pensé en señalarles que incluso los hombres más sabios muchas veces sienten deliciosa la tontería, y cuando la encuentran en la forma de una deliciosa mujer, se les dificulta resistirse. Pero la expresión de las damas al mirar a sus esposos era muy reflexiva y parecía desanimar a los muchachos.

Yo les dije:

-Dios les ha otorgado gran sabiduría para que conozcan las cosas sin experimentarlas. La historia de muchos de los mundos en la historia de las Jóvenes Sonrientes y la destrucción que trajeron consigo. Poderosos tronos cayeron a causa de ellas; grandes imperios murieron en sus pálidas manos, y la muerte siguió como una sombra fatal sus pasos danzantes. Si sólo los tontos hubieran sido presas suyas no hubiera sido tan pavoroso, pero incluso los hombres más sabios sucumbieron ante las Jóvenes Sonrientes, y abandonaron honor, Dios, paz y orden para poner tesoros a sus hermosos pies. Su secreto y su encanto se debe, como ya se los he dicho, a que no encuentran nada serio y nada que reverenciar en la vida. Son una abominación y pertenecen al Dragón.

-Una mujer simple no es seductora -dijo uno de los hombres.

-¡Ah, nunca te has encontrado con la locura antes! La frivolidad ocasional, o incluso la tontería, pueden desarmar a cualquiera incluso resultar inocentes en ocasiones. Pero la locura constante aparentemente no sigue el mismo patrón de la monotonía. No pierde el sabor. ¡Al contrario! Yo he visto emperadores glorificarse en la locura de sus Jóvenes Sonrientes y adorarlas abiertamente, y separarse de ellas sólo cuando descubren

que tienen mal temperamento o las aflige alguna ligera enfermedad de la carne. Debe decirles que es raro que una Joven Sonriente se le muestre a un hombre tal como es, mientras que la esposas, que son verdaderamente humanas, pierden ocasionalmente su amabilidad o tienen que limpiar sus narices. Es triste decirlo, pero los hombres prefieren a las mujeres que no son verdaderamente mujeres.

-¿No poseen un alma esas mujeres? -preguntó una de las damas con una voz que a mí me pareció deplorablemente chillona-. ¿No se dan cuenta de esto?

-No, y de nuevo eso es parte de su encanto; son completamente carnales, sus almas son como pequeños conejos suaves, sin contemplación ni verdadero pensamiento, y poseen sólo codicia. Se adoran a sí mismas; si algo veneraron, es sólo a sí mismas. Sorprendentemente, esto les parece fascinante a los hombres, pues reflexionan en sus corazones que si una mujer se considera a sí misma por encima de todas las cosas y por encima de todas las mujeres, es porque posee la verdad.

-Que ella es en realidad superior -dijo una dama. Los esposos estaban curiosamente tranquilos y pensativos.

-Tú lo has dicho, querida hermana -les contesté-. Las Jóvenes Sonrientes, astutas, codiciosas, rapaces, y deseando todas las cosas sólo para ellas, están llenas de ardidés para satisfacer sus deseos. Los hombres son los satisfactores, los dadores de regalos, por lo tanto se deben manipular sus emociones más elementales, sus instintos más bajos, y su tendencia al abandono. Por ejemplo, las Jóvenes Sonrientes convencen a los hombres de que son reyes, incluso si lo único que hacen es arar los campos. Sin embargo, estas Jóvenes no se interesan por el hombre de trabajo y de pensamiento, así que persiguen a los hombres de logros y a los hombres de energía, quienes pueden gratificar la codicia. También a los que tienen una belleza poco usual. Sin embargo,

este hombre es sólo para la noche, a menos que también posea riquezas.

Las damas más jóvenes escrutaron a sus esposos con ojos duros, midiendo su belleza, y ellos se volvieron más pensativos todavía. Luego una de ellas dijo:

-¿Cómo vamos a conocer a esta Lilit?

-¡Oh! Porque les parecerá repulsiva a ustedes, pero tal vez no a sus esposos. Miren esta azucena azul; sus ojos son de ese tono. Miren su cielo dorado; su cabello se parece a él, y esta anémona blanca; así parece su carne. Escuchen a ese ruiseñor mientras las sombras de la tarde se tiñen de púrpura. Su voz es como ese pájaro, de trinos musicales y por supuesto, de risas.

Nuestro Padre, previendo tus artes, Lucifer, ha dado una medida de vanidad inocente a la gente de Limpo, así que una de las damas dijo:

-¡Con tu descripción, Señor, ella les parecería repulsiva a nuestros hombres!

-Y muy extraña -hicieron eco algunos de los esposos.

-La mujer extraña vive en la casa de la muerte, y esa casa es una morada del infierno, pero eso nunca ha alejado a los hombres de ella. Al contrario, han considerado que bien vale las vidas y las riquezas que perdieron, y su esperanza del Cielo -les dije yo.

Los mozos voltearon sus cabezas y por encima de los campos brillantes dirigieron sus miradas hasta el templo de plata que habían erigido a Nuestro Padre, diciendo con profunda pasión:

-¡Ninguna mujer extraña nos puede apartar de Él!

-Así sea -les dije, e incliné por un momento mi cabeza.

-Ni nos cautivará ninguna mujer por encima de la gloria de nuestras esposas. Porque ¿quién es como ellas en el rostro o en la forma, en apariencia o en mente? Rechazaremos a esta Lilit.

-Yo así lo espero -contesté, y dije-: Pero el peligro toma otra forma, y es la de un hombre- ahora cada una

de las damas me miraba seriamente.- Él es un demonio, su nombre es Damon, y sus ojos son del color de los ojos de Lilit; su piel se parece a la de ella también, y tiene una mata de cabellos que es como una vívida puesta de sol. Ha habido pocas mujeres que alguna vez lo hayan rechazado.

-¡Qué peculiar se debe ver! -dijeron las mujeres con fervor-. ¡Qué diferente a nuestros amados esposos!

-Cierto. Confío en que su descripción las aparte de él, mis hermanas, y que no lo vayan a considerar superior a sus esposos. Si Lilit es una Joven Sonriente, Damon es un Joven Sonriente.

-La vida es seria -repitió una de las damas-; existe un tiempo para el placer, es cierto, y la vida no sería tan agradable sin el. Pero un hombre que constantemente ríe podría ocasionarle impaciencia a una mujer.

-Verdad. Las mujeres muchas veces son más sabias que los hombres. Pero Damon tiene diferentes artes, pues ha visto toda la sabiduría de todos los mundos, y todas las glorias del intelecto, y toda la belleza, y las puede describir con tanta vividez, que es fácil que cautive la mente, como por hechizo. Él es el padre de todos los narradores que hayan vivido alguna vez, y de todos los cuentos de delicia y maravilla. Las mujeres aman a los narradores...

-¡Nuestras esposas están ocupadas con el trabajo que Dios ha dado a sus manos! -dijo uno de los hombres con voz de censura que no iba dirigida a mí sino a su esposa.

-Aun así, se sienten atraídas por un hombre que habla bien; yo pienso que ése es un arte que deberían cultivar todos los esposos- dije yo.

-Si él es como tú lo has descrito, Señor -dijo una de las esposas-, no lo hallaremos agradable, sino diferente a nuestros esposos, ¿y no tienen nuestros esposos una espléndida apariencia?

Los rostros de los jóvenes resplandecieron de gratificación.

-Considérenlos siempre así, hermanas mías -les dije-, porque cuando una raza llega a creer que es menos hermosa que otra, y que la otra posee más autoridad y mayor valor intrínseco, entonces ha perdido su alma. Es deseable un orgullo honesto. Un hombre o una mujer sin orgullo es menos que el más humilde animal. Cultiva el orgullo de lo que Dios te ha dado. Si lo perdieras y vieras la hermosa apariencia de Lilit y Damon y te dijeras a tí mismo que son más bellos que tu esposa o tu esposo, y más interesantes, entonces seguramente has invitado a la muerte para que sea tu compañera, y traerás la muerte a vivir para siempre en tu mundo. Dios es bueno y santo más allá de toda imaginación, pero cuando lo que Él ha creado es despreciado y considerado sin valor por lo creado, entonces Su enojo es inconmensurable. Porque Dios ha dado un valor distintivo y cualidades únicas a todas las razas, y nunca deben ser degradadas o consideradas otras con envidia secreta. Más adelante, en sus existencias y en sus experiencias en otros mundos, van a conocer hombres de apariencias y colores extraños, que también tienen el valor de Dios con ellos, y es de ellos aunque no sea de ustedes. Amen todo lo que se ha creado en Su Nombre, a Quien lo creó, y sepan que Él no ama a una creación por encima de otra.

-¿Pero las razas de otros mundos nos considerarán a nosotros solamente únicos o pensarán que somos menos de lo que ellos son? -preguntó uno de los esposos.

-Esa es una pregunta excelente -dije yo con aprobación-; si ustedes no caen, solamente conocerán a los hombres de otros planetas que no han caído. Por lo tanto, serán considerados por ellos con una admiración honesta y van a honrar a Dios en ustedes. Pero si ustedes caen, entonces conocerán hombres pecadores, y se va a odiar y despreciar uno al otro, y a considerarse con mala fe uno al otro, y caerán uno sobre el otro. Y matarán.

-Nosotros no hemos visto la muerte -dijeron todos ellos con horror.

-Aún no. Pero cuando vean los rostros de Lilit y Damon la verán. Corran lejos de ellos. Repúdienlos. Detéstenlos. Invoquen a Dios para que los aparte de ellos, y como ustedes no han pecado y le pertenecen a El, vendrá en las alas del relámpago a salvarlos.

Yo creo, Lucifer, que vas a encontrar imposible tu tarea de seducción, porque los habitantes de Limpo están orgullosos de que Dios los haya hecho como los hizo, y lo veneran por lo que Él les ha dado. Nunca se van a considerar a sí mismos, ruego por eso, menos valiosos y menos dignos que admiración que otras razas, porque saben que han sido distinguidos como una nueva invención de Nuestro Padre, y por lo tanto otros deben considerarlos con placer por su belleza de cuerpo, mente y alma, para mayor gloria de Dios. Aún si en otros mundos se encuentran con hombres de mente o belleza superior, se dirán a sí mismos: "Es lo suyo y lo respetamos. Pero nosotros también tenemos lo nuestro, y tenemos igual valor e igual autoridad a los ojos de Dios. Si debemos luchar por algo, debe ser únicamente para perfeccionarnos a nosotros mismos dentro de los límites de nuestras fuerzas y nuestros espíritus."

Esa es la verdadera humildad, y la verdadera Piedad. Los habitantes de Limpo saben que tienen limitaciones humanas, pero dentro de esos límites crecerán a su capacidad, y eso será suficiente a sus ojos y a los Ojos de Nuestro Padre. Porque la verdadera humildad es la más noble de las virtudes, porque se acepta a sí misma como lo ordenó Dios por Sus propias razones y Sus propios fines.

Ay, lo que has escrito sobre Terra es cierto, y tú y los hombres han conspirado juntos para que suceda. ¡Oh, Lucifer! ¡Tú que tanto amaste la belleza, has enseñado a una raza de hombres a amar solamente la fealdad! Has alterado sus valores, porque ahora el hombre de Terra parece incapaz de reconocer la bajeza. Todavía quedan

algunos pocos que dicen con disgusto: “Yo no caeré ante aquel que gobierna, porque no tiene méritos en la mente ni en el alma, y hasta su ostentosis, si es que la tiene, es bestial. Yo no elegí. Por lo tanto, no lo respetaré. Sólo puedo sentir que haya sido adulado para exaltar lo más bajo y lo más inferior de su naturaleza, y para levantarlo por encima de todos los demás. Debo intentar hacer ver a mis hermanos, aunque muera por ello, que este mundo no debe perecer en el lodo y la sangre. Soy hijo de este mundo, estoy hecho de su carne, lo amo, y librarlo de la estupidez será la tarea más grandiosa que Dios me haya asignado. No temo la furia de ningún hombre ni de ninguna nación, sólo temo la oscuridad que ha dibujado el hombre sobre el rostro de Dios. Voy a seguir mi camino y a escucharlo sólo a Él, y tal vez los hijos de mis hijos conozcan la gracia, la libertad, el amor y la devoción nuevamente. Si no fuera así, de todos modos habré hecho lo mejor y eso será considerado como mérito mío ante Dios.”

En la oscuridad de las terribles noches de Terra en estos días, estos hombres y mujeres buenos y santos recuerdan las profecías de los profetas y las promesas de Cristo. Saben que Nuestro Padre no miente y que Su palabra es la única Verdad, engendrada desde toda la eternidad. Admito que algunos han sido engañados por ti para creer que la mejoría de las condiciones de vida de sus congéneres en formas seculares es su tarea y merece todos sus intentos, pero han olvidado que este mundo es temporal, y que el Cristo hará nuevas todas las cosas y que el mundo todavía no es Su Reino. A estos hombres y mujeres los acosa la impaciencia humana por lo bueno, pero tú has pervertido ese anhelo, como usas lo mejor del alma humana para traicionarla y hacerla a un lado. Ellos gritan “¡justicia!”, al ver los sufrimientos de los oprimidos en todas partes. Pero la justicia sólo viene de Dios, y si ellos la buscan en las leyes de los hombres no la encontrarán nunca. Su

deseo de amor y caridad universal surge de la pasión conmovedora de sus almas, su misma pasión instintiva, pero no puede ser lograda nunca por decreto del hombre o por la exigencia en los corazones viciosos de los políticos. Ese camino sólo conduce a una mayor esclavitud. El hombre pone su fe en príncipes y gobernantes mortales para peligro suyo.

Es justo que los hombres digan que todos los hombres tienen derecho al pan de la tierra, que no se les debe negar la luz intelectual ni la paz terrenal. Pero al luchar sólo por ese pan, esa luz incierta y esa paz precaria, han perdido la visión. Nada es permanente en Terra, y los tiranos utilizan hasta leyes benignas para burlar y corromper a la gente. El pan de ahora es la hambruna de mañana, y a pesar de todos los esfuerzos, la luz se convierte en la oscuridad de la crueldad, y la paz se convierte en guerra. Esos son los caminos de los hombres pecadores, de los hombres manchados, de los hombres caídos, aun cuando su obra sea ilusoriamente desinteresada y sacrificada. Sólo a través de los oficios de Dios pueden tener éxito siquiera en una pequeña medida.

Las manos amantes y ansiosas no sólo deben dar pan, sino que deben ser levantadas en oración y con el conocimiento de que todas las cosas seculares pasan en Terra, y ningún mañana nace de este día y ninguna mejora en la suerte temporal del hombre puede ser duradera, hasta que se busque primero y se reciba la gracia de Dios, y con pleno conocimiento de que el espíritu mortal sólo puede ser elevado del mundo con la intervención de Dios -como ha sido profetizado-, y sólo sucederá el Día que Dios decida.

Yo veo el caos lóbrego, el terror y el odio confundidos en Terra, el dolor y la pérdida, y sé que es obra tuya, con la ayuda de los hombres, ¡Pero va a terminar! ¡Va a terminar!

Tu hermano, MIGUEL

SALUDOS

a mi hermano Miguel, quien disimula su temerosa inseguridad bajo el énfasis patético de la certidumbre:

Terminará en Terra, como yo lo he proyectado, porque Nuestro Padre no se opone a la voluntad del hombre, y si yo personifico la voluntad de los hombres, ¿cómo puede entonces triunfar Nuestro Padre? Los hombres de Terra han anunciado su condenación jubilosa a través de sus gobiernos, y la abrazan con ansia. Cuando las multitudes, multiplicadas por el fuego que evocaron, vean mi rostro, yo les diré: “¡Hermanos, bienvenidos a la morada que ustedes han forjado en sus vidas, en sus pensamientos y almas, porque es de ustedes. Con toda seguridad es de ustedes.”

Una vez, no hace doscientos años todavía, los hombres del continente de Norte América fueron los arquitectos de una teoría de gobierno verdaderamente magnífica, basada en la justicia, en el orden, en la libertad y en la ingenua creencia de que la mayoría de los hombres son íntegros y confiables. Fue fácil pronosticar el fracaso absoluto de tan sabio gobierno, porque los hombres son estúpidos y prefieren cobijarse en los brazos de la esclavitud a pararse ante los vientos de la libertad y vivir de acuerdo con este difícil camino, y por su naturaleza prefieren robar que trabajar, dormir que vivir, comer que pensar, traicionar que ser fieles, deshonorar en lugar de honrar. Frente a esos hombres inteligentes y desinteresados que fundaron el gobierno del norte de América se encontraba la evidencia de la historia, pero eligieron ignorarla. ¿Pensaron que rasguñando con sus

plumas apasionadas podrían elevar la mezquina estatura de los hombres? Tenían las palabras del Cristo: “¿Quién, por el hecho de pensar, puede añadir un cúbito a su estatura?” Aquello que nació por un canal debe regresar a él, y ningún esfuerzo de los caballeros bien nacidos va a elevar nunca a un puerco a la estatura de un hombre. Un sueño sigue siendo sueño. Pero la realidad es el horror de los de mente noble. Yo veo el siglo veinte, como lo llaman ellos, de los hombres de Terra, y sé que es la locura, acompañada de tambores, el único poder temporal en todo ese mundo desastroso. No fui yo quien lo hizo, sino tiernos soñadores que rehusaron ver la naturaleza del hombre y tratar con ella, y así evocaron la locura en los gobiernos y en los individuos. La verdad, Miguel, como tú lo sabes, no puede evadirse excepto al costo de la locura.

Pero ya es suficiente sobre esa pequeña tierra inmunda, que yace apestando apretada por mi mano. No es sino basura sangrienta, lista para entregarse al verdugo que se ha preparado a sí misma. Yo no puedo evitar el felicitarme a mí mismo, porque en este siglo, en Terra he tenido un éxito absoluto. Fui yo quien le inspiró la superficialidad, la distorsión en las artes, la “música” salvaje y demencial, la obsesión, las almas que nunca conocieron la risa, los ansiosos observadores de la conducta de otros, cuando su propia conducta era incalificable; los envidiosos, los perezosos, los gimoteadores, los inconformes, los destructivos, los mentirosos y los fantasiosos, los buscadores de chismes, los desviados, los obstaculizadores, los filósofos de gobiernos que sólo abogan por los miembros más viles de sus sociedad, los maestros de la falacia, los tolerantes del mal que eran también los traductores de la virtud, los frívolos, los planificadores de la Sociedad Excelente, ¡el infierno los reciba!, y también a esos que creyeron que la suciedad tiene su propia verdad y despreciaron a los de corazón puro. En resumen, los improductivos, los torcidos, los

frenéticos, los salvajes y los groseros. Estos son mis demonios, yo los levanté de mis infiernos para infestar Terra, y los hombres de ella los recibieron con amor y deleite.

Mi única desilusión es que mis demonios no hayan trabajado mucho. No fue necesario; había muy pocos en Terra que se les resistieran, y la resistencia es necesaria para el regocijo de los demonios. Es extraño decirlo, pero la pequeña banda de los buenos y justos ven los rostros de mis demonios -y sus reflejos en los rostros de los hombres- y susurran entre ellos: “¡Estos no se parecen a los hombres en sus rasgos o en sus ojos! Parece que son una Nueva Raza, en sus facciones y en su comportamiento, y un enigma terrible, porque la tierra nunca antes conoció a estas criaturas distorsionadas!” Están en lo cierto. Incluso Terra nunca antes los conoció, pero yo estoy fastidiado de ese mundo y voy a apresurar su destrucción.

Escuché divertido cuando arengaste a los hermosos hombres y mujeres negros de Limpo. Hiciste un llamado a sus emociones más simples, pero ¿has olvidado que Nuestro Padre les dio inteligencias superiores? Y los inteligentes son los más fáciles de seducir, porque pueden presentar mil argumentos contra una sola cuestión, o en favor de ésta. La inteligencia no siempre produce constancia y resolución. ¡Al contrario! Como está abierta a muchas conjeturas, y no puede decidir entre ellas, está llena de irresolución. Y, desafortunadamente, tolerancia.

Así que, después de tu última visita inocente a Limpo, me aparecí ante sus ocupados habitantes, los cuales me miraron asustados. Les sonreí, y entonces vacilaron. Un hombre joven me dijo:

-Tienes la apariencia y el color del relámpago, y tus ojos son azules como los ojos del Señor Miguel, el arcángel que nos protege y nos guía. Tu cabello es negro como el nuestro, pero tienes la estatura y la apariencia

gloriosa de un arcángel, y eres muy grande y hermoso. ¿Quién eres?

Yo dije, aún sonriendo:

-Soy ese a quien Miguel llama Dragón. Dime, ¿soy tan brutal y odioso de aspecto, tan detestable y poco dispuesto, que ustedes deban alejarse de mí con disgusto?

Las damas, benditas sean, contestaron:

-No, eres espléndido más allá de lo imaginable.

-Soy aquel a quien Dios llamó Su Estrella de la Mañana. Soy de hecho un arcángel, el más poderoso de todos ellos, porque Dios me dio el poder, y yo me levanté por Su mano y Él me amó -seguí yo.

-Entonces -dijo dudoso uno de los jóvenes-. ¿eres bueno y no malo?

-Esa es cuestión de opiniones solamente -le contesté-. También es una cuestión subjetiva. Esa pregunta no tiene lugar en el reino de la realidad.

Es delicioso conversar con una raza inteligente.

-El Arcángel Miguel nos ha prevenido contra ti -dijo un hombre joven mirándome con temor y retrocediendo. Pero yo sonreí con soberbia.

-Miguel es mi muy querido hermano -dije-. Él es más joven en tiempo que yo, pues fui creado antes que él por Dios, a Quien ustedes honran. No existe nadie tan apreciable en mi corazón como Miguel, excepto Nuestro Padre.

A los inteligentes siempre se les seduce con comportamientos y argumentos razonables, y especialmente cuando uno parece estar de acuerdo con ellos. De manera que los hombres y mujeres de Limpo se me acercaron más y me observaron, encantados. Las mujeres estaban particularmente cautivadas, pues ellas no pueden resistir la belleza masculina. Yo miré lentamente y con admiración a su hermoso mundo y suspiré como embelesado.

-¡Qué infinitas posibilidades hay aquí! -exclamé.

-Se nos ha advertido que no mantengamos conversación contigo, Lucifer -me dijo un hombre joven, vacilante.

-Oh, vamos -dije con indulgencia-. ¿Son ustedes niños sin voluntad? Lo que ocurre es que Miguel no aprecia sus intelectos, porque él le teme al intelecto en los hombres. Él preferiría que ustedes permanecieran siempre infantes, incapaces de ordenar su propio destino y realzar el resplandor de su insigne mundo. ¿Desean vegetar en un jardín todas sus vidas, o cubrirse de gloria más allá de las otras razas de hombres en todos los otros mundos?

Como tú lo has dicho, Miguel, Nuestro Padre dio a los hombres de Limpo alguna vanidad inocente, y fue a través de este don que yo me les acerqué.

-No va a ser un pequeño jardín para siempre -dijo un hombre joven-: crearemos ciudades de belleza y grandiosidad estupenda, llenas de luz, música, felicidad, alegría y amor de Dios. Esas ciudades las van a habitar nuestros hijos y los hijos de sus hijos, y nosotros los vamos a contemplar y adoraremos a Dios, Quien ha dispuesto todo.

-Es cierto -contesté yo-; nada podrá sobrepasar a Limpo en los interminables universos, si ustedes están dispuestos a aceptar mi ayuda. Yo amo la belleza sobre todas las cosas; amo el intelecto, el cual, ay, Miguel no. ¿Quién podrá igualarse a ustedes, hombres de Limpo, quienes pronto tendrán los medios de elevarse entre todos los mundos, y extender hacia ellos los frutos de su conocimiento? Ciertamente es su deber, ¡es su deber! Existen multitudes de mundos que viven en la oscuridad y en la ignorancia y tienen una mentalidad inferior. Ustedes les llevarán el poder de sus mentes, sus inventos, su perspicacia, su magnífica inclinación por lo majestuoso y hermoso, su pasión innata por el arte, la sabiduría y la filosofía. ¿No es Limpo vuestra madre y vuestra alegría? ¿Cómo es posible que

le nieguen a otros mundos lo que vuestro mundo posee? ¿No es eso el máximo egoísmo y una gran desconsideración para con las almas de otros?

Ellos reflexionaron intranquilos. Luego yo levanté mi mano y en los dorados cielos apareció ante ellos la imagen de Terra, y los dejé morar por un momento en los horrores de ese mundo repulsivo. Observaron asombrados, empavorecidos e incrédulos. Les permití escuchar el clamor de las voces enloquecidas, el choque de las armas, las caras estúpidas y afiebradas de los líderes, sus ojos salvajes y sus gestos convulsos. Los dejé estudiar los gobiernos.

Entonces gritaron, estremeciéndose y escondiendo sus rostros en las manos: “¡Eso no existe! ¡No puede existir! ¡Tanta ferocidad y bestialidad no puede haber en el universo!”

Yo dije:

-Desafortunadamente, ustedes han visto la realidad, no sólo en ese pequeño mundo, sino en incontables otros mundos. ¿No se compadecen sus corazones, y les hacen preguntarse por qué permite Dios esas pesadillas?

Un joven dejó caer sus manos lentamente, y sus ojos estaban dilatados de terror por lo que había contemplado.

-De hecho -insistí-, ¿por qué lo permite Nuestro Padre? Para ser honesto -dije-, ellos lo eligieron por sí mismos. Fueron credos inferiores y bajos, pero no sé por qué. Solamente Dios puede contestar esa pregunta. ¿No les ha dicho ya Miguel que es su obligación mejorar su raza y sus logros?

-Es verdad -dijo una dama. Estaba sudando copiosamente, pero noté con satisfacción que ¡ocultaba el hecho a su esposo! Te doy las gracias, Miguel.

-¿Cómo pueden, pues, mejorar su raza y sus logros? Trabajando incesantemente. Pero es su deber desplazar la fealdad por la belleza, la oscuridad por la luz, la

estupidez por la sabiduría, en todos los mundos. ¿No se han enternecido sus corazones por lo que han visto? ¿Pueden ser tan crueles para negar a otros mundos lo que ustedes ya poseen? Esa es arrogancia intelectual y no hay nada que Dios desprecie más. Sí, yo sé que Dios les dio sus intelectos. ¿Pero desea Él que ustedes los tengan solamente para sí mismos? Si Él los hizo así, ¿no es su deseo que ustedes compartan sus dones con otros? Si ustedes son de origen divino, ¿no son dignos de gobernar otros mundos en santidad, justicia, paz, gracia, conocimiento y felicidad? Deben recordar que Dios ha creado millones de universos, y ha dotado a algunos de ellos con almas y mentes superiores. ¿Espera Él que ustedes permanezcan ociosos? ¡No! Seguramente es Su voluntad que ustedes ayuden a mejorar los mundos más burdos -hice una pausa-. Y que los gobiernen -añadí en voz apenas audible-. Seguramente si ustedes lo consideran por un momento, sabrán que ésa es la intención de Dios.

-Es cierto que nosotros somos superiores a lo que hemos visto del mundo que nos ha mostrado -dijo un hombre joven-. Esos hombres, si son hombres verdaderamente, parecen bestias.

-De hecho son bestias, ay, y carecen por completo de sensibilidad. No crean belleza ni esplendor; graznan como los cuervos, y sus almas están enroscadas en el error. Vagan como ovejas sin mente, pero ovejas violentas. Tu has visto solamente uno de esos mundos deplorables, listo para ser devorado por sus líderes y sus intelectos. ¿Se fijaron en la fealdad de sus cuerpos, lo mezquino de sus rasgos? Ustedes pueden, con mi ayuda, traerles salud, una estatura más noble y gracia. ¿No se sienten inclinados a hacer esto sus corazones?

-¿Estás sugiriendo que cuando los visitemos debemos mezclarnos con ellos? -preguntó una dama con repugnancia.

-Ustedes son hermosos. ¿Está mal levantar a estas razas monstruosas y darles su semblante y sus cuerpos maravillosos? ¿Deberá considerarse pecado que ustedes los guíen? Ya vieron su arquitectura, que es una pesadilla por sí misma. Vean el templo que le han construido a Dios, perfecto y grandioso en todas sus líneas. ¿No es perverso ocultar sus artes a las demás razas? Ustedes son superiores, son como dioses. La carga será pesada, y eso yo lo sé. Pero aun así, es su deber.

-Nuestro deber -repitieron algunos de los hombres jóvenes.

-A diferencia de Miguel, yo les voy a ayudar a realzar lo que ustedes son -les dije-; sólo tienen que aceptar mis sugerencias, porque, ¿no soy yo más sabio y además un arcángel? ¿Desvalorizo yo lo que Dios les dio, y les pido que permanezcan niños como lo hace Miguel? Eso a ustedes los perjudica, y perjudica a Dios también, porque él piensa por sí mismo y no conoce las intenciones de Dios.

-¿Tú las conoces, Lucifer? -preguntó una joven dama con desagradable agudeza.

-Yo sé que Dios desea que todos los hombres en todos los mundos sean más dignos de Él. Pero Miguel no lo entiende. Él adora la inocencia de los niños, y los mantendría a ustedes por siempre atados e ignorantes en sus tranquilas cunas. ¿Desea Dios enfermería perpetuas, llenas de infantes? ¡Si ustedes piensan así, denigran a Dios! -le dije. Señalé hacia algunas de las mujeres-. Ustedes esperan hijos. ¿No merecen sus hijos dominios y principados, ya que son superiores a otros? ¿Les negarían el gobierno de los universos, que están preparados para bendecirlos? La herencia de sus hijos es infinita. ¿Los esclavizarían a este mundo para siempre?

Un joven fijó su mirada pensativa en mí

-Miguel ha dicho que tú eres el mal -señaló- y que puedes hacer que el mal parezca el máximo bien.

-¡Sí! -gritaron los demás.

-¿Pero qué es bueno y qué es malo? -les pregunté con paciencia-. Reflexionen sobre eso. Consideren sus vidas, que son felices, dulces y plenas de sueños sobre el futuro. Pero Miguel les diría que sólo “sus” proyectos para el futuro son buenos. ¿Es él más sabio que yo, que fui creado antes que él y se levantó de la mano de Nuestro Padre y escuchó Sus pensamientos? Dios no sólo les dio a ustedes intelecto, sino también los medios para emplear ese intelecto. Les dio libre albedrío, lo cual de hecho les da semejanza con los ángeles. Por lo tanto, ustedes deben emplear ese libre albedrío no sólo para su propia gloria, sino para la gloria de otros mundos. Cuando Miguel les niega eso, él niega a Dios mismo.

-Él ha dicho que si te escuchamos, oh Lucifer, traeremos sobre nosotros la muerte, la enfermedad, el dolor y la pena.

Yo sonreí de nuevo:

-Él teme perder el gobierno sobre ustedes, porque la sabiduría no gusta de los gobernantes y no gusta de la esclavitud. Ustedes son esclavos de Miguel, sus pequeños servidores amistosos. ¡Pero yo los respeto más, y los honro por lo que Dios ha hecho de ustedes! Me inclino ante ustedes como una de Sus más nobles creaciones. ¿Así los honra y se inclina Miguel ante ustedes? ¡No! Él dirigiría cada uno de sus pensamientos, cada uno de sus planes, y guiaría sus esperanzas. ¿Son ustedes simples niños que no tienen voluntad propia, ni deseos propios? ¿No tienen inspiración ni hombría? Para los sabios, el mal es la sumisión y la obediencia absolutas. Para el estúpido, cualquier dirección del ser es mala, y cualquier ejercicio de la libre voluntad es un error y no se debe cuestionar la obediencia. ¿Son ustedes sabios o estúpidos? Esa es la pregunta que deben contestar en sus corazones.

-¿Entonces el único mal es la estupidez y la negativa de utilizar la potencialidades totales de nuestro ser?

-Cierto -dije yo-; tú lo has dicho.

-¿No tenemos derecho a ocultar las profundidades de nuestras almas a los otros?

-Ustedes no tiene ese derecho. Es un insulto a Dios.

-¡Estoy confundido! -dijo un joven-. Ahora no sé la diferencia entre el bien y el mal.

Yo escondí de ellos mi odio absoluto y triunfante, y sonreí benignamente:

-¿Qué es el bien y qué es el mal? Eso lo deben decidir por ustedes mismos. Sólo les pido que guarden reserva cuando vuelvan a escuchar a Miguel, y los amenace y trate de negarles lo que realmente son.

Los dejé con su confusión. Verás, Miguel, que yo he ganado de nuevo. Soy más persuasivo que tú, pues sólo inspiras el temor de Dios en los hombres, en cambio yo los inspiro con la posible glorificación. ¿Qué hombre se puede resistir a eso? ¿Qué hombre puede resistir la ilusión de que ha sido llamado por Dios Mismo para mejorar la suerte y la vida de otros? Tú le llamas vanidad y mal a esa presunción. Yo le llamo mi victoria sobre las razas animales de hombres.

Me fui de Limpo, y no pude resistir una última mirada a su perfección. Ella va a ser mía pronto; si no en esta generación, entonces en la siguiente o la que vendrá después de la siguiente. Porque aunque los hombres de Limpo no lo sepan todavía, les he dado el deseo de poder y la ambición. Les he enseñado a considerar a otras razas como inferiores a ellos, y necesitadas de sus esfuerzos por mejorarlas y gobernarlas. Les he dado la exaltación de sus propias potencialidades.

(ojo) Si esta generación me resiste, el sueño lujurioso pasará de todas formas a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta que los poetas le canten a ese sueño y éste se convierta en bueno y no en malo, en deseable y no en detestable. He sembrado confusión, y los principios de la guerra y del odio.

Les he preparado la muerte, la ruina y la caída, y he levantado mis manos entre ellos y la esperanza de

Cielo. ¡Felicítame! Pero ofrece mis condolencias a Nuestro Padre.

Perdóname si te causo fastidio durante un momento, pero deseo comunicarte que dos de mis científicos han inventado una nueva arma para los hombres de Terra. Puede ser lanzada en un parpadeo y puede sostenerse en la palma de una mano. Sin embargo, tiene el poder de volatizar a todos los mamíferos en un rango de tres mil millas terrestres, todos los mamíferos con una temperatura de noventa y dos a noventa y nueve grados en la sangre. Puede ser completamente dirigida por una máquina, la cual se puede colocar en cualquier parte, tan ligera es y tan maniobrable. No matará a los nobles insectos y mamíferos de una temperatura menor o superior a la del hombre, ni a los peces en los mares, ni a los pájaros y otras criaturas valiosas. Sólo extinguirá al hombre.

No va a lesionar o estropear ninguna de las obras de los hombres, ni sus ciudades. Pero lo va a borrar a él entre uno y otro respiro, silenciosa, lentamente, de forma que naciones enteras se irán como una bola de humo. ¿No es ingenioso? Ah, estoy orgulloso de mis científicos. Las armas que ellos inventaron para Terra y para otros mundos no son nada en comparación con ésta, y de alguna manera eran más sangrientas. Eran también más espectaculares, y yo adoro los espectáculos. Pero esta arma es admirable. Me gustaría que arrasara hasta la sangre y los huesos de los hombres de Terra, y no dejara una sola mancha tras de sí.

Creo que la entregaré a una de las naciones bárbaras, la más grande de todas, porque no sólo posee en vastas cantidades la sustancia de que está hecha esta arma, sino que es fácil de desarrollar y no es intrincada. Yo prefiero la nación bárbara, porque cuando menos es viril y muestra un impulso salvaje por el poder, y es por lo tanto honesta. Por otra parte, las naciones “civilizadas” están formadas de hombres mentirosos y sonrientes que

enmascarar sus ansias de poder bajo un lenguaje benevolente y sonrisas afectadas. Los bárbaros no hablan de Hermandad. No están avergonzados de su país; lo respetan. No utilizan el pretexto de amar a sus congéneres, como hacen los hipócritas de las naciones “civilizadas”, sino que desearían temerariamente un imperio, y yo prefiero a los hombres temerarios que a los cobardes afeminados y sentimentales, que proyectan su maldad con delicadas lágrimas y protestan que aman a cada uno de sus semejantes. Si una nación deberá gobernar Terra -hasta que yo la haya destruido completamente- deberá ser la de los bárbaros, que son menos enfermos que sus hermanos, siempre utilizando palabras virtuosas e incluso la Palabra de Dios para lograr propósitos mucho más perversos.

A través de las eras de Terra, el bárbaro nunca ha sido completamente mío, porque en lo profundo de su alma melancólica hay un resquicio de verdad y realismo. Es sólo cuando éste se civiliza -¡y cómo me divierte esa palabra!- que se vuelve corrupto, mentiroso y tejedor de fantasías mórbidas, engañosas e insanas. El bárbaro es un árbol salvaje, y su fruto, aunque amargo, puede proporcionar alimento. Pero el hombre civilizado no siembra nada de valor, su mente es calculadora, a donde llega deja devastación. A lo sumo, o a lo peor -tú puedes elegir la palabra-, es un eunuco.

Estarás de acuerdo conmigo en que no puede haber ninguna duda al elegir entre un eunuco y un bárbaro. Este último es un hombre de talento.

Tu hermano, LUCIFER

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, quien se engaña a sí mismo al suponer que puede discernir el futuro:

Nuestro Padre ha recibido tus condolencias por tu próximo plan, y como sabe que en eso eres sincero, te da las gracias. También me ha dicho: “Informa a Mi hijo Lucifer que si él inventa los caminos de la muerte para todo Limpo, y seduce a Mis hijos en ese gracioso planeta, es posible, como sucedió antes, que Yo ya haya diseñado los caminos de su salvación. ¿Alguna vez he abandonado a Mis hijos por doquier? Que Mi hijo Lucifer recuerde eso.”

Debo confesar que estoy de acuerdo en que el bárbaro es el menos ofensivo entre los hombres y que las civilizaciones producen atrocidades, porque así como se extiende el bien, se extiende el mal. El bárbaro sólo obedece las leyes y mandatos de su cuerpo, y éstos son muy simples y sin ninguna sutileza tortuosa. Pero el hombre “civilizado”, cuando es completamente corrupto, como lo es ahora en Terra y en otros mundos, busca más que la obediencia tranquila de las leyes de su cuerpo: exige gobernar las mentes y las almas de los hombres; pensarán como él desea que piensen, o los matará de una u otra manera, ¡cada una más endiablada que la última! Dominará sus corazones y sus pensamientos, sus idas y venidas, sus ventas y compras, y reinará sobre sus creencias personales, sobre las más pequeñas manifestaciones de sus actividades, sobre sus hijos y sus esposas, e incluso sobre lo que echan a sus ollas. Porque el hombre “civilizado” es inefablemente vulgar, y un

figón, y no permitirá privacidad ni la más insignificante fantasía de su corazón a otro hombre. El debe dirigir y aconsejar siempre, y es el más siniestro practicante del dudoso arte del voyeurismo. En suma, es una criatura obscena, y en esto no disputo contigo. En Terra han existido civilizaciones anteriores que eran obscenas, pero ninguna tan espiritualmente lasciva como la actual, ninguna tan descolorida y esencialmente estéril, ninguna tan monótona y sin imaginación. Casi resulta imposible creer que mi hermano Lucifer, tan brillante y de tan admirable belleza, pueda haber visitado este mundo fastidioso y vacío. En cuanto a mí mismo, yo prefiero el esplendor del bárbaro y el salvaje amor por el drama verdadero, a los libros polvosos y lascivos y la falta de sangre del hombre moderno. Como tú has dicho, uno es hombre y el otro no, y Nuestro Padre ama a los hombres.

También estoy de acuerdo en que no es muy amplio el abismo entre el bien y el mal. En verdad, solamente mide el grueso de un cabello. ¡Sobre todo tú deberías saber eso! El tráfico que cruza ese cabello es tumultuoso según hemos observado, y hemos observado también que, si es fácil caer en el mal, el regreso es casi igual de fácil. Ambos requieren de un acto de la voluntad, y la voluntad de un hombre no se paraliza nunca, no, ni siquiera en el hombre malvado. Un esclavo merece ser un esclavo porque no tuvo el coraje de negarse ni el honor de luchar por su libertad, ¡lo cual debería ser para él definitivamente más importante que su vida! Sin embargo, los hombres han rechazado antes la esclavitud, y es posible que la rechacen de nuevo. La esclavitud es un mal, pero es el mal del esclavo y no del amo. Los oprimidos son culpables de su opresión, los ansiosos de su ansiedad, los desesperados de su desesperación. Para ser libres sólo necesitan ser hombres, como los hizo Nuestro Padre. Los gobiernos dictatoriales no surgen por las faltas de unos pocos, ni siquiera por

la ambición de unos pocos. Sus pueblos accedieron a ellos, y consintieron en ser gobernados por ellos, porque eran cobardes. Sólo hubo una sola y verdadera Víctima en Terra. Las interminables multitudes que han formado la humanidad a través de los siglos gimiendo que fueron “víctimas” indefensas, no parecían saber que proyectaron su propia victimación, con su pusilanimidad, su descuido, su excesivo optimismo al creer en la bondad “inata” del hombre, su falta de imaginación o su lógica falta de confianza en sus congéneres. Una ciudad que se rinde sólo se debe culpar a sí misma por sus cadenas. Y por no haber preferido la muerte a la esclavitud porque la muerte no es nada, mientras que el deshonor es inmortal. Sin embargo, ¡cuántas veces le has susurrado al hombre que es mejor vivir de rodillas que morir como un hombre sobre sus pies, y lo has convencido de que la mera existencia física es de mayor valor y que debe acariciar, calentar, alimentar, consentir, decorar y abrigar su carne a todo costo, incluso al costo de su hombría! No hay mayor bajeza del espíritu humano.

Despertar de la Piedad de Dios, como lo hacen tantos incalculables millones de hombres, es como lo ha dicho Nuestro Mismo Padre, la mayor ofensa que se le puede hacer a Él. Sin embargo, los hombres siempre se desesperan y no luchan por su libertad, que fue un don de Dios, porque no entienden que cuando pierden la libertad del cuerpo pierden algo mucho más grande; la libertad del alma. El hombre rendido, que no sólo entrega su esperanza en el mundo sino también su esperanza en el Cielo, cuando accede a la más pequeña cadena hasta bajo el pretexto del “bienestar para todos”, comete un acto de pecado como si hubiera consentido en ser mutilado y esclavizado para siempre. Sobre todo, es responsable de su propia alma, y no puede revocar esa responsabilidad sin la más lamentables consecuencias. Sólo el fuerte puede proteger al débil. Sólo el

noble de corazón puede inspirar a otros hombres a la nobleza, al sacrificio, a la autodisciplina, al amor. Sólo un hombre piadoso puede conocer a Dios, pero esto es algo que los hombres de Terra y otros mundos caídos rechazan, y en ese rechazo verdaderamente mueren sus almas, y se convierten en tus esclavos por su propio consentimiento, por su propia voluntad.

Así lo he dicho a los hombres de Limpo. Los visité sólo ayer, en su tiempo, y me saludaron con expresiones perturbadas y solemnes, y un poco reservados, porque tu trabajo de seducción lo realizaste bien, Lucifer. Estas fueron mis palabras: “El Dragón los someterá, como ha sometido a otros mundos, y los privará de la libertad de extender las posibilidades de su espíritu; los convertirá en sus esclavos, y los esclavos no tienen ninguna posibilidad. No deben esperar que amplíe sus horizontes, sino que los confine a la prisión, impidiéndoles el ejercicio de su idealismo inato y de su amor por la creación. Los hundirá en sus propios engreimientos y vicios, y ustedes odiarán a todos los que discrepen con sus comportamientos. Cierta día, cuando Nuestro Padre lo decida, y ustedes no hayan caído en su vanidad, y su falaz ilusión de que tienen derecho a gobernar mundos inferiores no hay resultado en agresión contra otros, Dios les dará la oportunidad de llevar sus inventos, sus aspiraciones y sus virtudes a mundos menos afortunados que el suyo. Pero no serán mundos caídos, sino sin pecado, como ustedes están aún sin pecado. Entonces en verdad se mostrarán ansiosos por aprender de ustedes, y los amarán como ustedes los amarán a ellos en el Nombre de Dios. Habrá regocijos mutuos y verdadera comunión entre los hermanos, e intercambio de maravillas y sabiduría.”

“Pero si ustedes escuchan a mi hermano Lucifer extenderán el pecado, la maldad y la muerte a través de todos los mundos que consigan, y estas leyes gobernarán

también en Limpo, y sus hijos sabrán lo que es morir, sufrir y desesperarse. Es su elección.”

-¿Es él verdaderamente un arcángel? - pregunto uno de ellos.

-Él es verdaderamente un arcángel.

-¿Es él uno de los hijos de Dios, como dijo?

-Él es verdaderamente uno de los hijos de Dios.

-¿Por qué Dios le permite seducir las almas de los hombres, destruirlos y traerles la muerte?

-No lo permite Dios, sino los mismo hombres. Es su elección.

-Ay -exclamó una de las mujeres-; nosotros sólo somos carne y él es un gran espíritu. ¿Cómo podemos luchar contra sus maniobras?

-Ustedes tienen el poder de Dios como su armadura y su espada, y Su Promesa.

-Pero si nosotros nos mantenemos sin pecar, ¿cómo convenceríamos a nuestros hijos?

-Si ustedes no caen, entonces sus hijos tampoco caerán.

-¿Y si lo hacen a pesar de todas nuestras esperanzas y oraciones?

-Tendría que ser su elección, porque Dios no le niega a ninguno de Sus hijos el libre albedrío. Este es su deber entonces: enseñar a sus hijos que nada es más importante que la Ley de Dios y Su amor. Si ustedes les enseñan esto con diligencia, ellos no se apartarán pero deben permanecer vigilantes en su enseñanza, nunca descuidados, o demasiado absortos con los asuntos de su mundo. Eso también es pecado.

Ya habían nacido algunos niños en Limpo y dormían en los brazos de sus progenitoras; vi sus rostros puros y radiantes, sin pecado y sin culpa, y les dije a sus madres:

-Manténganlos así, seguros, y sobre todo en el temor de Dios. Pongan en sus pórticos Su Señal y guarden en su corazón Su Palabra; construyan templos para Él y nunca olviden, porque olvidarse de Dios es la más

terrible maldad. Después de la generación de éstos, sus hijos, yo ya no los volveré a visitar excepto en espíritu, y entonces no me verán. Pero recuerden siempre lo que les he dicho, para que sus hijos no mueran y con ellos sus hijos.

Esta vez no les hablé con gentileza, como lo había hecho antes, sino con severidad, porque están en juego todo un mundo. Al ver mi semblante sintieron temor, y yo me alegré de su temor.

Uno de ellos dijo:

-Le diremos: “¡Vete, padre de las mentiras y de la esclavitud y de toda la corrupción y la muerte! Nada tuyo queremos, y nunca más te escucharemos.”

-Así sea -contesté-. Es su elección, y debe ser también la elección de sus hijos, y de los hijos de ellos, para siempre, para que no mueran todos. Ustedes han observado un pequeño mundo llamado Terra, en los límites externos de ésta, mi propia Galaxia, que es la suya, y han visto lo que es caer y conocer la muerte. Yo no les puedo revelar su futuro, porque sólo Dios lo conoce. Que sea suficiente para ustedes saber que a través de los milenios de Terra sólo han gobernado el temor y el horror, la sangre y la guerra, las oscuras eras de desolación y la caída y surgimiento de continentes, los desastres, la crueldad, la maldad y la esclavitud. Ahora, sólo son palabras para ustedes, pero si ustedes caen, serán su propia realidad también.

“Una vez los habitantes de Terra moraron en un Jardín como en el que ustedes viven ahora, y todo era calor, paz, amor, fantasía, inocencia, vida e inmortalidad, risa y júbilo. Los hombres amaban a Dios, como ustedes lo aman. Él paseaba con ellos por el Jardín, como lo hace con ustedes, Escucharon Su Voz, como ustedes la escucha. Ellos llamaron Padre y Señor, como ustedes también lo nombran. Él se deleitó en ellos, como se deleita en ustedes. Su ángel los visitó a ellos, como yo los visito ahora a ustedes.”

-¿Y sin embargo cayeron?- dijo un hombre joven, temblando.

-Ellos cayeron.

-¿Escucharon las palabras de Lucifer?- preguntó otro.

-Escucharon y todavía escuchan, además.

-¿Cómo es posible?- exclamó uno.

-¿No lo escucharon también ustedes? Él va a regresar, porque siempre regresa. Y cuando lo haga sus sugerencias van a ser más engañosas, y pudiera ser que ustedes las aceptaran, pues no sólo va a hablar cuando regrese de nuevo, sino que los va a deslumbrar con maravillas que no existen y va a encender sus espíritus si ustedes lo escuchan y no se apartan de él de inmediato.

Los miré más severamente antes de partir. ¿Podrás seducirlos tú? Ni siquiera lo sabes, sino sólo Dios.

Anoche Terra tuvo un visitante, como los tiene tan seguido: Ella, la Madre del Señor, María. Te vi observándola, como yo la observaba, cuando se deslizó sobre la faz de Terra expresando un gran pesar en sus ojos inocentes y un gran dolor en su rostro. Pero solamente tú y yo la vimos, porque los hombres se han cegado a sí mismos con tus seducciones. Ella caminó como ha caminado siempre, con toda su belleza, majestad, gentileza y amor. Hizo una pausa, mientras suspiraba, y levantó sus manos radiantes en oración, porque en este pequeño mundo nació y ella lo ama. ¿No murió sobre él y para él su Hijo? ¿No trataron de reformarlo las generaciones de su raza? Su padre y su madre fueron hechos de su polvo, como ella y su Hijo también lo fueron.

María iba coronada de esplendor, sus ropajes eran como el relámpago y cuajados de estrellas; se veía eternamente joven. Te encontré y tú la miraste en silencio; ella no dijo palabra, pero al fin tú cubriste tu cara con tu mano y te retiraste en silencio. Había

lágrimas sobre su rostro, tal vez porque se acordaba que tú alguna vez fuiste amado por Dios. Y suspiró no sólo por Terra, sino por ti.
¿No te conmueve un poco, sólo un poco, su tierno interés?

Tu hermano, **MIGUEL**

SALUDOS

a mi hermano Miguel, quien no debía haber invocado el nombre de ella, quien tanto sufrió cuando el hombre destruyó la carne de su Hijo en el árbol infame, pues su nombre es más de lo que yo puedo soportar:

En tu carta no debiste haber hecho mención sobre María, ésa la más Bendita de las Mujeres, la más Bendita de las Madres, en estas horas finales de Terra, porque todo lo que ella sufrió en su carne humana ha sido en vano, y todo lo que sufrió su Hijo se ha reducido sólo a burla.

De nada han servido sus advertencias, sus lágrimas y su amor por los hombres, tan inútil como el Sacrificio de su Hijo. Su hombre y el de Él van unidos en el menosprecio de los hombres, y sólo por eso voy a destruir Terra. Se ridiculiza su Maternidad, se impugna su pureza. Si ella llora, yo lloro con ella, ¡aunque no sea por la misma razón!

Últimamente la he visto muy seguido, moviéndose sobre la horrenda faz de Terra, suspirando con pesar maternal, orando porque sus hijos entiendan antes de que se les acabe el tiempo. Pero también sus oraciones son en vano. ¡Hay veces en que yo oraría porque no fueran en vano! Pero eso es mucho esperar de los hombres.

Hasta pronto, Miguel. Nuestro diálogo ha terminado, porque ya no hay más necesidad de él. Me despido también de Nuestro Padre y besa en las mejillas a mis hermanos, porque es mi beso final.

Querido Miguel, yo, que estoy a punto de caer para siempre, te saludo.

Tu hermano, LUCIFER

SALUDOS

a mi hermano Lucifer, a quien en el Cielo todos amamos y quisiéramos tener de regreso con nosotros:

Concédeme mi oración y encuéntrame en el planeta Pelisa, de la estrella Tau Ceti, una hija recién nacida de ese sol. Es muy urgente.

Tu hermano, **MIGUEL**

Preludio al Apocalipsis

El nunca había estado aquí antes, porque era un planeta grandioso, recién nacido, inocente y pleno de gentil vida en forma de bestias y criaturas y pájaros. Su belleza lo deleitaba, porque sus aires eran de un rosa suave y dorado, su cielo malva (porque Tau Ceti era como un gran prisma lavanda que giraba rápidamente sobre su eje), su pasto espeso y suave brillaba con un matiz magenta, sus picos eran blancos y dorados o de un azul brillante, sus montañas dobladas como un terciopelo azur, sus ríos y sus mares de plata pura con penachos lilas, sus lagos violeta. El aire era dulce y fragante con los aromas de las frutas, los árboles cuajados de amatistas, los campos cubiertos de flores todavía sin nombre, y el césped fresco ondulando al ritmo de los alegres cantos de pájaros espléndidamente coloreados.

Vio un edificio blanco con pórticos y pilares al pie de una montaña, escuchó el agua de las fuentes, se detuvo un momento sonriendo y se refrescó, porque supo aquí no encontraría a ningún hombre al cual atormentar y hacer agonizar, y a nadie que esperara ansiosamente ser seducido. Entonces se dirigió al edificio, sabiendo ya quiénes lo recibirían porque distinguió varias figuras vestidas de blanco y cubiertas, emergiendo de los pórticos del edificio y mirando en su dirección. Caminó con toda la grandiosidad que le había sido dada, su manto de oro deslumbrante y coloreado de un morado intenso y real. Llevaba una corona vibrante de luz, pues siempre lo habían conocido Dios y sus hermanos

como la Estrella Matutina, y su espada resplandeciente de joyas enfundada. Su paso era tranquilo y augusto, y el aire vibraba sobre él y se avivaba, porque ni los pesares ni los anatemas de miles de siglos podían robarle el poder y la gloria que habían sido suyo desde el momento de su creación.

Pero como el planeta Pelisa tenía una esencia más densa que su propia esencia, había tenido que reducir la vibración de su espíritu, aunque no al nivel de otros planetas. Así que sus alas de luz eran sólo una manifestación tenue sobre sus hombros y difícilmente visibles. Sus zapatos dorados centellaban con la energía de su ser, y casi no tocaban el césped. Era hermoso más allá de lo imaginable, él que alguna vez fue el virrey de Dios, el más grande, noble y orgulloso de todos los arcángeles, y entrañablemente amado por su Padre y sus hermanos. Una vez embajador de los ángeles -él que se había levantado de la mano de Dios- no había ninguno que lo igualara en esplendor, en majestad y en realeza. Sus largas manos blancas brillaban con gemas que se encendían con la luz prismática del gran sol, Tau Ceti, y sus brazos musculosos y fuertes estaban ceñidos con bandas de oro y joyas.

Pero su rostro, sobre todo, inspiraba un temor reverencial: parecía de mármol pulido, con una nariz fuerte y una boca apasionada, y con ojos de una sagacidad azul acerada que habían visto levantarse y caer incontables eras, habían visto ir y venir interminables universos como el rocío del amanecer, y habían visto impasibles tanto el tiempo como la eternidad. Su espesa cabellera negra caía sobre sus hombros, y brillaba. Ningún arcángel había igualado nunca su altivez, su belleza y la intensidad de su espíritu, y su ironía había sido tanto la delicia como la burla del Cielo. Junto a Dios, él era lo más poderoso en la vida, y la Fuerza Contendiente.

Primero llegó hasta él Miguel, el de cabellos dorados, de rostro varonil y sonriente y sabios ojos azules,

quien con voz emocionado le dijo: “¡Luciel!”, y apretó sus brazos como saludo. Hacía mucho que no se veían y ahora estaban frente a frente, y después del saludo, durante un momento, Miguel no pudo decir más. Pero sus ojos brillaban con tristeza y amor.

Lucifer regresó el abrazo, y se detuvieron mirándose uno al otro como hermanos, uno el victorioso y el otro inciertamente conquistado y lanzado del Cielo. “Saludos Miguel”, dijo Lucifer al fin, y su voz era como Miguel la recordaba tan dolorosamente: sonora y profunda, pero con un sobretono musical. Sin embargo, al sonido de su voz el murmullo de la brisa calló de repente, y los pájaros también, y fue como si todas las cosas sostuvieran su aliento con turbado temor.

Enseguida llegó hasta él Gabriel, el de los rizos plateados y los ojos grises, y lo abrazó con la única palabra de afecto: “Luciel”. Luego vino Rafael, como un hermano menor, con pelo oscuro y ojos oscuros, una apariencia abierta y masculina, y una mirada orgullosa, y luego el gentil Ariel, con cabellos cafés y ojos leonados, lleno de gracia, y más joven que todos ellos. Estos dos también lo llamaron por su nombre y lo abrazaron, y lo miraron en forma extraña.

-Veo que no todos están aquí -dijo Lucifer.

-No -dijo Miguel-, no todos.

-Falta Azael, la Muerte, mi hermano- dijo Lucifer sonriendo desmayadamente.

-Pero tú no has estado antes aquí -dijo Miguel. Todos ellos caminaron juntos hacia un claro rodeado por enormes árboles color ciruela, y se sentaron sobre bancas de mármol ante una mesa de mármol sobre la cual esperaban platos de alabastro con frutas, pan blanco y miel, y vino en jarras de plata. Sus túnicas caían sobre sus macizos cuerpos y extremidades como blanca madera tallada, y todos, como observó Lucifer, llevaban espadas, lo cual lo hizo sonreír de nuevo con su terrible y hermosa sonrisa.

-Aun así son suficientes -dijo él-; yo sólo esperaba a Miguel -los demás estaban en silencio contemplándolo misteriosamente pero con un aire tranquilo a la vez que urgente. Él le dijo a Gabriel:

-Lo siento por Polosi.

-Eso lo sé -dijo Gabriel con su maravillosa voz, porque él era el mensajero de Dios.

-Y Acosta -dijo Lucifer dirigiéndose a Rafael.

-Sí -dijo el arcángel con pesar.

-Y Betelgenia -dijo mirando esta vez a Ariel.

Ariel inclinó la cabeza, nublados los ojos como con lágrimas.

-Ninguno me significó placer -dijo Lucifer.

-Sabemos eso. ¿No lo hemos sabido siempre? -dijo Miguel.

Lucifer alargó la mano, tomó un racimo de uvas de una vasija y observó sus colores opalescente con sincera admiración. Luego comió unas pocas lenta y meditativamente, y preguntó:

-¿Por qué están aquí ustedes, hermanos míos, con Miguel?

-Por tu amado bien -dijo Miguel.

El rostro grandioso y temible se oscureció. Volteó lentamente y sus ojos recorrieron el panorama.

-Este es un verdadero paraíso -dijo-. ¿Es la intención de Nuestro Padre oscurecerlo, destruir su hermosura y traer la maldición sobre el con la presencia del hombre?

-Eso no te lo puedo decir -dijo Miguel, quien habló por sus hermanos.

-¿Pero le va a dar el libre albedrío?

Miguel no contestó y Lucifer rió. El lugar estaba sumamente silencioso. Los pájaros nos habían renovado su canto, y las brisas habían detenido su gentil melodía. Las formas de criaturas inocentes ya no retozaban entre los árboles o sobre el césped, y permanecían encogidas y como presa de una espantosa amenaza. Había una

sensación de opresión en la atmósfera, como si la luz se hubiera opacado vagamente. “Todas las cosas me temen”, pensó Lucifer, “Sin embargo, la peor amenaza no soy yo, sino la creación del hombre.”

El joven y gracioso Ariel se levantó y sirvió vino a sus hermanos; ellos tomaron las brillantes copas en sus manos y las llevaron a sus labios. Sobre los bordes de las enjoyadas copas sus ojos graves e implorantes estudiaron a Lucifer, quien estaba con ellos, pero no era parte de ellos, y Miguel recordó que siempre fue así, aún en el Cielo. Él los amaba, pero con un amor condescendiente, porque él era más grande que todos y era el mayor, y en muchas formas tenía más sabiduría.

-Ustedes desean pedirme algo -dijo Lucifer a Miguel, después de que hubieron bebido el vino perfumado.

-Cierto -dijo Miguel.

-Si se relaciona con ese miserable pequeño grumo, Terra, les pido que ahorren su aliento -dijo Lucifer.

-Se refiere a ti -contestó Miguel.

-Entonces ciertamente se refiere a Terra y a Nuestro Padre.

-Él quiere que te arrepientas y regreses a Él -dijo Gabriel, mirándolo con sus luminosos ojos grises.

Lucifer acercó su copa a Ariel para que le sirviera más vino, y el joven arcángel le llenó de nuevo. Lucifer miró las profundidades de su copa, levantó enseguida sus ojos, miró cada rostro y reflexionó. Al hacer esto, se oscureció la luz de la atmósfera.

-Reflexionemos un momento -dijo Lucifer-; hace mucho tiempo que no platicábamos todos. Yo he pensado profundamente a través de las eras de los soles, y dudo que ustedes hayan seguido mis pensamientos. ¿Estamos de acuerdo en que Nuestro Padre es omnisciente, y conoce el tiempo y la eternidad, el pasado, el presente y el futuro simultáneamente?

-Sí -dijo Miguel. Ahora todos los ojos se fijaron en Lucifer, esperando.

-¿Entonces han considerado ustedes esto? En el momento en que Él me creó, ¿sabía que yo sería después su oponente en el tiempo y en la eternidad?

Miguel dudó. Finalmente dijo:

-Así debe haber sido.

Lucifer sonrió de nuevo.

-Si Él es omnisciente, y eso no lo negamos, incluso antes de crearme sabía que yo lucharía con Él y su despreciable creación, el hombre.

Por primera vez los demás estaban intranquilos.

Con voz acariciadora dijo Lucifer:

-¿Estamos de acuerdo en que así como Él tiene a toda la eternidad y a todo el tiempo en Su Mente, nada le ha sido ocultado?

Ellos permanecían en silencio, observándolo.

-Él sabía que mis infiernos y mi oposición a Él desde su principio... ¿Pueden negar eso ustedes?

-No conocemos los Pensamientos de Nuestro Padre -dijo Gabriel.

-Dulce hermano, ésa es una evasiva. Pero díganme: hemos reconocido la omnisciencia de Nuestro Padre, como lo ha proclamado Él Mismo. ¿Por qué entonces me creó y a través de mí a todo el mal de las eras del tiempo?

-Es un gran misterio -dijo Rafael.

-Así se ha dicho siempre -observó Lucifer con amarga impaciencia-; estoy cansado de oír hablar de los misterios de Nuestro Padre, y de refugiarme de las dudas en la obediencia y reverencia. Es cierto que yo soy el creador del dolor y de la desesperación, de la enfermedad y la disolución, de la agonía y la perdición, del fuego y la pérdida, de la malevolencia, los tormentos de la carne y todas las angustias del hombre. Pero estas cosas no existirían si Él no me hubiera creado. ¿Por qué entonces lo hizo así?

Ellos no contestaron.

-A menos que -dijo Lucifer, con la voz más calmada e insidiosa- ¡Él no sea omnisciente después de todo!

Su sombra brilló como una flama sobre el césped, y sus hermanos sintieron su terrible poder, y la pasión, oscuridad, ira y rebelión de su espíritu.

-¿Entonces? -dijo Lucifer-. ¿Soy yo entonces el verdadero creador del mal y debo por lo tanto ser condenado?

De nuevo la fría ferocidad de sus ojos azules se movió burlonamente de rostro en rostro, y viéndolos tan perturbados, se apoderó de él una exaltación temeraria.

-Tal vez -dijo con gran gentileza- nosotros debíamos tener piedad de Nuestro Padre, y asumir que Él no es omnisciente y sólo conoce el pasado pero no el futuro.

-¡Eso sería negar lo que Él mismo ha proclamado! -dijo el joven Ariel.

-¿Nos estás tentando, Luciel? -preguntó Miguel, y su mano tocó el puño de su espada: Lucifer vio el gesto y rió fuertemente, y un murmullo de trueno perturbó el aire inmóvil. Él levantó su propia mano y las joyas lanzaron destellos sobre ella.

-¿Tentarte a ti, mi hermano? -exclamó él aparentando incredulidad-. ¿No son ustedes invulnerables a mi poder?

Después miró hacia las montañas y los mares y la tierra blanda y pareció meditar, pero sus ojos estaban excitados. Aún al hablar, lo hizo en un tono pensativo.

-¡Todas estas gloriosas palabras! ¿Por qué Él no estaba satisfecho? Pudo haber creado más legiones de nosotros, quienes lo habríamos adorado en la eternidad. ¿Por qué creó al hombre?

-Eso lo has preguntado interminablemente antes -dijo Rafael, el de los ojos oscuros.

-Cierto. Pero nunca he tenido la respuesta. ¿Somos tan estúpidos como los hombres? ¿Por qué desaprueba Él nuestra habilidad para entender?

-Él creó al hombre por Amor -dijo Gabriel-. Nosotros somos espíritus y no estamos involucrados en la

materia densa. Él habría dado alma inmortal a la materia y sensibilidad a todas las cosas para que lo amaran. Debes admitir que, aunque son materia, todos sus mundos son hermosos más allá de las palabras. Pero no están aquí sólo para que nos divirtamos ni serían necesarios siquiera para nosotros, porque somos espíritus. Hay infinitud de posibilidades en la mente de Nuestro Padre. ¿Tú se las negarías?

Pero Lucifer dijo, como si estuviera meditando:

-Por Amor dices tú, Gabriel. ¿No era suficiente para Él nuestro amor? ¿Tenía que buscarlo en las entrañas y en los sucios callejones de las mentes de los hombres? ¿En las cloacas y los mingitorios? ¿En los abismos y los desechos del hombre? ¿Por qué se ha rebajado a Sí mismo de esa manera, y nos ha sumergido a nosotros?

-No nos corresponde saberlo a nosotros -dijo Miguel severamente.

Lucifer sorbió su vino, tomó un fruto rosado, lo contempló y dijo:

-¿Entonces admites que Él se rebajó, y a nosotros junto con él?

Ahora Miguel sonrió ampliamente:

-¡Que sugerente eres, Luciel! ¡Me consume la admiración! ¿Pensaste por un momento que podías atraernos a nosotros a tu propio pecado?

-No del todo, querido hermano. Sólo te he pedido que consideres mis preguntas.

Miguel movió su cabeza con alegría y respondió:

-Nosotros le dejamos a Dios tanto las preguntas como las respuestas. Para nosotros es suficiente.

Lucifer suspiró:

-Siempre me has aburrido con tu blanda aceptación de todas las cosas. Yo voy a seguir haciendo preguntas, pero cuando no se responde una pregunta, se puede suponer que no existe una respuesta.

-Excepto en Dios -dijo Rafael.

-Regresemos a la omnisciencia de Nuestro Padre,

una cuestión que han evadido sordamente ustedes. Si Él es verdaderamente omnisciente, entonces Él y no yo es el Creador del mal entre los hombres. Porque Él me creó a mí.

-Eso se lo dejamos a Dios -dijo Miguel.

-¡Dulce y obediente hijo del Más Alto! ¡Qué admirables eres! -el disimulo en la voz de Lucifer los golpeó a todos como una espada-. Pero el hombre hace preguntas que ustedes no hacen, por lo tanto es menos dócil que ustedes, y tiene una mente más penetrante.

-¿Tú negarías que nosotros tenemos libre albedrío? -preguntó Ariel.

-No. Pero ustedes no lo ejercitan. No preguntan, y el hombre sí. ¿No se puede suponer por lo tanto que él tiene más valor que ustedes, es más decidido y más meditativo?

-Tú lo tientas para que haga preguntas prohibidas -dijo Rafael.

Lucifer levantó su mano para negarlo.

-Yo presento la pregunta -dijo-. Si el hombre hace eco y reflexiona sobre ella, entonces tiene más vida que ustedes, y ejercita las prerrogativas del libre albedrío, lo cual no hacen ustedes. Por el solo hecho de hacer preguntas se levanta a sí mismo sobre las bestias.

-Me alegra ver que ahora tienes una mejor opinión del hombre -dijo Miguel, pretendiendo ser grave-. ¿Podemos tener esperanzas nosotros entonces?

Lucifer sacudió su hermosa cabeza:

-¡Qué evasivo eres! Pero yo no esperaba más sabiduría aquí que la que esperé en el Cielo. Dime, ¿no se ha dicho que no se puede plantear ninguna pregunta a menos que haya una respuesta? ¿La respuesta de Dios?

-Cierto -dijo Rafael.

-Entonces, ¿por qué ustedes no hacen las preguntas, cuyas respuestas tiene Dios en Su Corazón? ¿Por qué le niegan la oportunidad de contestar? ¿No es eso en sí mismo un rechazo a Su Amor y a Su voluntad para

iluminarlos? ¿No le están imputando con ello una falta de omnisciencia?

-Le estamos imputando una mayor sabiduría que la nuestra -dijo Miguel-. Si no nos ha informado todavía, significa que debemos esperar sus respuestas al misterio de toda la creación, incluyendo el tuyo.

Lucifer virtió el vino de su copa sobre el césped, y misteriosamente éste se murió de inmediato como si lo hubiere tocado el fuego. Su voz se hizo más fuerte y le hizo eco el primer trueno en el planeta.

-¡Miserables esclavos! ¡Sólo yo en el Cielo lo he cuestionado! Yo fui el más grande de todos. ¡Él hizo mi espíritu, mi mente, mi habilidad para indagar! Si Él no hubiera querido que yo tuviera dudas, ¿no hubiera hecho Él esas dudas imposibles para mí?

En su mano la fruta se marchitó y se secó, y fue lo primero que se pudrió sobre el planeta. Lucifer la tiró, pero sus ojos, llenos de burla, no se apartaron nunca de los rostros de sus hermanos.

-¡Contéstenme! -exclamó.

-Nosotros también podemos preguntar -dijo Miguel-; pero sabemos que aunque hay respuestas, todavía no es la hora de que nos sean dadas. ¿Es tan difícil para ti entender eso, Luciel?

-¡Entonces Él deshonra a sus hijos al negarles las respuestas!

-Por tu orgullo, supones que eres completamente capaz de entender -dijo Rafael-. Pero Él es Nuestro Padre, y nosotros sólo somos Su Creación, y somos como niños delante de Él, y aún no ha llegado el tiempo. Esto nos lo ha hecho comprender Él, y sólo tú te negaste a aceptarlo. ¡Sólo tú insististe en que se te iluminara de inmediato!

-Nuestro Padre sólo nos pide obediencia -dijo Miguel lamentándose-. ¿Es eso, la obediencia, una petición tan difícil de cumplir a Dios, Quien en Su amor nos creó, y haría que toda la creación se acercara a Él

para que lo sirviera en la felicidad, el deleite, la maravilla y el éxtasis?

-¡Embeleso infantil! -dijo Lucifer, con burla, y sus ojos centellaban como relámpagos azules-. ¿Somos en realidad niños llorosos y anhelantes, o esclavos? ¿Nos podemos contentar con juguetes y pequeñas delicias? ¿No tenemos razonamiento y sensibilidad? ¿Y no es la mente, tanto del ángel como del hombre, la más noble de las posesiones y la más digna de ejercitarse? Es con nuestras mentes como más nos acercamos a Él, quien es todo Mente. Mente creadora de toda la filosofía, de todo el orden, de toda la belleza, de toda la satisfacción, pero la emoción es la más baja de las virtudes, si es que es una virtud. La mente tiene en sí misma la capacidad para conocer todas las cosas, al menos la mente de los ángeles.

-Pero la mente, ya sea de un ángel o de un hombre, es más noble y más pura cuando es leal y obediente, y reconoce que no puede entender a la Mente Superior que lo ha creado, aunque no está separado de ella -la severidad de Miguel hacía irradiar su cara con una luz fresca, y continuó-: ¿No podemos suponer que, junto con el libre albedrío, Él nos ha dado la habilidad para buscar el conocimiento de todas las cosas, la capacidad para disentir y rebelarnos, y así caer por nuestra propia voluntad?

Lucifer se levantó y dijo con desdén:

-Así lo hemos discutido ambos en el Cielo y a través de toda la eternidad, y ustedes nunca me han dado una respuesta satisfactoria ni me han contestado como criaturas racionales. Por lo tanto para ustedes lo irracional no es un pecado sino una virtud, aunque yo creo que, en lugar de virtud es una miserable estupidez -señaló a cada uno de ellos-. ¿Quiénes eran ustedes en comparación conmigo? Sólo yo tuve la inteligencia y la virilidad para hacerle preguntas a Él, a través de los oficios de la mente con los que me regaló. ¿Será posible

que se haya refrenado de darles mente también a ustedes?

-Te aseguro, Luciel, que tenemos mente -dijo Gabriel sonriendo-, y ésta nos dice que debemos obedecer implícitamente, que muchas cosas están ocultas a nosotros por la voluntad de Dios, y que si Él lo desea algún día nos informará. En nuestra obediencia descubrimos nuestro mayor júbilo, al igual que tú en tu desobediencia has descubierto tu mayor agonía.

Lucifer los miró, serenos en sus vestimentas blancas, y supo que había perdido de nuevo, aunque, sólo por un momento, soñó que podía haber logrado su mayor victoria.

-Ustedes me cansan -dijo-. Si su intención al invitarme aquí fue hablar con frases infantiles y cansarme, entonces han tenido éxito.

-Esa no era nuestra intención -dijo Miguel, y también se levantó.

-¿Cuál era entonces su intención?

-Traerte de nuevo hasta el amor de Nuestro Padre, y pedirte que te arrepintieras y regresaras a Él.

Lucifer fijó la mirada en las formas tranquilas y estatuarias que pudo ver por encima del hombro de Miguel, y se regocijó oscuramente.

-Resulta interesante conjeturar -dijo- que si yo no hubiera caído, ¿cuál de ustedes lo hubiera hecho? Después de todo, cuando Nuestro Padre otorgó a los ángeles y a los hombres el libre albedrío fue necesario que creara un área de elección. ¿También fue válido para mí? O, si yo no hubiera caído, ¿lo hubieras hecho tú Miguel, o tú Gabriel, o tú Rafael, o tú Ariel? ¿Piensan ustedes que Nuestro Padre ha sido enteramente justo conmigo?

-No cuestionamos Su justicia -dijo Miguel.

-¡Bendito Cielo! ¡Qué sensibles son ustedes -dijo Lucifer- y cómo eluden responderme! Yo soy la Fuerza Contendiente de Dios. Fue necesario que Él me creara

y, por lo tanto, no le concedo omnisciencia. ¿No soy magnánimo?

Sus facciones se oscurecieron aún más y la lobreguez de su rostro penetró la tranquila atmósfera y ahora se sintió el viento, amenazante y sordo. Las luminosas cabelleras de los ángeles se levantaron y volaron sobre sus rostros, y sobre la hermosa tierra se extendió una sombra siniestra.

-¡Este es un mundo muy grato! –dijo él-. Yo sé que Nuestro Padre tiene la intención de crear hombres aquí también, hombres que desfigurarán la tierra, contaminarán los mares y los ríos, cubrirán al planeta con sus ruidosas ciudades, sus viles suburbios, sus caminos enmarañados y polvorientos, y alejarán de Pelisa toda la vida inocente, todas las gentiles bestias y pájaros, todos los floridos árboles, y harán un desierto improductivo de lo que alguna vez fue paz, música, florestas y bosques. Él pondrá a sus hijos gimoteando en cada esquina, gritando a los vientos, ensangrentando los campos con guerras, elevando su clamor en estos cielos lúcidos, revolviendo los tranquilos océanos, haciendo un hedor de los estanques y lagos hasta que no pueda soportarlos ninguna vida. ¿No ha sido siempre así la historia del hombre, quien en su arrogancia considera a su especie con un valor supremo, sobre todas las demás? Nunca aprenderá que es el más feo y revoltoso de la creación. Yo he jurado destruirlo. Digan a Nuestro Padre que cuando haya tenido éxito me arrepentiré de la aflicción que le causaré, pero no de los motivos que tuve para afligirlo. Con el tiempo, Él admitirá que yo tuve razón desde un principio.

Miguel miró de nuevo con tristeza ese semblante frío e imperial, y vio que no se había ablandado la amarga ferocidad azul de sus ojos. Cuando Lucifer hizo ademán de retirarse, su mano se detuvo sobre el hombro de su hermano.

-De nuevo, Luciel, nuestro interés es que tú regreses

a nosotros. tú no eres omnisciente; eso sólo está reservado para Nuestro Padre. Nosotros conocemos las profecías, y todavía hay tiempo. Si haces lo que tienes planeado, nunca más te reconoceremos ni tendremos esperanzas por ti, y nunca más será de nuevo bendecido e iluminado el Cielo con tu presencia.

Lucifer rió fugazmente:

-¿Niegas la compasión de Nuestro Padre, puesto que has admitido que Sus profecías me condenan antes del hecho? ¿Es eso justo?

-La voluntad de Nuestro Padre está condicionada a la voluntad del hombre, a quien tú has corrompido –suspiró Miguel-. Las profecías muchas veces son advertencias, y no están fijadas inflexiblemente en el futuro. tú recordarás que Su madre ha advertido frecuentemente a Terra del destino y el holocausto que se cierne sobre ella si los hombres no se arrepienten y hacen penitencia y buscan la justicia, el amor y la paz. El mal y el destino no son inevitables, pero si no se atienden las profecías, entonces de hecho sobreviene el desastre. El hombre y tú sólo tienen que escuchar, y desear la vida o la muerte.

Lucifer habló con repentina impetuosidad, no usual en él, y mostró un gesto feroz y desesperado.

-Yo lo haría –gritó-, ¡si no hubiera conocido nunca la vida ni hubiera sido creado por Él! ¡Soy Su títere! ¡Y al final, Él me arrojaría eternamente en el pozo sólo para que se cumplieran sus planes desde el principio del tiempo! ¡Me maldijo creando al hombre y ahora me castigará a mí por su propio estigma!

-Detente, Luciel, antes de que sea demasiado tarde –dijo Miguel, con gran pesar.

Lucifer lo miró con burla.

-¡Qué! ¿Has olvidado lo que el Señor dijo sobre estos días de Terra?: “Y escucharán de guerras y rumores de guerras porque una nación se levantará contra otra y un reino contra otro, y habrá hambres, pestes y terremotos,

y éstos son los comienzos del pesar. Entonces muchos serán ofendidos y se traicionarán uno al otro, y la iniquidad y el desamor abundarán entre los hombres. ¡Ay de las mujeres embarazadas y de las madres que amamanten a sus hijos en esos tiempos! Inmediatamente después de las tribulaciones de esos días se oscurecerá el sol y reinará la oscuridad, y las estrellas caerán del cielo y los poderes de los cielos se estremecerán. Entonces se afligirán las tribus de la tierra.” Miguel, así profetizó el Señor el final de Terra. Y de nuevo yo solamente soy Su títere, y lo que yo realizaré fue preordenado por Él.

-No fue preordenado, Luciel. Fue su advertencia, y también la advertencia de Su Madre.

-Sin embargo –dijo Lucifer sonriendo de nuevo-, va a suceder. ¿No lo advirtió Daniel el profeta, mucho antes de que se degradara a sí mismo, naciendo de la carne del hombre? ¿No lo profetizaron Isaías y Joel? ¿Quién soy yo para demandar que no sea así, cuando Él lo ha dicho?

-De nuevo te burlas de mí, Luciel; te repito que las profecías son también advertencias y no están inevitablemente fijas en el futuro.

Lucifer hizo un sonido impaciente aunque indulgente.

-Querido Miguel, tú conoces a Dios mucho menos de lo que yo Lo conozco, porque yo estaba siempre a Su lado y fui Su estrella de la mañana. Admito que no siempre conocí Sus intenciones; en el caso de esta pequeña y miserable mancha de lodo, Terra, sí las conozco. Él me va a utilizar para destruirla y destruirme a mí también.

-El hombre sólo tiene que rechazarte y regresar a Dios, y será salvado, y tú también, Luciel.

-Pronuncias bonitas palabras, pero en tus ojos no hay esperanza, Miguel.

El glorioso rostro de Miguel cambió y se volvió desesperado:

-¡Luciel! ¡El hombre me importa menos a mí, en cualquier lugar del universo, que tú, mi hermano! ¡Tal vez para Nuestro Padre también él sea menos importante que tú!

Si Lucifer se conmovió, no dio ninguna señal.

-Entonces, déjame destruir al hombre, Su único error en todo el universo. ¿Sabías que los hombres de Terra, quienes proclaman ahora que Nuestro Padre está muerto, que el hombre es Dios, que las riquezas constantes son tuyas para siempre, que tienen dominio sobre los mundos y alardean de que los van a conquistar, están siendo consumidos por un sentimiento de reverencia y presagio, aun cuando ríen y profetizan “el glorioso futuro de la humanidad”?

-Cierto, Luciel. El espíritu de Nuestro Padre ha caído sobre ellos con piedad y amor, y les está advirtiéndoles que sus días están contados, que el holocausto y el terrible Apocalipsis se ciernen sobre ellos, a menos que se arrepientan de inmediato y rueguen a Nuestro Padre: “Dios, ¡ten piedad de mí, un pecador!”

-Ah, no lo dirán, Miguel, no lo dirán. Percibo el fantasmal temor que los domina, la inmensa inquietud, la mirada hacia los cielos, la sospecha ambigua de la cual es madre el temor, la sensación de que se cierne el horror y la conflagración, aun cuando se proclaman a sí mismos señores del universo. Hablan de paz y planean masacres. Exaltan la ciencia y la usan para destruir. Lloriquean su amor, mientras desparraman odio. Sí, están llenos de terror y no saben por qué. Si ésta es la advertencia de Nuestro Padre, entonces la advertencia ha sido pronunciada en vano. El hombre está arruinado y lo sabe en su corazón, y acusará de ello a todos, menos a sí mismo.

-Si está arruinado, Luciel, entonces tú estás arruinado con él.

-Será una digna culminación y tendrá sus satisfacciones.

De nuevo se volteó para irse y de nuevo Miguel tomó su brazo.

-No es muy tarde, Luciel. No precipites al hombre hacia su destrucción final.

Lucifer pretendió estar asombrado.

-¡Mi querido Miguel! Es cierto que yo siento, pero el hombre sólo tiene que rechazarme. Si es una criatura tan pobre que debe sucumbir siempre a la tentación, ¿es digno de sobrevivir y de insultar a Nuestro Padre con su existencia?

La mano de Miguel cayó a su lado pero observó obstinadamente los ojos de su hermano, implorando sin palabras.

-Has olvidado –dijo Lucifer con cierta gentileza- que aunque el Señor antes de Su agónica muerte en Terra profetizó que el mundo y todo lo que existe terminaría y sería consumado, y el Apocalipsis caería sobre los hombres, habría algunos que sobrevivirían. Sólo un puñado de hombres justos, pero van a sobrevivir.

-Pero tú no lo harás, Luciel, pues serás lanzado en el pozo con los que has corrompido, por siempre y para siempre.

-Será un magnífico espectáculo. Puedo anticipar el clamor, el llanto y el crujir de dientes, particularmente la parte de los jactanciosos “sabios” de Terra. Me regocijaré en su estúpida angustia por el advenimiento del Apocalipsis, su mirada fija de terror y espanto, el sonido de sus confusas preguntas, el ansia con que en vano se consolarán uno al otro, la desesperanza de su hora final. Yo los voy a conducir a mis infiernos y les diré: “Aquí morarán por toda la eternidad, porque la han construido día tras día a través de toda su vida.” Y yo con placer, y ellos con desesperación, contemplaremos el drama de la consumación de Terra en fuego y llamas, y la justicia de Dios.

Miró una vez más por encima del hombro de Miguel

a sus otros hermanos, y los saludó no completamente con sorna, e incluso con alguna aflicción.

-Adiós –dijo-. Adiós para siempre.

Se alejó, pero Miguel lo siguió y la tierra se hizo difusa y deforme alrededor suyo de manera que se perdieron en la sombra. Finalmente, Lucifer se detuvo en la oscuridad que los rodeaba, y levantó su mano y en el caos apareció la visión de Terra, donde los hombres pedían luz mientras aumentaba la oscuridad y la confusión a su alrededor.

-Piénsalo, Miguel –dijo Lucifer-. Piensa en el más bajo y más despreciable de todos los mundos que Nuestro Padre creó y sobre el cual murió en forma infame Su Hijo. Piénsalo por última vez, Miguel, porque ahora escucharás mi voz. Sólo haré una señal y los hombres me obedecerán de inmediato y caerán uno sobre otro en la última muerte y en el último fuego.

-¡Detente! –dijo Miguel-. ¡Te lo ruego, detente!

-Yo no obligo, sólo tiento. ¿Lo has olvidado?

Su dedo se alzó en un gesto amenazante y autoritario. La mano de Miguel se levantó, como si fuera a tomar la de su hermano, y luego cayó a un costado. Miguel volteó su cabeza, moviendo sus labios en oración.

-Padre Nuestro –oró Miguel-. Padre Nuestro, que estás en el Cielo –y luego con un profundo gemido-: ¡Señor, ten piedad! ¡Cristo, ten piedad!

FIN

Esta obra se terminó de imprimir
en marzo de 1993 en
Tipográfica Barsa, S.A.
Pino 343, local 71-72
México 4, D.F.

La edición consta de 1,000 ejemplares.



***Una singular correspondencia
entre el arcángel san Miguel y el
“hermano” Lucifer nos revela el
verdadero papel del máximo
símbolo del mal en nuestra
existencia.***

**Textos bíblicos y de otras tradiciones
recorren este dramático diálogo sobre
la lucha de Lucifer contra la
humanidad, el poder de su fascinación,
la eterna contienda del bien y el mal, y
su misterio.**

**Sólo una escritora como Taylor
Caldwell podía presentar con tanta
grandeza la confrontación del hombre
con el demonio y hacer aparecer en el
espejo de la maldad los rincones más
oscuros y aterradores del alma humana.**

